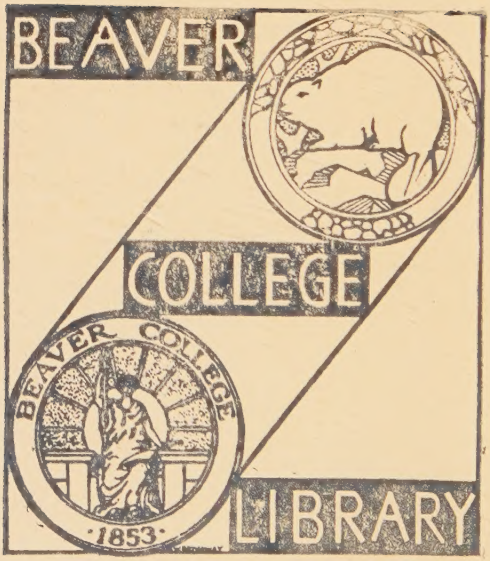
BEAVER
COLLEGE
BEAVER COLLEGE
1853
LIBRARY

A
V. 23

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO XXIII

COMEDIAS Y DRAMAS

DON JUAN, BUENA PERSONA.
PEDRO LÓPEZ.—LA CALUMNIADA.

180
2

MADRID
1927

Es propiedad de los autores
Copyright, 1927. by S. y J. Álvarez Quintero

860
A
V.23

MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

DON JUAN, BUENA PERSONA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Comedia el 30 de octubre de 1918.

19924

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/teatrocompleto0000unse_j4c2

A LUIS RUIZ DE VELASCO,

buena persona, buen escritor y buen amigo,

SERAFÍN y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA GRAZIELA	Carmen Jiménez.
ELISA	Aurora Redondo.
HELIA	Adela Carbone.
RICARDA	Irene Alba.
DOÑA NONA	Pascuala Mesa.
DULCENOMBRE	Carmen Andrés.
JULIA	Carmen León.
DON JUAN	Manuel González.
HORMIGUERO	Juan Bonafé.
CARDONA	Pedro Zorrilla.
VALENTÍN GRAZIELA	Juan Espantaleón.
ANTOÑITO	Mariano Asquerino
EL CAPITÁN	Enrique Moreno.
TRONCOSO	Francisco Pereda.
ARÍSTIDES	Pepito Jiménez.
SUÁREZ	Fortunato García.

DON JUAN, BUENA PERSONA

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, elegante y risueño, en casa de don Juan de la Vega, en Madrid. A la izquierda del actor, una mamparita que da al bufete (don Juan es abogado), y al foro y a la derecha, sendas puertas, que dejan ver otras habitaciones. Muebles sencillos, de fino gusto, como elegidos por quien tiene la vista bien acostumbrada: mesa auxiliar, librería, butacas, sillas, etcétera, etc. Primorosos cuadros.

Es por la mañana, en otoño. Coincide pues, el principio de la comedia con la caída de la hoja.

Antoñito, pasante en el bufete de don Juan, joven, listo y simpático, repasa unos papeles, apoyado en la mesa.

Julia, doncellita que presume de manos de pies, de ojos y de dientes, hace pasar por la puerta de la derecha a Elisa, que de nada presume, pero que pudiera presumir de mucho. Es mujer como de treinta años, y viste con modesta elegancia.

JULIA. Pase la señora.

ANTOÑITO. ¿Quién? ¡Ah! ¡Elisa! ¿Cómo está usted?

ELISA. Bien, ¿y usted, Antoñito?

ANTOÑITO. A sus órdenes. ¿Viene usted en busca del jefe?

ELISA. Sí.

ANTOÑITO. Pues no está. ¡Cuánto va a sentirlo! ¿Trae usted mucha prisa?

ELISA. ¿Ha de tardar?

ANTOÑITO. Sospecho que sí, por una comisión que me ha dado. Le preguntaremos a Hormiguero. Julia, avísele usted a don Pascual. *Deteniendo a Julia, que se dirige hacia la izquierda.* ¿Adónde va usted?

JULIA. Al bufete, ¿no?

ANTOÑITO. Don Pascual estará en su despacho.

JULIA. Es verdad. ¿Dónde tendré yo la cabeza?

ANTOÑITO. En el mecanógrafo.

JULIA. ¡Ja, ja, ja! *Ríe, halagada; luce sus dos filas de perlas con tal motivo, y se va hacia la izquierda por la puerta del foro.*

Elisa sonríe.

ANTOÑITO. Es tonta.

ELISA. Eso me ha parecido.

ANTOÑITO. Debilidades de don Juan... Pues ahora nos dirá Hormiguero... ¿Y las nenas de usted, Elisa?

ELISA. Muy ricas las dos. Una en casa... y otra ya en el colegio. Crecen que me avergüenzan.

ANTOÑITO. Pero ¡si puede usted pasar por hermana suya!... ¿Cuál se parece más a usted?

ELISA. Ninguna... porque dicen que las dos son preciosas.

ANTOÑITO. Entonces se parecen las dos.

ELISA. ¡Jesús! ¡Cómo está la mañana!... Ya se ve que es usted predilecto del jefe...

ANTOÑITO. ¿Porque sé admirar?

ELISA. Porque sabe usted galantear.

Por donde se fué Julia llega Hormiguero, secretario particular de don Juan, hombre afable, cortés, solícito, curioso; incansable averiguador de lo humano y de lo divino. Su prematura calva (pues apenas pasa de los cuarenta) obedece, sin duda alguna, a ese constante afán. Julia viene tras él, y continúa por el foro hacia la derecha.

HORMIGUERO. Elisita, a los pies de usted.

ELISA. ¡Hola, Hormiguero insigne! ¿Cómo vamos?

HORMIGUERO. Viviendo.

ELISA. A Sara la encontré el otro día. ¡Tan guapa siempre!

HORMIGUERO. ¡Quién habló!... ¿Busca usted a don Juan?

ELISA. Sí. ¿Tardará mucho?

HORMIGUERO. Es más que probable. Lo ha citado a las doce la marquesa de Santamor, y aún no son las doce...

ELISA. ¿La marquesa de Santamor? Pero ¿todavía vive esa señora?

HORMIGUERO. Todavía.

ELISA. Luego dicen que las razas decaen... Y

¿ahora se ha dedicado don Juan a la arqueología?

HORMIGUERO. No sea usted maliciosa: es un asunto de bufete. Por cierto que le va a dar un grave disgusto a la marquesa.

ELISA. ¿Don Juan? ¿A la marquesa? ¿Es posible?

HORMIGUERO. ¡Y tan posible! ¡Figúrese usted que, para el asunto de que se trata, le tiene que pedir la fe de bautismo!

ELISA. ¡Horror!

ANTOÑITO. Un documento de la guerra de la Independencia.

HORMIGUERO. No, no exageremos demasiado: la marquesa de Santamor nació el 4 de junio de 1849. El mismo día en que se estrenó *Don Juan Tenorio*.

ELISA. Hormiguero nos había de dar el dato preciso. ¡Qué tesoro de hombre!

HORMIGUERO. Donde esté usted, la palabra tesoro es patrimonio suyo.

ANTOÑITO. *A Elisa.* ¿Predilecto del jefe también?

ELISA. ¡Qué duda cabe!

Viene por la puerta del foro, de la parte de la derecha, dispuesta para salir a la calle, doña Ramona Echezarreta, señora chapada a la antigua, tía carnal de don Juan. Trae velo. Su presencia sorprende a Elisa.

DOÑA NONA. ¿Don Antoñito?

ANTOÑITO. Señora. Esperándola a usted es-

toy. *Presenta a las damas, que se han saludado con una inclinación de cabeza.* Doña Ramona Echezarreta, viuda de Olivares; tía de don Juan. La señora viuda de Castelo.

DOÑA NONA. Señora...

ELISA. Tanto gusto...

DOÑA NONA. Usted extraña verme aquí. Se lo he conocido en la cara al llegar.

ELISA. Sí, verdaderamente...

DOÑA NONA. Mi señor sobrino, mi don Juanito de mi alma, que quiere que pase una temporadita con él. ¡Cosas suyas!... Y como a los tunantes no se les puede negar nada que pidan...

ANTOÑITO. Desde ayer está con nosotros.

DOÑA NONA. ¿Su esposo de usted era don Virginio Castelo?

ELISA. Sí, señora.

DOÑA NONA. Fué amigo de uno de mis hijos. Yo creo recordarlo. ¿Viene usted a ver al abogadete?

ELISA. Con mal tino, porque no lo encuentro. Un pícaro seguro de vida, que no quieren pagarme.

ANTOÑITO. ¡Ah, pero lo pagarán muy pronto, o no hay justicia!

DOÑA NONA. Ya lo oye usted. Mi sobrino lo sacará adelante. Cuando las clientes son guapas, se inspira mucho.

ELISA. Gracias por el favor...

HORMIGUERO. Dispénseme usted que le llame

la atención, doña Nona, pero no debe entretenerse demasiado. A usted le gusta que el *auto* vaya despacito...

DOÑA NONA. Sí, sí, es verdad; dice usted muy bien. Con permiso de esta señora vámonos ya, don Antoñito; que los trenes no llegan a tiempo más que cuando una llega tarde a la estación.

ANTOÑITO. Usted me manda.

DOÑA NONA. Adiós, doña Elisita.

ELISA. Adiós, señora.

HORMIGUERO. No se detengan por el equipaje.

ANTOÑITO. ¡Ah, claro que no!

Se va con doña Nona por la puerta de la derecha.

HORMIGUERO. Es muy simpática doña Nona, ¿verdad?

ELISA. Mucho; muy simpática. Y está muy fuerte. Yo la suelo ver asomada al balcón de su entresuelito... Vivimos casi enfrente la una de la otra.

HORMIGUERO. Casi enfrente. Y eso que ella vive en el quince y usted en el cuarenta y seis. Pero ¿no se sienta usted, Elisita?

ELISA. No; si me marcho... En vista de que ese hombre puede tardar... Diga usted, Hormiguero, una curiosidad antes de irme, si no es indiscreción: ¿a qué se debe la estancia de esta señora aquí? ¿A quién va a esperar con Antoñito?

HORMIGUERO. Pero ¿usted no tiene antecedentes?...

ELISA. Ninguno; en absoluto.

HORMIGUERO. ¿Ninguno?

ELISA. ¡Si hace lo menos quince días que no hablo con don Juan! Sobre que él es tan reservado...

HORMIGUERO. Pues yo la informaré a usted de lo que ocurre.

ELISA. Vaya, me sentaré un poquito entonces.

HORMIGUERO. La bondad de don Juan es inagotable, y toma mil formas. De Barcelona llega hoy a Madrid una señorita, que se va a hospedar en esta casa diez días, quince, veinte, un mes... ¡qué sé yo!...

ELISA. Sí que es raro. Y ¿quién es esa señorita?

HORMIGUERO. Amalia Graziela, se llama.

ELISA. ¿Graziela?

HORMIGUERO. ¿Le suena el apellido?

ELISA. Un poco.

HORMIGUERO. Es hija única de un famoso Valentín Graziela, amigote un tiempo de don Juan, mala cabeza, aventurero... Uno de estos hombres que por la noche se arruinan y son millonarios al día siguiente. Bueno, pues a raíz de un batacazo de los suyos, viudo ya, levantó el vuelo y se fué a Buenos Aires.

ELISA. ¿Con la niña?

HORMIGUERO. No, señora, no. La niña, que a la sazón tendría catorce años, quedó recogida en Barcelona por una tía suya, hermana de la ma-

dre, un poco maniática: doña Tomasina Lirón y Mendoza; que dicen que dormía con los ojos abiertos.

ELISA. Como las liebres.

HORMIGUERO. Eso dicen.

ELISA. Y ¿qué? ¿Ha muerto esa señora quizás?

HORMIGUERO. Ha muerto: hace cuarenta días. No, cuarenta y uno; que hoy es jueves. Y se conoce que la niña le avisó por cablegrama a su señor padre, que se quedaba en Barcelona sola y desamparada; y Valentín le escribió a don Juan, recordando su antigua amistad y sus buenas prendas, y suponiéndolo casado...

ELISA. ¡Santa María de la Cabeza!

HORMIGUERO. O diciendo que lo supone; es igual. El caso es que le ha escrito, y que le ruega encarecidamente que se haga cargo de su hija hasta que él, en breve plazo, vuelva a España.

ELISA. Total: que a este don Juan, cuando no las busca por su cuenta, vienen las aventuras a buscarlo.

HORMIGUERO. Esta vez no, Elisa.

ELISA. ¿Que no? ¿Qué edad tiene esa joven?

HORMIGUERO. Diez y nueve años: los ha cumplido el día del Corpus justamente.

ELISA. ¡Diez y nueve años! Y, por supuesto, ¿será bonita?

HORMIGUERO. ¡No, señora: fea como un demonio!

ELISA. ¿Que es fea?

HORMIGUERO. ¡Como un demonio! ¡Por eso le seguraba yo a usted que nada de aventuras!

ELISA. ¿La conoce don Juan?

HORMIGUERO. Sí, señora. La conoció hace tiempo, en su casa; en una ocasión en que Valentín, l padre, estuvo enfermucho.

ELISA. *Sonriendo con maligna satisfacción.* ¡Ah, amos!... ¿Qué piensa usted?

HORMIGUERO. Nada nuevo, Elisita; que usted, or el contrario, es preciosa. Y note usted la ondición de nuestro amigo. Cuando recibió la arta de Graziela, tentado estuvo de no aceptar l delicado encargo: pensaba en el error de Valentín, en que él vive solo con un ama de llaves, n la fama que tiene de galanteador, de amoroso... etc., etc. Pero, al considerar que la infeliz hiquilla era fea, huérfana de madre, casi de pare, sin bienes de fortuna... y que además estaba ntristecida de momento por la muerte de la tía aniática, triunfó en su corazón el sentimiento ue siempre lo vence, el de la piedad. . y aguarando estamos a la viajera.

ELISA. Es bueno; es muy bueno.

HORMIGUERO. ¿Don Juan? ¡El mejor de los ombres! ¿Qué más quiere usted? ¿No ha sacado on este motivo de su entresuelito a doña Nona, ara darle a la casa, mientras esa señorita esté n ella, todo el decoro necesario? ¡Es único! ¡Es nico!

ELISA. Ciertamente; único. Con ser tan bue-

no, aún es más delicado que bueno, ¿verdad? Ha hecho el milagro de ser Don Juan... y buena persona.

HORMIGUERO. ¡Con doña Nona nos hemos reído!... No quería venir; decía que no quería condenarse... Porque imaginaba esta casa como un infierno suelto... ¡Un entrar y salir a todas horas de pajaritas y tunantas!... ¡Je, je!

ELISA. ¡Mal conoce esa señora a su sobrino!

HORMIGUERO. ¡Oh!

ELISA. El respeto social lo guarda como pocos afortunados.

HORMIGUERO. ¡Uh!

ELISA. Y de sus conquistas, lo que se sepa... será lo que las mujeres pregonen. En fin, Hormiguero, mil gracias.

HORMIGUERO. ¿Se va usted?

ELISA. Sí, señor; ya le he entretenido bastante.

HORMIGUERO. Por eso no, Elisita.

ELISA. Hará usted el favor de decirle a don Juan...

HORMIGUERO. Pierda usted cuidado. ¿Volverá usted?

ELISA. Así que pasen unos días. Mis recuerdos a Sara.

HORMIGUERO. De su parte. *Vase por la puerta de la derecha, acompañando a Elisa. Al momento se le oye decir:* Pase, Capitán, pase. En seguida vengo.

Y pasa el Capitán, que viste de paisano, porque no es militar ni cosa parecida. Toca en el medio siglo, y miente más que habla.

CAPITÁN. ¡Canario, qué guapa está la viudita del pobre Castelo! ¡Guapa! ¡Guapa! ¿Tiene alguna suerte este sinvergüenza? *De una caja de cigarros coge uno y lo enciende.* ¡Buen tabaco fuma este sinvergüenza! ¡Bueno! ¡Bueno! *Se guarda otro cigarro con la mayor naturalidad.*

Vuelve Hormiguero.

HORMIGUERO. ¿Qué hay, Capitán?

CAPITÁN. ¿No está en casa ese sinvergüenza?

HORMIGUERO. ¿Qué sinvergüenza?

CAPITÁN. El jefe.

HORMIGUERO. No, señor; no está en casa.

CAPITÁN. ¡Pues me ha fastidiado el ángel mío!

HORMIGUERO. ¿Quería usted algo, además de ese puro?

CAPITÁN. ¡Vaya si quería! ¡Las faldas, amigo Hormiguero, las faldas dichosas!

HORMIGUERO. ¡Ah, las faldas!...

CAPITÁN. ¿Dónde le echaría yo la vista encima?

HORMIGUERO. Lo que es hoy, qué sé yo. Creo que almuerza en El Escorial con unos amigos...

CAPITÁN. ¿Amigos?

HORMIGUERO. Amigos, sí.

CAPITÁN. ¡Miau! Le dejaré dos letras, entonces.

HORMIGUERO. Como usted guste. Ahí puede usted ponerlas.

El Capitán se sienta a ello. En seguida empieza un plieguecillo y lo rompe.

CAPITÁN. Vísteme despacio que estoy de prisa. *Empieza otro y lo rompe también.* ¡Vaya! ¡Hoy no sé escribir!

HORMIGUERO. Vuelva usted mañana.

CAPITÁN. ¡Qué buen humor nos ha dejado la viudita!

HORMIGUERO. ¡Siempre!

CAPITÁN. ¡Bah! Desisto de la carta. Le va usted a decir a Juan que esta noche lo veré en el Victoria.

HORMIGUERO. ¿En el Victoria?

CAPITÁN. Sí. Digo en el Victoria, porque él seguramente no faltará.

HORMIGUERO. ¡Ah! no sé.

CAPITÁN. ¿No sabe usted, y trabaja la niña? ¡Miau! Hombre, y usted que es su persona de confianza, le debía aconsejar que abandonara eso. No está a su altura.

HORMIGUERO. ¡Dios me libre a mí de metermel...

CAPITÁN. Tiene usted razón: hay cosas delicadas... Yo, como siempre les he hecho fú a las comiquitas... Una me pescó y... ¡No me quiero acordar! En fin, gracias a Dios, está en Lima.

HORMIGUERO. No puede estar más lejos.

CAPITÁN. Pues todavía está cerca. Adiós, Pascualito.

HORMIGUERO. Adiós, Capitán.

CAPITÁN. Ando loco toda la mañana y no encuentro gardenias.

HORMIGUERO. Es muy difícil, en octubre...

CAPITÁN. Ya lo sé... ¡pero la niña quiere hoy gardenias!

HORMIGUERO. ¡Ah! son atroces.

CAPITÁN. Lo eterno femenino, que dijo Byron.

HORMIGUERO. Gœthe, si usted gusta.

CAPITÁN. ¿Gœthe? ¡Es igual!

HORMIGUERO. Para Gœthe, no.

CAPITÁN. ¡Habrá que pintar las gardenias! Hasta luego.

HORMIGUERO. Hasta luego.

CAPITÁN. No se le olvide mi recado.

HORMIGUERO. No se me olvida, no.

CAPITÁN. Muchas gracias. *Se va por donde vino.*

HORMIGUERO. ¡Un hombre dichoso, creyendo que es verdad que necesita encontrar hoy unas gardenias... que hay quien espera las gardenias... y que él tiene dinero para pagarlas! ¡Miau!

Sale don Juan por la puerta del foro. Viene de la parte de la derecha. Es un buen mozo, de porte fino y señoril, de cordial mirada, expresión risueña y suaves ademanes. Aunque contemporáneo de Hormiguero, está muy lejos de calvear, como él;

pero, en cambio, en sus cabellos y en su largo bigote apuntan indiscretas canas.

DON JUAN. ¡Hola, secretario!

HORMIGUERO. ¿Terminó usted ya con el vecino?

DON JUAN. Ya. Es muy gracioso. Luego hablaremos de él. Bajará con Dulcenombre a saludar a la forastera. ¿Se fueron a la estación mi tía y Antoñito?

HORMIGUERO. Sí. Y ha estado un rato Elisa.

DON JUAN. ¡Elisa? ¿A saber del seguro?

HORMIGUERO. Del seguro, sí. Y de paso... *Maliciosamente.* De paso a adquirir noticias de la forasterita.

DON JUAN. ¿De la forasterita?... ¿Por dónde se ha enterado...?

HORMIGUERO. No sé... Pero, aquí *inter nos,* yo su intención la he visto: se quedó muy tranquila cuando le advertí que era fea.

DON JUAN. Y a ella ¿qué más le da?

HORMIGUERO. *Recogiendo velas.* Sí... claro... a ella ¿qué más le da? Bueno, yo ne le dije que estaba usted arriba.

DON JUAN. Muy bien hecho.

HORMIGUERO. Sino que había usted ido a ver a la marquesa de Santamor. La amiga más vieja de que me acordé en aquel instante.

DON JUAN. No había necesidad ninguna...

HORMIGUERO. No; necesidad no había ninguna, ya comprendo... También ha venido el Capitán.

DON JUAN. ¡El gran Capitán!

HORMIGUERO. Cogió dos puros, rompió dos pliegos, soltó dos bolas y se largó.

DON JUAN. ¿Nada más que dos bolas?

HORMIGUERO. Nada más.

DON JUAN. Habrá estado muy poco tiempo.

HORMIGUERO. Dos minutos.

DON JUAN. ¿Ha habido cartas?

HORMIGUERO. Algunas, sí. Cuatro.

DON JUAN. Vamos a verlas.

Don Juan se sienta con abandono. Hormiguero saca de un cajón de la mesa las cartas, y las va abriendo.

HORMIGUERO. Ésta es del ministro de Marina, diciéndonos que toma nota preferente...

DON JUAN. ¿De qué?

HORMIGUERO. De lo de Ramitos.

DON JUAN. ¡Ah! ya. Mándesela usted luego con un saludo.

HORMIGUERO. Esta otra —no conozco la letra— la firma... ¡ah! Heliodoro Carranque.

DON JUAN. ¡Dale, machaca! ¡Qué pesado!

HORMIGUERO. Y por lo visto finge la escritura para que no rompamos la carta sin abrirla.

DON JUAN. Contéstele usted otra vez que no, que no y que no; que de ese asunto no me encargo. O vaya usted a decírselo personalmente. ¡Es un pleito odioso! ¡Siete hermanos, varones todos, además, disputándose cuatro casuchas!... Yo no necesito de mi carrera, ni soy abogado si

no es de causas nobles o que a mí me lo parezcan, al menos; de causas cuya defensa me deje alguna satisfacción delicada, algún íntimo halago, algún perfume...

HORMIGUERO. Justamente por esas cosas, sobre todo por lo del perfume, le han puesto a usted en las Salesas «el abogado del Amor».

DON JUAN. Ya, ya. Siga usted con las cartas.

HORMIGUERO. Ésta es de señora.

DON JUAN. A verla. *Mirando el sobrescrito.* No caigo...

HORMIGUERO. Ni yo tampoco. De seguro no es de mis tiempos. *La abre y lee:* «Santander, 17 de octubre...»

DON JUAN. ¿Santander? ¿Quién firma?

HORMIGUERO. Aurora Galea.

DON JUAN. ¡Aurora Galea!... ¡Qué respiro! ¿Quién se acuerda ya de eso?

HORMIGUERO. Yo. Yo me acuerdo ahora mismo, don Juan. Al marido de esta señora lo trasladamos de Ávila a Santander, porque los médicos le recomendaron los baños de ola.

DON JUAN. Sí; para los nervios.

HORMIGUERO. De esto hace ya ocho años. El favor se lo debió usted a Lorena, que fué ministro cuarenta y ocho horas y dejó el traslado en el testamento.

DON JUAN. ¡Qué mujer más guapa!...

HORMIGUERO. Y ¡qué marido más amable!

DON JUAN. ¿Recuerda usted? Él mismo hacía innecesario mi disimulo.

HORMIGUERO. Él mismo; sí, señor.

DON JUAN. ¡Con qué soltura nos dejaba solos!

HORMIGUERO. ¡Con qué elegancia se hacía el distraído!

DON JUAN. Y ¡con qué candor me agradecía todos los regalos que yo le enviaba a ella!

HORMIGUERO. ¡Je, je! ¿Conoce usted los versos de Góngora?

DON JUAN. ¿Cuáles?

HORMIGUERO. Los de aquella letrilla célebre...

Que esté la bella casada
bien vestida y mal celada;
bien puede ser;
mas que el bueno del marido
no sepa quién dió el vestido,
no puede ser.

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡El pobre Chunchún, como le llamaba Aurorita!

HORMIGUERO. Usted se portó muy bien con él.

DON JUAN. Lo mejor que pude, como siempre. A ver qué dice ella.

HORMIGUERO. *Lee:* «Amigo Juanito: aunque en todo pensarás tú ahora menos en recibir carta mía, yo me tomo la libertad de ponerte estas cuatro letritas, al rescoldo de nuestra antigua amistad, para pedirte un favorcito, para mí muy

grande y muy pequeñito para ti.» No escribe mal esta mujer... Eso del rescoldo...

DON JUAN. Y es muy melosa... Me la evocan los diminutivos.

HORMIGUERO. «Juanito, el mayor de mis hijitos, tiene ya diez y siete años.»

Don Juan se levanta como por resorte, y pasea.

DON JUAN. ¡Diez y siete años!... Vuela el tiempo.

HORMIGUERO. ¿Sigo?

DON JUAN. Siga usted.

HORMIGUERO. «...diez y siete años. Está hecho un hombrecito. Va a Madrid, a unas oposiciones, y yo le he dicho que te visite y se ponga en tu mano. Sin padrinos nadie se bautiza, y tú lo puedes recomendar muy bien, porque tienes muchas simpatías en todas las esferas. ¿Lo harás, Juanito?»

DON JUAN. ¡Lo haré; lo haré!...

HORMIGUERO. «Yo de ti no lo dudo... ¡Tengo tantas pruebecitas de tu buen corazón!...» ¡Hem!...

DON JUAN. No me subraye usted las cosas, Hormiguero...

HORMIGUERO. Ha sido involuntario, don Juan... *Lee*: «Te lo pide una madre de familia, que nunca se olvida de ti... Gracias, muchas gracias, Juanito. Tu afectísima, Aurora Galea.»

DON JUAN. *Suspirando.* ¡Ay!... Nada; lo de siempre. Vendrá el niño, se le recibirá como su madre espera, se le ayudará...

HORMIGUERO. A última hora no tendrá dinero para la casa de huéspedes...

DON JUAN. ¡Como si lo estuviera usted viendo!...

HORMIGUERO. Ni para el billete de vuelta...

DON JUAN. Sí, sí... El programa cabal. ¡Todo se hará por Pepa María!—como decía mi abuelo—. Pero, en fin, es mi sino, sin duda. El rescoldo, el rescoldo... Don Juan, compasivo... Don Juan, esclavo de sus esclavas... ¡Cosa más grande!... ¡No he sabido acabar definitivamente con ninguna! A usted le consta. Lo menos que me queda es un lazo así. Que de lo demás, no se hable. Me comen, me comen...

HORMIGUERO. Yo que usted fundaba un Montepío.

DON JUAN. Pero ¿es que no lo tengo fundado ya? ¿Queda alguna otra carta?

HORMIGUERO. Una de Lisboa. Conociéndolo a usted, se la he reservado para postre.

DON JUAN. ¿De quién? Puede ser de dos, pero será de Alicia.

HORMIGUERO. De Alicia es. Y dice: «Mi querido Joancito.»

DON JUAN. Querido no dirá.

HORMIGUERO. Es cierto. *Rectificándose.* «Mi queirido Joancito.»

DON JUAN. Eso sí.

HORMIGUERO. «Cosa mala nunca moere. Te queiro mocho.»

DON JUAN. Ya lo sé.

HORMIGUERO. «En lo coal te iscribo esta carta par desirte que siento neste momento una gran alegría. ¿Pois quieres que yo te diga por qué? Pois yo te lo digo. Es porque ants de fin de mes es posible que voelva a Ispania y pas quins días en Madrí.»

DON JUAN. ¡Adiós mi dinero!

HORMIGUERO. «Istoy empasiente por volverte a ver, y tengo una grande elosión, no sé si enfondada. Te queiro mocho.» Insiste en que lo quiere a usted mocho.

DON JUAN. Menos mal.

HORMIGUERO. «Diseo ardentemente oir de noevo las palabras dolses de tu bocita...»

DON JUAN. Basta ya, Hormiguero.

HORMIGUERO. Ya llegamos al fin. «...y eso que vivo con el tumor de que tú ya no te acoerdes ni un pocito de esta tu niña que te adora, Alisia.»

DON JUAN. ¡Cualquiera se olvida de ti, aun viviendo cien años! Mujer más atrayente, más bonita, más apasionada y más loca, no he conocido nunca. Pálida, de cabellos negros, de ojos muy brillantes, color de vino moscatel...

HORMIGUERO. ¡Je, je! Este no perderles enteramente el rastro a las que fueron... ¿eh, don Juan?...

DON JUAN. Sí; cueste lo que cueste, constituye una delectación muy sabrosa. ¡No hay dos mujeres ni dos rumbos iguales! ¡La vida, la vida!...

En cambio, me produce no sé qué especie de melancolía la desaparición total, absoluta, de una mujer que me haya enamorado siquiera una hora. ¿Qué será de aquélla?... ¿Dónde estará?... ¿Se acordará de mí?... ¿Se habrá muerto?...

HORMIGUERO. Sí, señor, sí; eso es inquietante... Uno, en su modestia, también comprende...

DON JUAN. ¿Le he contado yo a usted alguna vez cierta calaverada mía en el Monasterio de Piedra?

HORMIGUERO. Seguramente, no.

DON JUAN. Pues ahí ve usted lo que decíamos: de aquella mujer no he vuelto a tener ni sombra de noticia. Se fundió en el aire. Era griega. Se llamaba Helia.

HORMIGUERO. ¿Cómo?

DON JUAN. Helia. Interesantísima criatura. Toda luz y espíritu... como si no fuera de carne humana. Su marido era un hotentote. Daba angustia ver aquella mariposa a su lado. No se concebía semejante unión. Parecía un monstruo que hubiese cazado una ninfa en la misteriosa corriente de aquel río. Una noche supe por mi criado que había sido vendida como una esclava. No me hizo falta más. Yo la venía mirando con un amor que ella comprendía... Nuestras celdas estaban cercanas. Aceché un momento en que el marido la dejó sola, y entré como un relámpago en la suya. Tenía yo veinticinco años en aquella fecha. Era un poco caballero andante. Tembló al verme;

se estremeció como una luz. Caí a sus plantas, y le dije: «¡Señora, si quiere usted la libertad, yo estoy pronto a dársela!». Palideció, lloró... se dejó caer en mis brazos. Sentimos entonces al hotentotte que llegaba, salté por la ventana al jardín... y hasta ahora. A la mañana siguiente había desaparecido la pareja.

HORMIGUERO. ¡Qué rabia! Pero es muy curioso... Y ¡qué mal sabe quedarse con la miel en los labios!... ¿no?

DON JUAN. ¡Y aquella miel!... ¡Helia! Helia!... En fin, a otra cosa, Hormiguero. ¿No hay novedad ninguna?

Troncoso, empleado de Don Juan, sale por la puerta del foro y entra en el bufete hojeando unos documentos.

HORMIGUERO. Ninguna. Como no sea el chalequito con que hoy se nos ha presentado Troncoso.

DON JUAN. Ése ya lo he visto. Y además en Troncoso no debe sorprendernos. Un hombre que enviuda, como él, y vuelve a casarse a los dos meses, tiene que hacer equilibrios con el luto.

HORMIGUERO. ¡Je, je! Bueno, voy a ver si trabajo un poco. ¿Manda usted algo más?

DON JUAN. Nada, por ahora.

HORMIGUERO. Bien. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, con las cartas.*

Don Juan pasea, hablando consigo.

DON JUAN. ¡Helia!... ¡Alicia!... ¡Auroral... ¡Ay

ay, ay! ¡Cómo idealiza la distancia!... ¿Por qué habrá horas en que se siente en el corazón el pasado como una caricia? ¿Descontento del presente, quizás?... ¿Cansancio?... ¿Vejez?... No.

Vuelve Julia por la puerta del foro.

JULIA. Señorito. *Don Juan no la oye.* Señorito.

DON JUAN. ¿Qué quieres?

JULIA. La señora Romualda desea que vaya usted a ver cómo han quedado por fin los cuadros y la pila del agua bendita.

DON JUAN. ¿No ha sido a gusto de la señora?

JULIA. Sí, señor; pero dice la señora Romualda que se queda más tranquila si usted lo ve.

DON JUAN. ¡Bueno! Vamos a tranquilizar a la señora Romualda.

Por la puerta de la derecha asoma Arístides, criadito de la casa, con una tarjeta.

ARÍSTIDES. Don Juan.

DON JUAN. ¿Quién?

ARÍSTIDES. Esta señora.

Don Juan, al ver la tarjeta, hace un gesto de espanto cómico. Luego se dirige al chico bajando la voz.

DON JUAN. ¿Le has dicho que estoy?

ARÍSTIDES. No, señor; le he dicho que iba a verlo, que no sabía... *Se lleva un dedo a un ojo*

DON JUAN. ¿Qué es eso?

ARÍSTIDES. Que aquí hay pestaña.

DON JUAN. ¿Ah, sí? ¡Vamos! *Ablandándose.*

Y ¿quién no la recibe...? ¡Ay!... Dile que pase; que tenga la bondad de esperar un momento.

ARÍSTIDES. Bien. *Se retira.*

DON JUAN. Vamos a ver la pi ita y los cuadros.

Se va con Julia por la puerta del foro, hacia la derecha.

Por la de este lado sale Ricarda, señorita de cierta edad—la edad cierta no hay quien la averigüe—, con pretensiones de excepcional y refinada. Viste con modestia y decoro, pero delatando en tal cual detalle elegante el esfuerzo de querer lucir. Es soltera y mártir.

RICARDA. *Después de pasear la mirada por el gabinete.* Siempre que entro en esta casa me da un escalofrío. *Le da.* Hoy me han dado dos. *Le da otro.* ¡Qué mal empleado está este hombre... en manos de tantas... de tintas!... ¡Ay!.. Y en cambio...

Hormiguero va a salir del bufete; pero, al reconocer por detrás a Ricarda, da con rapidez media vuelta aterrado, y se mete dentro. Don Juan llega a poco por donde se marchó.

DON JUAN. Ricardita...

RICARDA. Don Juan...

DON JUAN. ¡Dichosos los ojos!

RICARDA. No diga usted eso. Si sus ojos fueran dichosos viéndome, buscarían alguna vez la dicha.

DON JUAN. Estoy siempre tan atareado... Pero siéntese usted.

RICARDA. Procuraré robarle poquito tiempo.

DON JUAN. ¿La mamá, buena?

RICARDA. Buena, en lo posible. Acartonadita, acartonadita...

DON JUAN. ¿Y usted, muy ocupada?

RICARDA. Así, así... Dos o tres lecciones de piano y alguna de francés. Mucho ruido y pocas nueces. Llamo nueces a las pesetas. ¡Ah, si no fuera por aquella herencia providencial, que nos rescató don Juan de la Vega, el Magnánimo, con M mayúscula!...

DON JUAN. Calle usted, Ricarda.

RICARDA. Es justicia. En mi casa, el nombre de usted, desde entonces, se pronuncia como el de un santo.

DON JUAN. Pues no lo soy, no; disto mucho... Es decir, santos hay que comenzaron su carrera así como yo.

RICARDA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, lo tiene usted todo! Oportunidad, ingenio... todo, todo. ¿Trabaja usted mucho en el bufete?...

DON JUAN. Más trabajo fuera del bufete, a decir verdad. En rigor, para mí, el bufete....

RICARDA. Sí.

DON JUAN. Hoy día casi lo mantengo y me importa por Antoñito.

RICARDA. ¿Por Antoñito Alonso?

DON JUAN. Vale mucho, me quiere, tiene afi-

ción, tiene porvenir.. y me complazco en ayudarle.

RICARDA. ¿Y Hormiguero? ¿el célebre Hormiguero? ¿Continúa con su pasmosa erudición?

DON JUAN. Exacto.

RICARDA. ¡Qué hombre! Lo vario de ella es lo que a mí me hace reír. Lo mismo sabe cómo se llama el cura de la Paloma, que el número justo de habitantes de Navalcarnero, que el año en que nació Quintiliano, que cómo se fabrica el algodón pólvora... ¡Ja, ja, ja!

DON JUAN. Es inmenso.

RICARDA. Es un diccionario enciclopédico que se ha casado... ¿Qué le parece a usted la frase?

DON JUAN. Muy original.

RICARDA. Yo hago frases. Tengo esa facilidad, ese don...

DON JUAN. Ya, ya sé...

RICARDA. ¡El bueno de Hormiguero!...

Del bufete sale Troncoso, el del chaleco extraño. Trae varios pliegos.

TRONCOSO. Con permiso. Don Juan, ¿quiere usted firmar estos informes?

DON JUAN. Sí; déme acá.

TRONCOSO. Buenos días, señorita.

RICARDA. Buenos días.

DON JUAN. Este de Aranda lléveselo usted en persona.

TRONCOSO. Sí, señor.

DON JUAN. Dígale usted que esté tranquilo;

que ya verá que, lo mismo moral que legalmente, pisa en terreno firme.

TRONCOSO. Bien.

DON JUAN. Los documentos que nos envió, ¿están ahí todos?

TRONCOSO. Menos la declaración de herederos, que se le devolvió anteayer a petición suya.

DON JUAN. Pues no deje usted de llevarle los demás también con el informe.

TRONCOSO. Sí, señor, sí.

DON JUAN. *Entregándole los pliegos firmados.* Ahí tiene.

TRONCOSO. Con permiso.

RICARDA. Adiós, Troncoso. Y aprovecho el momento para darle a usted mi más sentido pésame.

TRONCOSO. Muchas gracias.

Al hombre se le alarga la cara por puntos, e instintivamente se abrocha la americana para que no se le vea el chaleco. Don Juan le hace señas a Ricardita. Ésta no lo advierte.

RICARDA. Yo la estimaba mucho a la pobrecita. Nos veíamos poco, pero nos entendíamos muy bien desde lejos...

TRONCOSO. Sí, sí... *Deseando irse.* Con permiso

RICARDA. ¿Qué tiempo estuvieron ustedes casados?

TRONCOSO. Cuatro... cinco... seis años y medio... No, no... cinco años y dos meses. Eso es. Con permiso.

RICARDA. Pues... en estos trances, ¿qué se ha de decir? No hay palabras... Recordarla siempre y resignarse... El recuerdo es un culto...

TRONCOSO. Claro... sí... muchas gracias. Con permiso.

RICARDA. Adiós, Troncoso, adiós.

El hombre se va al fin; pero, hasta que desaparece, lleva el temor de ser detenido una vez más por algún otro cumplido elegíaco.

DON JUAN. *Entre pesaroso y risueño.* ¿Usted no sabe lo que ha hecho, Ricardita?

RICARDA. ¿Qué he hecho?

DON JUAN. Ese hombre, a los dos meses de enviudar, ha vuelto a casarse.

RICARDA. *Oh, quelle gaffe, mon Dieu!*

DON JUAN. Él sabrá disculparla... Le tiene que pasar tantas veces...

RICARDA. Y a mí también. Mire usted que es sino; que es fatalidad. ¡Hago cada plancha!... *passez-moi le mot.* Doy con lo que le puede molestar a la persona que tengo delante, y lo suelto redondo. *Desolada.* Una verdadera especialidad.

DON JUAN. No...

RICARDA. Sí, señor, sí; es desgracia mía. Me presentan a un tuerto, y lo primero que le digo, es: ¡mucho ojo!

DON JUAN. Yo la miraba a usted intencionadamente...

RICARDA. *Interpretando la frase a su gusto.* ¿Ah, sí...? Pues no lo noté... ¿Seré simple?

DON JUAN ¡Bah! No tiene importancia. Hablemos de otra cosa.

RICARDA. Hablemos del objeto de mi visita.

DON JUAN. Usted dirá qué tiene que mandarme.

RICARDA. En dos palabras. Antes de venir aquí he estado arriba.

DON JUAN. ¿Dónde?

RICARDA. En el segundo.

DON JUAN. ¿Ha estado usted con Dulce?

RICARDA. Y con su esposo. Me dijeron que acababa usted de estar allí... y me enteraron de la novedad que le aguarda.

DON JUAN. Cosas de la vida.

RICARDA. ¡Bonito lance! Y todavía si la señorita fuese agraciada... ¿no, don Juan?...

DON JUAN. Poco tiene la pobre que agradecerle a Dios; pero, en este caso, como usted comprenderá, Ricardita, me duele que pueda pensarse...

RICARDA. Ha sido una broma.

DON JUAN. Lindando con su especialidad.

RICARDA. No, por cierto. La broma culta es una sonrisa del espíritu.

DON JUAN Muy bien. Adelante.

RICARDA. He sabido por Dulce que busca usted una persona que acompañe a esa señorita los días que permanezca en Madrid.

DON JUAN. Pensaba en ello; pero ya he resuelto que venga mi tía Nona a vivir esos días conmigo.

RICARDA. Bien. Lo cortés no quita a lo valiente. Doña Nona—a la gentileza de usted no podía escapársele—representa en esta ocasión la casa, el escudo familiar... el respeto al sexo; pero por su edad no está para trajines... Una persona distinguida que vaya con esa joven a tiendas, a visitas... que le entretenga las horas de soledad, que le disipe las nostalgias al piano... En fin, don Juan de la Vega, esa persona quisiera ser yo.

DON JUAN. *Espontáneamente.* ¡Manolita y su madre!

RICARDA. ¿Cómo?

DON JUAN. Que eso es una locura, Ricarda; una locura, que yo le agradezco; pero una locura.

RICARDA. ¿Por qué?

DON JUAN. Usted no se ha fijado... Usted... usted tiene muchos quehaceres...

RICARDA. ¡Los dejo todos!

DON JUAN. ¿Y yo lo voy a consentir? Por su deseo de mostrarme a mí un agradecimiento cien veces probado, Ricardita... Porque esa es la madre del cordero.

RICARDA. ¡Oh, no! Esa es una razón entre muchas.

DON JUAN. No me convencería ninguna de ellas. La cual no quita que estime en su precio el ofrecimiento de usted.

RICARDA. De todos modos, yo no me resigno a la negativa, don Juan.

DON JUAN. *Viendo el cielo abierto, al reparar*

en los vecinos que llegan por la puerta de la derecha. ¡Ah, los vecinos!

Y salen Cardona y Dulcenombre, inseparable matrimonio. Ella es bobalicona y pacífica, y él, por el contrario, inquieto y vehemente. Entre los dos suman un siglo.

DULCENOMBRE. ¿Se puede?

DON JUAN. Pasen, pasen, que ya nos hemos visto todos.

RICARDA. Volvemos a encontrarnos.

DULCENOMBRE. No había conocido la voz. *A Cardona, que mira para el recibimiento.* ¿Qué miras tú, Gorito?

CARDONA. Nada, mujer... A ésta, si no la miro a ella, siempre se le figura que miro algo.

DULCENOMBRE. ¡Qué tonto! Es que me agrada saber lo que miras para mirarlo yo también.

CARDONA. ¡Qué tonta!

DON JUAN. En algún sitio hay que poner los ojos, Dulce.

RICARDA. A veces, sin embargo, no están los ojos en donde parece que están.

DULCENOMBRE. ¿Por qué lo dice usted?

DON JUAN. ¡Por nada! Es una frase de las que suele hacer Ricardita. ¿Quiere usted ver cómo se ha dispuesto la alcoba para esa muchacha?

DULCENOMBRE. ¿Cómo no, si he... si hemos bajado a eso? Pura curiosidad; porque lo que no hayan prevenido doña Nona y Romualda... Éste me lo decía,

CARDONA. Sí; yo se lo decía .. Pura curiosidad.

DON JUAN. Ea, pues vamos.

DULCENOMBRE. *A su marido, que se ha puesto de pronto a mirar un cuadro como si no lo hubiera visto nunca.* Anda, Gorito.

CARDONA. Id vosotros, mujer. Yo no entiendo de ciertas cosas...

DULCENOMBRE. *Muy solícita.* Pero ¿te pasa algo?

CARDONA. No, hija mía.

DULCENOMBRE. Sí, sí; no me lo ocultes. A ti te pasa algo, Gregorio. ¿Qué te pasa?

CARDONA. ¡Nada absolutamente, mujer!

DULCENOMBRE. ¿El estómago, quizá? ¿La cabeza? ¿Qué sientes: mareos?

CARDONA. Pero ¿cómo voy a decirte las cosas, Dulce? ¡Llévatela, Juan!

DON JUAN. Sí, Dulcenombre, sí; venga usted allá dentro. No le pasa nada a Gregorio. Además, una ausencia de cinco minutos siquiera, conviene.

DULCENOMBRE. ¿Será burlón?

DON JUAN. Venga usted, venga usted.

RICARDA. ¿Y yo, estorbo?

DON JUAN. ¡Qué pregunta, Ricarda!

RICARDA. Como no me había usted indicado...

DON JUAN. ¡Porque no era preciso!

DULCENOMBRE. Pero ¿cómo va usted a estorbar?...

DON JUAN. Verán ustedes: hasta se ha comprado algún mueblecillo de lujo...

Se va por la puerta del foro, hacia la derecha, con Ricarda y Dulce. Esta última desaparece con los ojos puestos con ternura en su esposo. El cual, no bien se ve a solas, empieza a dar zancadas y manotazos, como preso puesto de pronto en libertad, y a respirar el aire a todo pulmón, como si tomara inhalaciones salutíferas.

CARDONA. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué dicha! ¡Ah!... ¡Al fin solo! ¡Ah!... ¡Ah!...

En esta graciosa expansión lo pesca Hormiguero, que a punto sale del bufete.

HORMIGUERO. ¿Qué es eso? ¿Qué hace usted?

CARDONA. ¡Respirar, amigo Hormiguero! ¡Respirar a mis anchas!

HORMIGUERO. ¿Se ha ido esa postema?

CARDONA. ¡Se ha ido! Aunque sea un momento, se ha ido.

HORMIGUERO. ¿Lo pone a usted nervioso?

CARDONA. ¡Me pone imposible!

HORMIGUERO. Como a mí; no puedo remediarlo. Antes la vi aquí y di media vuelta. ¡Es mucha pensión! Le ganó don Juan un pleitecilio, de agradecida se ha enamorado de él, y es de éstas que dicen: «¡O de ese hombre o de nadie!» ¡Pues de nadie, señora; ya lo está usted viendo!

CARDONA. Pero ¿usted de quién jinojos habla?

HORMIGUERO. De Ricarda Salvado.

CARDONA. ¡Qué disparate! ¡Yo hablo de mi mujer!

HORMIGUERO. ¡Hombre! ¡hombre!

CARDONA. Hombre! ¡hombre! ¡En mi pellejo quisiera yo verlo a usted, querido amigo! Usted, como tiene una mujer prudente y discreta, porque esa Sara es un dechado...

HORMIGUERO. Sí, señor; y Dios me la conserve.

CARDONA. No comprende mi desesperación.

HORMIGUERO. ¿Desesperación?

CARDONA. ¡Y me quedo corto!

HORMIGUERO. Pero ¡si Dulce es una malva!

CARDONA. ¡Una malva que no me deja ni a sol ni a sombra! ¡Yo no dispongo de media hora mía desde que pedí la excedencia! ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Yo no paso un minuto sin Dulce! ¡A despertar con Dulce, a comer con Dulce, al teatro con Dulce, al paseo con Dulce, a tiendas con Dulce, a los toros con Dulce!... ¡Jinojos!

HORMIGUERO. No se queje usted nunca, amigo Cardona, de exceso de cariño... Y eso no es más que exceso.

CARDONA. ¡No lo sabe usted bien!

HORMIGUERO. Ni olvide usted que en la Epístola de San Pablo se dice textualmente...

CARDONA. ¡En la Epístola de San Pablo se habla de esclavas y de siervas, pero no se habla ni una palabra de sinapismos!

HORMIGUERO. No se sofoque usted de esa manera, querido Cardona. Cálmese usted.

CARDONA. ¡Déje usted que me desahogue, Hormiguero! Esto me alivia. Si de cuando en cuando no abriera la válvula, reventaba. Mire usted: yo era un hombre completamente feliz cuando iba a mi oficina. Adoraba en mi cónyuge.

HORMIGUERO. ¿Cónyuge?... Cónyuge no puede decirse.

CARDONA. *Perplejo.* ¿Cómo?

HORMIGUERO. Cónyuges, masculino plural; se refiere al marido y a la mujer juntos. No pueden separarse.

CARDONA. ¿Conque me estoy quejando de eso? ¡Déjeme usted seguir! Decía que yo adoraba en mi esposa. Pero un mal día tuve una pelotera grave con mi jefe y me dió un ataque de nervios en la oficina. De resultas estuve muy malo.

HORMIGUERO. Sí, hombre, si lo sé...

CARDONA. A lo que voy. Dulce, que por su parte adora en mí —¡no puedo negarlo!— me imploró cariñosamente que solicitara la excedencia... Como, a Dios gracias, disfrutamos de un buen pasar... Y la solicité. Temía ella por mi vida si volvía a repetirme el ataque fuera de casa... Y lo peor es que sigue temiéndolo... y se ha cosido a mí... ¡y ni el tranvía me deja tomar solo! ¡Valiente cataplasma! ¡Cataplasma, sí; no tuerza usted el gesto! ¡Las cataplasmas sirven para curar, pero son cataplasmas! Excuso decirle a usted que ahora soy yo quien teme que me repita en serio el ataque. ¡Pero al lado suyo!

HORMIGUERO. No hay que pensar en eso, Gregorio.

CARDONA. ¿Cómo que no? ¡Es una esclavitud, Pascualito; es un centinela! Yo no he sido nunca un mal marido... En nada grave, grave, le he faltado jamás a mi mujer... pero, vamos, entre hombres todo cabe decirlo... una canilla al aire de cuando en cuando, ¿quién no la echa? ¡Eh? ¿Si es hasta necesario para la paz del matrimonio! ¿Es?

HORMIGUERO. Yo, sobre ciertas cosas espirituales, tengo mi opinión personal... Porque, como decía Santa Teresa... ¿Usted no ha leído *Las Moradas*?

CARDONA. *Desconcertado.* ¿*Las Moradas*? ¿Quiere usted callarse, hombre de Dios?

HORMIGUERO. Es que la santa cree...

CARDONA. Un momento... Me parece que ha parado aquí un automóvil.

HORMIGUERO. Sí; sí ha parado, sí. Será la viajerita.

CARDONA. ¿Qué hora tenemos? ¿La una y cinco? Ella debe ser.

HORMIGUERO. *Rectificándole.* Debe de ser.

CARDONA. Eso digo; que debe ser ella.

HORMIGUERO. Debe de ser, insisto. No es igual *debe* que *debe de*.

CARDONA. ¿Y eso?

HORMIGUERO. *Debe ser* equivale a que tiene que ser por fuerza: supone obligación; y *debe de ser* supone duda. Puede que sea; ¿usted comprende?

CARDONA. Sí, señor; desde luego. Percibo el matiz. Mi mujer *debe* dejarme en paz.

HORMIGUERO. ¡Justo!

CARDONA. ¡Por lo demás, no tengo los nervios para tiquis miquis gramaticales! *Se va de estampía por la puerta de la derecha.*

HORMIGUERO. ¡Je, jei Está delicioso... No, y en el fondo tiene razón... *Prestando oído.* ¡Ahí pues sí es la señorita que aguardamos! ¿Y don Juan? Voy a prevenirle... ¡Vaya un regalito de Pascuas que nos ha caído a todos!

Se encamina hacia el foro, cuando lo detiene la voz de Cardona, que vuelve todo alborotado.

CARDONA. Pero ¿quién ha sido el zampatortas?...

HORMIGUERO. ¿Eh?

CARDONA. ¿Quién ha sido el majadero que ha dicho que esa mujer es fea?

HORMIGUERO. ¿Cómo?

CARDONA. ¡Si es un lucero! ¡Un lucero!

HORMIGUERO. ¡Caray! ¡Pues se ha confundido don Juan! O será que, como la vió hace tiempo, a lo mejor en el desarrollo... De la madre de Nerón se cuenta que era muy fea de niña. ¡Y mire usted luego!... Esto ya es otra cosa. Vamos a ver, vamos a ver... *Cambia de dirección y se va a escape por la puerta de la derecha.*

CARDONA. ¡Cal ¡Esa criatura ha tenido que ser siempre un lucero! ¡Un lucero! *Maquinalmente abre la mampara del bufete.* ¿Adónde vas, hom-

bre! ¡Dios mío, qué muchacha! ¡Quiera Dios que Dulce me deje algún día bajar solo!

Pasa Hormiguero como una exhalación de la puerta de la derecha a la del foro, por donde se va entusiasmado a darle a don Juan la buena nueva.

HORMIGUERO. ¡Un lucero! ¡Un lucero!

Suárez, escribiente del bufete, asoma en esto por la mampara.

SUÁREZ. ¿Quería usted algo?

CARDONA. *Automáticamente.* ¡Un lucero!

SUÁREZ. ¿Qué?

CARDONA. ¡Una rosa! Verá usted qué preciosidad, Suárez!

SUÁREZ. ¿Quién?

CARDONA. ¡La catalanita, que está ahí!

SUÁREZ. Pues ¿no decían que era tan fea?

CARDONA. ¡Una rosa! ¡Un lucero!

SUÁREZ. ¡Este don Juan!

Salen por la puerta de la derecha Antoñito, Amalia, doña Nona, Julia y Aristides, y por la del foro, a la vez don Juan, Dulcenombre, Ricarda y Hormiguero. Antoñito, Aristides y Julia traen los bultos de mano de la recién llegada, la cual, en efecto, es muy bella e interesante. Viste de luto. En la mano trae un ramo de flores. La misma sorpresa que a Cardona produce su presencia a cuantos hasta ahora no la han visto, incluso al mundano don Juan.

ANTOÑITO. Por aquí, señorita...

DON JUAN. *Adelantándose a saludarla.* ¡Oh!... Señorita...

DOÑA NONA. Aquí tienes ya a la golondrina.

AMALIA. *Con voz turbada y débil.* Señor don Juan...

DULCENOMBRE. *Admirada.* ¡Ah!

RICARDA. *Celosa.* ¡Oh!

DON JUAN. ¿Viene usted muy fatigada del viaje?... Siéntese usted... Le pido mil disculpas por no haber ido a recibirla.

AMALIA. ¡Por Dios!

DON JUAN. Era mi deber y mi gusto... pero un quehacer inaplazable... ¿No se sienta usted? Deseo que, desde el primer instante, considere que viene a su casa, y adquiera aquí una familiaridad absoluta... Le da a usted derecho a ella, primero que nada, el ser usted quien es y la amistad que un tiempo me unió a mí con su padre; luego, el fuero de su sexo, el de su belleza y el de su desventura...

AMALIA. Muchas gracias, don Juan... muchas gracias. . Ya sé por mi padre que es usted muy bueno... muy caballeroso... *Desvaneciéndose* ¡Ah! *Déjase caer en una silla.*

DON JUAN. ¿Se pone usted mala, señorita?

AMALIA. No... no... es que estoy muy débil... no valgo para nada... El tren me marea... Y además... tantas impresiones... ¡Jesús!... *Pierde el sentido.*

DON JUAN. ¡Amalia!

DOÑA NONA. ¡Amalita!

ANTOÑITO. ¡Se ha desmayado!

HORMIGUERO. ¡Pobre criatura!

RICARDA. ¡La flechó!

Revuelo general. Simultáneamente todos quieren prestar su auxilio.

DON JUAN. ¡Agua! ¡un poco de agua!

DULCENOMBRE. ¡Aire! ¡aire!

DOÑA NONA. Aquí está mi abanico.

JULIA. Iré yo por el agua.

RICARDA. ¡Quitarle el velo!

ARÍSTIDES. Lo mejor es que huela vinagre.

HORMIGUERO. No es nada... un mareíllo leve...

CARDONA. El cansancio, el viaje...

ANTOÑITO. Ya temí yo en el coche...

SUÁREZ. ¡Vaya por Dios!

CARDONA. *A Suárez.* ¡Desmayada está aún más bonita!

DON JUAN. Amalia... Amalia...

DOÑA NONA. Amalita...

DULCENOMBRE. ¿No vuelve?

Troncoso asoma curiosamente por la mampara; don Juan abanica a la joven; Antoñito recoge del suelo las flores que dejó caer al desmayarse. Entre tanto baja el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es por la tarde, en el mes de noviembre.

Ricarda, en traje de casa, dispone a su gusto los muebles y algunos cacharros de adorno.

RICARDA. Así, señor; así... Que se note una mano distinguida... moderna... Doña Nona, del siglo pasado; y esa Romualda, la pobre, cree que sabe algo de *ménage*, y huele a pardillo de dos leguas.

Sale Julia por la puerta del foro. Viene de la parte de la derecha.

JULIA. Señorita, ¿me llamaba usted?

RICARDA. Te llamé hace rato.

JULIA. Estaba atendiendo a la señorita.

RICARDA. ¿Todavía sigue en el tocador?

JULIA. Sí, señorita.

RICARDA. ¡Qué mal dice de la hermosura tanto aliño!... Yo nunca he sido así.

JULIA. Eso será que la señorita no se acuerda.

RICARDA. No tengo edad para haber perdido la memoria.

JULIA. Usted dispense.

RICARDA. Llégate al segundo, y anúnciales a los señores que la señorita Amalia no sale esta tarde, por si quieren bajar un ratito.

JULIA. Señorita, el recado ese lo ha llevado ya Arístides.

RICARDA. ¡E! *botones*? Y ¿quién lo ha quitado de la puerta? ¿Quién ha ordenado eso?

JULIA. La señora Romualda.

RICARDA. ¡Claro! La *señora* Romualda había de ser. La infeliz no sabe mandar. Aunque la Romualda se vista de seda... Romualda se queda. *Se dirige hacia el foro. En su misma puerta se cruza con don Juan, que viene de la parte de la izquierda, y le dice confidencialmente, estrechándole con emoción una mano:* ¡Ay, don Juan! ¡Usted tenía toda la razón! ¡Estoy sufriendo mucho!

DON JUAN. *En tono muy distinto que ella.* ¡Yo también! *Ricarda se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, lanzándole a don Juan una mirada que debiera abrasarlo, y Julia por la de la derecha, aguantando la risa.* ¡Esto no le pasa a nadie más que a mí! ¿Qué consideración me obligaba a meter en la casa a esta cursi de todos los diablos?

Sale por la puerta de la derecha Arístides, con dos cartas.

ARÍSTIDES. Estas cartas, señor.

DON JUAN. ¿Del correo?

ARÍSTIDES Sí, señor; de Madrid. El último reparto de hoy.

DON JUAN. ¿Vinieron por la contestación de la de esta mañana?

ARÍSTIDES. Sí, señor; hace un rato. Vino una mujer. Palpó el sobre y dijo: «Dos pesetas.» Se conoce que tiene práctica.

DON JUAN. Bueno, bueno.

ARÍSTIDES. ¿Algo más?

DON JUAN. Sobra casi todo.

ARÍSTIDES. Dispense el señor. *Se marcha.*

DON JUAN. De Elisa... y de la Pajarita. Rabian de verse juntas... Y han venido juntas, sin embargo. Una blanca y otra de color. Vamos a ver primero por dónde sale este cohete. Aires andaluces. *Abre la azulada y la lee para sí.* ¡Je! ¡Qué tipo! Escribe como habla: es estarla oyendo. Con el encanto, además, de una ortografía suya exclusivamente. ¿Qué pone aquí? *Asoma por la derecha del foro Amalia. Al ver a don Juan abstraído en la lectura, sigue por el foro hacia la izquierda. En la mano lleva una rosa.* «... Un negocio de... de...» ¡Ah! ¡«de asitunas»! ¡Cualquiera entendía!... ¡Bueno! Inesperada, como de costumbre. Iremos a verla. *Rompe la carta y la echa al cesto.* ¿Y la otra, qué traerá? ¿Acuse de recibo solo?... *La abre.* No: es algo más que eso. ¿A ver?... *Lee.* «Llegó a mis manos lo de siempre. Dios te lo pague. Y ¿sabes

una cosa? ¿Me atreveré? ¿Por qué no? Si estuviera ante tus ojos, quizás callaría. Con la pluma, lejos de tu persona, me atrevo. ¿Sabes una cosa? He tomado tu regalo esta vez con miedo: como nunca; con un temblor que parecía un presentimiento de algo muy triste para mí. ¿Por qué habrá sido esto? Tú acaso lo sepas... y yo acaso podría imaginarlo. Pero no quiero, no. No quiero pensar en tal cosa. Aunque ya no soy sino una amiga agradecida a tu bondad, no quiero pensar en tal cosa. ¿Ves? Estoy llorando. Adiós. No lo quiero pensar. Elisa.—Mis nenas me dijeron anoche que por la tarde te habían visto de lejos en el teatro.» ¡Pobre Elisa! *Mete el pliego en el sobre, y se lo guarda en la cartera.* No cabe dudar que en Madrid se miente, se habla...

Vuelve Amalia en esto por la puerta del foro. Se ha aliviado graciosamente el luto. Su belleza parece florecer con los cuidados de la casa en que está. Es coqueta, zalamera, mimosa y consciente del turbador influjo de sus encantos, los cuales pone en juego con habilidad y complacencia. Habla con un tonillo particular, dulce y cariñoso.

AMALIA. ¿Era alguna mala noticia?

DON JUAN. ¿Qué?

AMALIA. Pasé antes por ahí, y lo vi a usted leyendo una carta con tanto ceño...

DON JUAN. ¡No!...

AMALIA. Me pareció a mí.

DON JUAN. Pues no tenía ninguna importancia. Era una carta de fórmula simplemente.

AMALIA. Ya.

DON JUAN. Del ministro de Instrucción Pública.

AMALIA. Del ministro de Instrucción Pública.

DON JUAN. Sí.

AMALIA. Ya. *Mira con disimulo al centro de los papeles.* Pues yo le traía a usted una rosa del ramo que me han enviado los vecinos... —¡qué amables! ¿eh?—y no me atreví a distraerlo. ¿Quién cree usted que se ha quedado con ella?

DON JUAN. ¿Quién?

AMALIA. Su secretario: don Pascual. No ha parado hasta que se la he puesto yo misma en la solapa. Bueno: luego le pondré a usted otra; no se encele del secretario.

DON JUAN. Muchas gracias. La reclamaré, si a usted se le olvida.

AMALIA. Pues voy a hacer que se me olvide. No más que por ver si usted se acuerda de reclamarla. Y ¿sabe usted, señor don Juan, que estoy contrariadísima?

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Por la tardanza de papá. El *cable* de ayer me ha disgustado mucho.

DON JUAN. Al revés que a mí. Mientras más tarde en llegar a Madrid el benemérito autor de

sus días, más tiempo estará usted en mi casa. Un poco de egoísmo.

AMALIA. La galantería no podía faltarle. Pero yo le temo al genio de papá, que está en ayunas de que usted no es casado.

DON JUAN. ¡Bah!

AMALIA. ¿Cómo se le metería en la cabeza que lo era usted?

DON JUAN. Es noticia que se ha publicado tres o cuatro veces, sin ningún fundamento. Se conoce que me tienen ganas.

AMALIA. Por algo será.

DON JUAN. Pero creo, Amalia, que sin ser casado, he sabido rodearla a usted en mi casa de todos los respetos.

AMALIA. Y aun de todos los mimos.

DON JUAN. De mimos no hable usted, porque usted mima más que nadie. Usted, callada, mima.

AMALIA. ¿Ah, sí? Pues no me doy cuenta.

DON JUAN. *Remedándola por halagarla.* ¿Ah, no?

AMALIA. No. Pero usted es muy mal pensado. Por lo demás, no me sorprende que me halle usted mimosa. Había yo de haber sido por naturaleza un puerco espín, y con la vida que he llevado me hubiera vuelto una tortolita. Usted sabe bien que las costumbres modifican la condición de las personas... ¡y yo he mimado tanto en este mundo!

DON JUAN. ¿A quién, Amalia?

AMALIA. ¿Me va usted a decir que le tiene envidia?

DON JUAN. Justo.

AMALIA. Pues no se la tenga. Mis mimos han sido para mi madre, enferma largos años, y para su hermana, cuando papá se marchó a Buenos Aires. De manera que la envidia de usted no está en su lugar. Envidie usted otra cosa cualquiera.

DON JUAN. Por ejemplo, del porvenir.

AMALIA. Bueno.

DON JUAN. Sí, porque al presente, el digno de envidia soy yo.

AMALIA. ¿Por la ganguita de tener en su casa una fea?

DON JUAN. ¡Por esa ganguita!

AMALIA. ¡Lo graciosa que estuvo Ricarda el día que me dijo que usted esperaba en mí una visión, y andaba por la casa cazando moscas!

DON JUAN. ¡Ah, sí! ¡Muy graciosa estuvo!

AMALIA. Pues ya ve usted: mi prima, con quien usted me había confundido, tan fea y todo, se ha casado ya...

DON JUAN. La suerte de las feas... Ríase, ríase usted, que su risa me encanta. Aunque sea para burlarse de mí.

AMALIA. ¡Dios me libre! ¿Qué ha de particular en mi risa, don Juan?

DON JUAN. Que a la vez detiene y atrae, Amalia.

AMALIA. Y ¿por eso quiere usted que me ría?

DON JUAN. Por eso.

AMALIA. ¿Por eso?

Antoñito asoma por la mampara.

ANTOÑITO. Con permiso, don Juan.

DON JUAN. ¿El teléfono?

ANTOÑITO. Sí, señor.

DON JUAN. Lo suponía. ¿Calonge?

ANTOÑITO. No, señor. Sí, señor: Calonge.

DON JUAN. Un momento, Amalia.

AMALIA. ¡Los que usted necesite! La obligación...

DON JUAN. ¡Los pleitos de la gente!... *Éntrase en el despacho.*

AMALIA. *Deteniendo a Antoñito, que sigue a don Juan.* Creí que se había usted marchado ya, Antoñito.

ANTOÑITO. Tengo en estudio un asunto que me interesa enormemente, y no sé dejarlo. Un divorcio.

AMALIA. ¡Ah! ¿un divorcio? ¿Por causa del marido?

ANTOÑITO. ¿Cómo no? Hasta luego.

AMALIA. ¡Meta usted a ese hombre en la cárcel!

ANTOÑITO. ¡Si estuviera en mi mano!... *Vuélvese al bufete.*

Amalia, sola, coquetea consigo un momento. Luego, segura de su soledad, se deja llevar de una traviesa idea que le asalta. Coge del cesto de los papeles dos o tres pedacitos de la carta de la Pajari-

ta, y los lee maliciosamente. «Guéspeda...» «Coracón...» «Asitunas...» ¡El ministro de Instrucción Pública no sabe ortografía!

Llega Ricarda por donde se fué.

RICARDA. ¿Soy indiscreta?

AMALIA. Conmigo nunca, Ricardita. Además, estoy sola.

RICARDA. Sola no está nunca una muchacha de veinte años. La acompañan siempre sus pensamientos.

AMALIA. Eso sí.

RICARDA. Pues mucho cuidado con el rumbo que el corazón les dé .. *Sigilosamente.* Este hombre es muy peligroso.

AMALIA. *Buscando en torno suyo, por burla.* ¿Cuál?

RICARDA. Tan peligroso como bueno. Yo he querido pasar unos días respirando su atmósfera, y voy a salir envenenada. Más de lo que vine. Cuando usted adquiera absoluta confianza en mí, podré serle muy útil. El amor que sin esperanza espera, es agua salobre. ¿Ve usted cómo hago frases?

AMALIA. Y muy poéticas. Ya se lo he dicho a usted.

En este momento sale por la puerta del foro Hormiguero, que viene de la parte de la izquierda, decidido y aprisa. Al ver a Ricarda se para en seco, y gira sobre los talones para cambiar de dirección y escapar de ella, que lo ve y lo llama.

RICARDA. ¡Hormiguero! ¡Señor de Hormiguero!

HORMIGUERO. *Volviéndose.* ¿Eh?

RICARDA. ¡Que no nos comemos a nadie!

HORMIGUERO. No; si es que venía al bufete por un libro, y recordé de pronto que lo tengo allá, en mi despacho. ¡Je, je!

RICARDA. Y ¡qué florido lo veo a usted esta tarde!

HORMIGUERO. ¡Se vive!

RICARDA. ¿Quién ha sido ella? ¡Porque usted es tremendo! ¿Alguna camarera de un *tupi*?

HORMIGUERO. ¡Agua va! *Se marcha escapado. Amalia disimula su risa.*

RICARDA. *A Amalia.* Ojo también con este secretario, que ve crecer la yerba.

AMALIA. Tendremos ojo con los dos.

Sale doña Nona por la puerta del foro.

DOÑA NONA. Oiga usted, doña Ricardita.

RICARDA. Señora.

DOÑA NONA. ¿Ha sido usted quien ha mandado a Roque por clavos de adorno?

RICARDA. Precisamente yo. ¿Por qué, señora?

DOÑA NONA. Porque parece que en la despensa hay hasta seis o siete kilos de esos clavos. Me lo acaba de decir Romualda, que está por las nubes.

RICARDA. Mucho han tenido que bajar las nubes para llegar hasta Romualda. Pero eso es que Roque me ha entendido mal. Voy a ponerlo en

claro. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

DOÑA NONA. *Viéndola irse.* A estas señoras, que ahora es moda que acompañen a las señoritas, les llaman *carabinas*, ¿no?

AMALIA. *Carabinas*... y otra porción de cosas.

DOÑA NONA. Pues esta es la carabina de Ambrosio. ¡Qué mujer más inútil! Todavía tú y yo la sobrellevamos con disimulo; pero a Romualda se le ha montado en las narices, y el mejor día se va a acordar de que nació en la calle de Toledo, frente al parador de la Úrsula, y va a haber que alquilar balcones para oírla. Hace falta ser de jalea de membrillo para meterla aquí. Estando yo, ¿qué pinta ella? ¡Pero como para las faldas ha desterrado el *no* de su boca el don Juan de las Viñas este!...

AMALIA. Para las faldas y para todo el mundo, ¿no cree usted?

DOÑA NONA. No, doña Cazurrita; ni tú tampoco. Para las faldas, para las faldas. Con todo el mundo es bondadoso; pero con las mujeres va más allá de lo debido. Menos mal que no las mete en casa, como yo temía. Pero es un mujeriego incorregible, desatentado. Todos los hombres son... como Dios los ha hecho; pero cuando dejan un enredillo, ¡se acabó! lo dejaron, y punto final. Él, no.

AMALIA. ¿Él, no?

DOÑA NONA. Entiéndelo tú, que no eres tor-

pe; el enredillo acaba... pero queda transformado en amistad finísima... en relación afectuosa... en ¡qué sé yo los nombres que él le pone a lo que no es más que una estela de faldas!

AMALIA. ¡Una estela de faldas!...

DOÑA NONA. ¡Tú verás! Y el diantre del hombre, que ha podido ya casarse muy bien tres o cuatro veces, lo echa todo a rodar con sus *clases pasivas*. En cuanto las novias o las familias de las novias se dan cuenta de que lleva consigo una cadena de suspiros y de recuerdos, cuando no de algo más, ¡adiós las bendiciones!

AMALIA. ¿Ah, sí?

DOÑA NONA. ¡Pues claro que sí! ¿Qué mujer sensata ha de conformarse?... La luna de miel gusta de lucir sin estrellas, niña. Y que son, como te digo, ciento y la madre.

AMALIA. Son muchas, ¿verdad?

DOÑA NONA. ¡Ciento y la madre! Hasta en el otro mundo las tiene.

AMALIA. ¿Cómo?

DOÑA NONA. Hace unos cuantos días se presentó aquí un tipo, mal fachado, con traza de golfo, que a mí me llamó la atención. ¿Cómo recibe mi sobrino a un hombre de esa estampa? Y Romualda me dió la clave. ¡Es un hermanito de una preciosidad de Antequera, que se murió!... Y el nene se ha dedicado a explotar su memoria, gracias al pánfilo de don Juanito.

AMALIA. ¿Qué me dice usted?

DOÑA NONA. Lo que oyes. Viene, le recuerda a la muerta—que dice Romualda que era divina—, finge que llora, o llora de verdad, le hace un pasaje de comedia... y el otro simple acaba por rascarse el bolsillo. *Pausa.* ¿En qué piensas?

AMALIA. En eso.

DOÑA NONA. En eso, ¿eh? Tú quizás te preguntes: pero esta vieja, ¿a qué me cuenta a mí ciertas cosas? Y esta vieja cree que cumple un deber. Así se duerme con la conciencia más tranquila.

AMALIA. No comprendo...

DOÑA NONA. Sí comprendes, doña Solapadita; sí comprendes.

AMALIA. A mí me gusta enterarme de todo... Estos hombres tan enamorados tienen una vida muy novelesca... *Yendo a recibir a Cardona y a Dulcenombre, que aparecen por la puerta de la derecha.* ¡Vecinos! ¡Tanto bueno por aquí!

DULCENOMBRE. Lo bueno lo venimos buscando nosotros.

CARDONA. Amalita... Señora...

DULCENOMBRE. Señora, buenas tardes.

DOÑA NONA. Bien venido el matrimonio modelo. ¡Siempre juntos como los ves, Amalia!

DULCENOMBRE. ¡Siempre!

CARDONA. ¡Siempre! Y al que le pique, que se rasque; ¿no, doña Nona?

DOÑA NONA. ¡Que se rasque!

Cardona se rasca a hurtadillas.

AMALIA. Un encanto las rosas, Dulce

DULCENOMBRE. ¿Le han gustado?

AMALIA. Pero me avochornan ustedes con tantas atenciones... Yo no sé qué hacer.

DULCENOMBRE. Eso no vale nada, Amalia.

DOÑA NONA. Sí, sí; la miman todos mucho. Usted y todos. Y tanto mimo, engríe.

CARDONA. ¿Te enteras, Dulce? Tanto mimo, apesta.

DOÑA NONA. Yo no he dicho apesta.

CARDONA. Porque usted está muy bien educada.

DULCENOMBRE. Mejor que tú. Llevas unos días muy revuelto.

Del despacho sale don Juan.

DON JUAN. ¡Hola! Buenas tardes, pareja feliz.

DULCENOMBRE. Buenas tardes, don Juan.

CARDONA. Ven con Dios, muchacho.

DON JUAN. ¡Pesadez de bufete! Si no fuera por lo que es...

AMALIA. Larguita ha sido la conferencia por teléfono... ¿Vamos allá, Dulce?

DULCENOMBRE. Vamos.

CARDONA. Yo voy a fumar un cigarrillo con éste.

DULCENOMBRE. No fumes demasiado, Gorito.

CARDONA. Si más que nada es por charlar

AMALIA. Sí, sí; quédense hablando de sus cosas.

DOÑA NONA. Llamaremos nosotras a doña Ricardita para que nos toque el piano.

CARDONA. Y ¡qué mal lo toca la condenada!

DOÑA NONA. Pero mientras lo toca, no hace frases.

Todos se ríen.

DULCENOMBRE. ¡La pobre!...

AMALIA. Y luego, Dulce, quiero yo que usted me enseñe ese punto de aguja tan bonito...

Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha, conversando.

CARDONA. *Tras un silbido de admiración.* ¡Qué desatino de mujer!

DON JUAN. ¿Cuál?

CARDONA. ¡La mía! ¡Quién estuviera en tu pellejo, don Juan de la Vega!

DON JUAN. ¿Para qué?

CARDONA. ¡Bandido! ¿Para qué? ¿En qué canto del poema te andas?

DON JUAN. ¡No seas tú también majadero

CARDONA. ¿Yo también? ¿Luego hay muchos majaderos que te dicen lo mismo?

DON JUAN. ¡Ponle puertas al campo!

CARDONA. ¡Pónselas tú!

DON JUAN. Pero, ¿en qué cabeza cabe Gregorio?... ¡Bah! Por lo visto, nadie me conoce. ¡Una criatura hospedada en mi casa!...

Llega el Capitán por la puerta de la derecha.

CAPITÁN. ¡Caballeros y amigos!

DON JUAN. ¡Capitán!

CARDONA. ¡Felices, Capitán!

CAPITÁN. Voy a hablar por teléfono cuatro palabrillas.

DON JUAN. Estás en tu casa, Capitán.

CAPITÁN. *Haciendo aspavientos ponderativos se entra en el despacho.* Chico, no me dejan vivir... ¡Una rubia!...

Cardona y don Juan sueltan la carcajada.

DON JUAN. ¡Qué famoso es!

CARDONA. ¿Y yo que le oía llamar el Capitán, y se lo llamaba por rutina, y hasta hace poco no he sabido por qué se le llama el Capitán?

DON JUAN. ¡Sí, hombre! ¡Porque con unos aficionados hizo una vez el Centellas de un modo desastroso!

CARDONA. ¡Eso me ha contado Hormiguero!

Sale Hormiguero del despacho.

HORMIGUERO. ¿Qué, qué le he contado yo? A la orden, querido Cardona.

CARDONA. Salud, Hormiguero. Lo del mote del Capitán.

HORMIGUERO. ¡Ah! sí. Hoy viene magnífico. ¡Ya no puede con tantas aventuras! Me ha rogado que lo deje solo. Y a Antoñito también. ¡Y acaba de pedir comunicación con el trece trece!

CARDONA. ¿Con el trece trece?

HORMIGUERO. ¡Que es su zapatería! *Ríen todos.* Veremos luego con qué patraña sale.

CARDONA. Pero ¿está usted seguro?...

HORMIGUERO. ¡Segurísimo! «La Pata de oro.» Yo conozco mucho esa tienda. Allí también se calza Estévez, nuestro gran jefe de Bolsa.

DON JUAN. ¿También?

HORMIGUERO. Sí, sí; allí se calza. Y tiene hormas suyas.

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡Este secretario!... ¿Un cigarrillo?

HORMIGUERO. Venga.

CARDONA. ¡Venga, qué diantre! *Cantando de pronto.*

Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte...

DON JUAN. ¡Querido Cardona: está desconocido hace días!

HORMIGUERO. ¡Sí, por cierto!

DON JUAN. ¡A ti te sucede algo delicioso! Tú ríes, tú cantas, tú bromeas...

HORMIGUERO. No reniega de Dulcenombre...

CARDONA. ¡Ay, amigos míos, el mundo da vueltas a diario!

Con mi «chaleco» gris me acerco
a los rosales del jardín...

HORMIGUERO. Con mi *cabello*, dice Rubén Darío; no con mi *chaleco*.

CARDONA. Ya lo sé. ¡Pero como Dulcenombre

no quiere verme canas y se tiñe el pelo de azul... yo tengo que alterar el verso!

HORMIGUERO. ¡Ah! vamos. ¿Qué tinte usa usted? ¿La *Juvenolina*?

CARDONA. ¡Qué sé yo! Es a gusto de Dulce.

HORMIGUERO. Pues le voy a recomendar uno nuevo, de industria catalana, que es la última palabra de la química. Está hecho de raíz de café, y da un castaño muy bonito.

DON JUAN. Bueno, bueno; volvamos a los rosales del jardín. ¿A cuál te acercas, si puede saberse, Gregorio? ¿Qué rosita has cogido?

CARDONA. Te diré: rosita, ninguna. Rosa, rosa. Yo no hago el cadete ni el ridículo. Me dedico a las contemporáneas.

DON JUAN. ¿A las contemporáneas tuyas?

CARDONA. Las contemporáneas de los hombres no son nunca las de su edad, sino las que tienen diez o quince años menos.. Y ellas a nosotros y nosotros a ellas, nos perdonamos insensiblemente los agravios del tiempo... Los pelos teñidos, las arrugas, las patas de gallo, las muelas de oro... ¡todas las gracias de la edad!

HORMIGUERO. Un amigo mío, dado a los versos, que piensa como usted, ha hecho esta parodia de Campoamor:

«Las madres de las hijas que yo canto,
me gustan más... o por lo menos tanto.»

CARDONA. ¿Le gustan más las madres que las hijas?

HORMIGUERO. Así dice.

CARDONA. A mí, no. A mí me gustan más las hijas. Pero con las madres voy más tranquilo.

DON JUAN. Y ¿quién es la víctima?

CARDONA. La víctima... ¡la víctima a última hora seré yo! *Con toda precaución y misterio.* Se trata de una *cupletista* que ya no está en activo, con la que he merendado un par de tardes: Coralito Vargas.

HORMIGUERO. ¡Ah, Coralito Vargas!

CARDONA. ¿La conoce usted?

HORMIGUERO. Sí, señor. Desde que era camarera en «El Napolitano». Muy guapa y muy fresca, don Juan. ¡Ya lo creo!

DON JUAN. ¡Miren el cautivo!

CARDONA. Yo traté un poco a esa muchacha en sus verdes años.

HORMIGUERO. Los años de Coralito siempre han sido verdes, si no lo toma usted a mal.

DON JUAN. Y ¿cómo te las has compuesto para burlar a tu carcelera?

HORMIGUERO. ¡Eso sí que es interesante!

CARDONA. *¡Ardides del juego son!* ¿No me sorprenderá la carcelera?

DON JUAN. No temas; se la ha llevado Amalia a su gabinete.

CARDONA. Pues van ustedes a reírse. Como mi mujer se ha convertido de mujer en parche

poroso, y está siempre adherida a mí, resulta que no tengo más ocasiones para mis tropicheos galantes que los entierros de los amigos.

DON JUAN. ¡Qué barbaridad!

HORMIGUERO. ¡Pero, hombre!

DON JUAN. ¡Eso no se puede oír en paciencia!

HORMIGUERO. ¡Eso es macabro!

CARDONA. Eso, en último caso, es *donjuanesco*, simplemente. Don Juan Tenorio invita todos los años a cenar en su casa al Comendador, ya difunto, y nadie se subleva. Continúo. Mi caso es muy distinto. Se murió días atrás la suegra de Borrajas, un antiguo compañero de oficina. Era deber mío asistir al entierro. Me despegué de Dulce, me puse la levita y la *canariera*, y al tomar un simón en la calle de Ayala, ¡zás! Coralito Vargas que sale de una casa de enfrente. «¡Hombre!... ¡Qué sorpresa!... ¡Tanto tiempo sin vernos!... ¿Qué tal? ¿Qué tal?...» ¡Las cosas naturales! Iba guapísima. Resumen: que opté, en el acto, por un cambio de vía.

HORMIGUERO. Sí; se comprende.

DON JUAN. Se comprende, sí. Es delito con atenuantes... ¡Una suegra!

CARDONA. ¡Claro! Y ¡qué suegra! Le amargaba la existencia a Borrajas. Él mismo me lo dijo, cuando le di el pésame: «¡Los dos hemos pasado a mejor vida!»

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. De manera que me llevé a Coralito

a casa de Morán, la convidé a unos langostinos y a unas copas de *Fino gaditano*, y pasé dos horas deliciosas. Pero lo malo es que me ha quedado en el espíritu un germen venenoso, y ya me he sorprendido más de una vez mirando a los conocidos que tienen mala cara, con intención perversa.

DON JUAN. ¡Oh!

HORMIGUERO. ¡Caray!

CARDONA. Un sentimiento así como si los fuera a heredar.

HORMIGUERO. ¡Ah, pues conmigo no cuente usted en mucho tiempo!

CARDONA. Hasta ahora me ha favorecido la suerte: no me puedo quejar. Los dos muertos han sido de poca importancia. La suegra de Borrajas y un usurero a quien odiaban en todos los ministerios de Madrid. La otra mañana se murió de repente, y se lo agradecí en el alma. Y como la la práctica hace maestro, ya ese día me llevé en el bolsillo unos guantes grises y una corbatita colorada, para quitarle a la aventura aspecto funerario, y me transformé en casa de Morán antes de que llegara la palomita. ¡Otro hombre! La acompañé luego en el coche a su domicilio, volví después a caracterizarme de entierro... ¡y a vivir!

DON JUAN. ¡Bueno! ¡Don Juan Tenorio no tiene entre las suyas una página tan cínica como esa! ¡El verdadero Don Juan Tenorio!

HORMIGUERO. ¡Ni el de Byron, ni el de Tirso, ni el de Molière!

DON JUAN. ¡Ni tan cínica ni tan espeluznante!

CARDONA. Ustedes búrlense lo que quieran.

Vuelve el Capitán de su conferencia telefónica.

HORMIGUERO. ¡Capitán!

CAPITÁN. Las niñas de la Central me conocieron en la voz, y hemos tenido un rato de dimes y diretes.

HORMIGUERO. ¡Ya nos parecía a nosotros mucho tiempo para encargarse botas nada más!

CAPITÁN. *Sin enterarse.* ¿Alguno de ustedes quiere ir esta noche a Romea?

HORMIGUERO. Hombre yo no: yo iré con mi mujer al *cine*.

CARDONA. Yo no saldré de casa.

DON JUAN. Yo creo que tampoco.

CAPITÁN. Pues, por si varían ustedes de opinión, sepan que el palco número siete estará ocupado por un par de mujeres que quitan la cabeza. Acabo de ofrecérselo. Dos hermanas.

DON JUAN. ¿Una morena y una rubia?

CARDONA. ¿Hijas del pueblo de Madrid?

CAPITÁN. No, no: las dos rubias y de Jerez de la Frontera. Mixtas. ¡Buenas mujeres! ¿Qué será que la sangre andaluza y la inglesa, mezcladas, dan esos tipos? Conque dicho queda: el que quiera ir, que tome mi nombre...

DON JUAN. Pero, ¿tú no vas?

CAPITÁN. No, chico, no. Me voy a meter en la cama ahora mismo. Me he enfriado un poco... estoy malucho.

CARDONA. *Sintiendo brotar el venenoso germen.* ¿Que está usted malucho?

Don Juan y Hormiguero cruzan una mirada y un gesto de indignación cómica.

CAPITÁN. No tengo el cuerpo en caja. ¡Figúrese usted: bebiendo *Pommery* hasta las seis de la mañana!... La broma estaba en no dejarlo hasta llenar de corchos mi chistera. ¡Disparates! ¡Salud, señores!

Se va por la puerta de la derecha.

DON JUAN. Adiós, Capitán.

HORMIGUERO. Que usted se alivie, Capitán.

CARDONA. Vaya usted con Dios, Capitán.

HORMIGUERO.

¿Cuándo aquí sin su presencia
tuvieron lugar orgías
que han hecho raya en la época?

DON JUAN. Lo que es intolerable, Gregorio, es que ya quieras hacer leña de todos los amigos. ¡Te ha asomado a los ojos un brillo siniestro cuando le preguntabas al Capitán si estaba malucho!

CARDONA. ¡Por lo que más quieras, cambiemos de conversación, que llega Dulce!

HORMIGUERO. ¡En seguida! ¿No fué usted, Cardona, quien habló de que quería ver el reloj de repetición de mi despacho?

CARDONA. Sí, yo fuí. Como lo oigo desde arriba y me hace tanta gracia...

DON JUAN. Sobre todo de madrugada, ¿no?

Vuelven por la puerta del foro Amalia y Dulce nombre. Ricarda viene también con ellas.

DULCENOMBRE. ¿Vamos, Gorito?

CARDONA. Vamos.

DULCENOMBRE. Don Juan, Amalia va a subir a casa un momento.

AMALIA. Cosas nuestras, don Juan; no tiene usted que poner esos ojos.

DON JUAN. ¿Yo?

RICARDA. ¿Se le ha ofendido a usted en algo, señor de Cardona?

CARDONA. ¡Ni con cien leguas, Ricardita!

RICARDA. Como no me saludaba usted...

CARDONA. Perdóneme: estaba distraído. Ya sabe usted que se la quiere.

RICARDA. ¿Adón[illegible] iba usted la otra tarde tan llamativo, de guantes grises y de corbata colorada?

Bomba. El Cardona le entra una tos congestiva que contagia inmediatamente a don Juan; Hormiguero acude a salvar a su amigo. Dulce se alarma; Amalia no se da clara cuenta de lo que ocurre, y Ricarda, menos.

DULCENOMBRE. ¿Qué es eso, Gorito? ¿Qué tienes?

CARDONA. Nada, mujer, nada; no hagas caso.

DULCENOMBRE. ¿Cómo que nada, y se te van a saltar los ojos? ¡Es de tabaco! ¿Lo ves? ¡Por fumar! ¡Por fumar! ¡Maldito sea el tabaco!

HORMIGUERO. Venga usted allá, y le daré unos caramelos.

DULCENOMBRE. ¿No te pasa, hijito?

CARDONA. Sí, hijita mía, sí... Y no tiene la culpa el tabaco. Ha sido risa de una cosa que me dijo Ricarda...

RICARDA. ¡Ah, ya! No creí que había de hacerle tanto efecto. Lo que yo le he dicho, Dulcenombre...

Nuevas toses de don Juan, Cardona y Hormiguero, que impiden seguir hablando a Ricarda.

HORMIGUERO. ¡Venga usted, Cardona, venga usted por los caramelos!

CARDONA. ¡Sí, hombre, sí!

DON JUAN. Oiga, Ricardita.

RICARDA. Don Juan.

AMALIA. *Adivinando algo.* Ande, Dulce. Ahora subirá su marido.

DULCENOMBRE. Vamos. La tos no es de la risa, no lo crea usted; es de la tagarnina, que no se le cae de la boca. ¡Pero está enviciado!

Dulce y Amalia se van por la puerta de la derecha y Hormiguero y Cardona por la del foro, hacia la izquierda.

RICARDA. ¡Qué toses más ficticias! ¡Qué fuga! ¿Ha pasado algo?

DON JUAN. *Nervioso.* No lo sé.

RICARDA. ¿No lo sabe?

DON JUAN. No; no lo sé.

RICARDA. ¿Ni aun lo columbra?

DON JUAN. Columbro, Ricardita, que ha podido usted comprometer al bueno de Cardona.

RICARDA. *Mon Dieu!*

DON JUAN. Si llega a oír Dulce lo de la corbata y los guantes...

RICARDA. *Mon Dieu! Toujours la même chose!* ¡Este fatalismo de las planchas va a enterrarme! Voy a darle a ese caballero mil explicaciones. Pero no me mire usted con rencor, don Juan, que harta desgracia tengo. De aquí no me moveré hasta que me sonría.

DON JUAN. *Sonriéndole en el acto.* Ricardita, por Dios...

RICARDA. *Para sí, con el corazón traspasado.* ¡Qué pronto me ha dicho que me vaya! *Márchase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Hay desdicha como la de esa mujer? .. ¿Qué iba yo a hacer ahora? ¡Ah! sí. *Llamando desde la mampara del bufete.* ¡Antoñito!

Vuelve Cardona por donde se fué.

CARDONA. Huyéndole vengo. ¿Qué te ha parecido la imprudencia?

DON JUAN. De su especialidad.

CARDONA. Fortuna que Dulce no paró mientes... Con la monomanía del tabaco...

DON JUAN. Sí; no advirtió lo que era. Pero, amigo mío, la traición debe temerle siempre a la casualidad.

CARDONA. ¡Calla! Sin sangre me quedé. ¡Hay para matar a esa tonta! No, y como Dulce refle-

xione y sospeche algo, y se me desplome mi nuevo mundo, al primer entierro a que voy es al de Ricardita. ¡Porque la mato yo! Hasta luego.

DON JUAN. Hasta luego.

Se marcha Cardona por la puerta de la derecha.

Antoñito sale del bufete.

ANTOÑITO. Mándeme usted, don Juan.

DON JUAN. Oyeme una cosa. *Antoñito sonríe.* ¿Me adivinas?

ANTOÑITO No es la primera vez. ¿Se ha arrepentido usted ya de su fiereza?

DON JUAN. Cabalmente.

ANTOÑITO. Era inevitable.

DON JUAN. No sé, Antoñito, no sé reñir con las mujeres. Irás luego a decirle a Marta de parte mía que sí, que accedo a la entrevista que me pide; que de ningún modo quiero terminar con ella como enemigo.

ANTOÑITO. Bien. No iré al teatro, sino a su casa.

DON JUAN. Sí; mejor a su casa. ¡Estas mujeres que lloran tan bien, Antoñito!...

ANTOÑITO. ¡Ah! ¡Y con lo preciosa que Martita se pone llorando!

DON JUAN. ¿Te gusta a ti Martita?

ANTOÑITO. Mucho. Con permiso de usted.

DON JUAN. ¡Hombre!

ANTOÑITO. Y me trata con gran afecto.

DON JUAN. ¿Te ha dicho el porqué de nuestra ruptura?

ANTOÑITO. Me lo ha dado a entender claramente.

DON JUAN. ¿Amalia?

ANTOÑITO. Sí, señor.

DON JUAN. Ya ves qué disparate. Son unos celos que me ofenden. Y como yo, la verdad, buscaba ya la puerta de salida, me he apoyado en ellos...

ANTOÑITO. Sí, sí, señor.

DON JUAN. Era una aventura demasiado pública. Yo no sé amar... en el escaparate. ¡Estos vanidosos que alardean!... El amor se lastima de la exhibición y del escándalo... Quien publica los besos de una mujer, más tiene de rufián que de amante. Por eso les contesto yo a mis amigos, cuando en bromas o en veras me llaman Don Juan, por mi rara suerte con las faldas—que no niego, pero que no publico,—por eso les contesto que de Don Juan no tengo ni un pelo, ni una uña: ¡el nombre y gracias, como ironía de mi destino! ¡Yo burlador!... ¡Vamos! Antoñito, ¿qué crees tú que me sucede a mí si por mi causa gime una pescadora como la del Don Juan de Tirso, y oigo sus lamentos lejanos?

ANTOÑITO. Pues es como la luz. ¡Que en vez de huir, vuelve usted a ella, le enjuga las lágrimas... y le pone una tienda de anzuelos!

DON JUAN. ¡Tunante! ¿De manera que te gusta Martita?

ANTOÑITO. Ya se lo he dicho a usted.

DON JUAN. ¡Las lágrimas! ¡las lágrimas!... A las lágrimas de Martita temo yo. Pero iré, no obstante. Ya el puente está echado. Yo he tenido siempre gran fortuna al acometer, y una providencia para libertarme... Siempre han sido ellas las que me han abierto la jaula. O una ausencia fatal, o un temor a la sorpresa o al escándalo... algo, en fin, que ha hecho la separación amistosa. Quizás esto se deba a que yo, que a tantas he querido, he rechazado instintivamente para mi amor a las perversas, a las enredadoras, a las falsas, a las felinas... Con mujeres buenas ves el fondo del lago... Y todo es más fácil. Pero en este caso de Martita... Te digo que hay momentos en que casi se desea una traición.

Asoma Arístides a la puerta de la derecha.

ARÍSTIDES. Señor.

DON JUAN. ¿Qué?

ARÍSTIDES. Una señora que desea hablar con el señor.

DON JUAN. ¿No te ha dicho su nombre?

ARÍSTIDES. Dice que el señor no ha de recordarlo. Huele muy bien.

DON JUAN. *A Antoñito, confidencialmente.* ¿Elisa estuvo ayer aquí?

ANTOÑITO. Sí, señor; ayer por la mañana. La recibí yo mismo. Quedó en ponerle a usted dos letras.

DON JUAN. Sí. ¿Vió a Amalia?

ANTOÑITO. La vió y me dijo luego: «¿Ésta es la fea? ¡Buen embustero está don Juan!» Y yo le expliqué entonces...

DON JUAN. Pero no lo creería.

ANTOÑITO. No lo creyó.

DON JUAN. *A Arístides.* Que pase esa señora.

ARÍSTIDES. Bien. *Vase.*

DON JUAN. ¿Quedamos, Antoñito...?

ANTOÑITO. Sí, señor. *Éntrase en el bufete.*

DON JUAN. ¿Y ésta, quién será?

Helia, la esposa infeliz recordada por don Juan en el acto primero, sale por la puerta de la derecha. Es mujer de extraña belleza y de original atavío. Aunque griega, se expresa bien en castellano, pero conserva en su pronunciación un dejo extranjero, que le presta gracia.

HELIA. ¿Don Juan de la Vega?

DON JUAN. Yo soy, para servirla, señora. Pase usted.

HELIA. ¿Me reconoce? *Don Juan la mira.* ¡Oh!... No es posible.

DON JUAN. Como va cayendo la tarde, hay tan poca luz...

HELIA. *A don Juan, que hace ademán de ir a darla.* No, no encienda usted. He elegido esta hora ex profeso, ¿no?

DON JUAN. Perdóneme, pero no me conformo... *Da luz, y exclama entonces, volviendo a mirarla:* ¿Estoy soñando, Helia?

HELIA. ¿Me ha reconocido?

DON JUAN. ¡Si vi una vez lágrimas en sus ojos!

HELIA. Y ¿se acuerda de mi nombre también?

DON JUAN. Pues ¿no se acordaba usted del mío?

HELIA. De nuevo me hace usted dichosa. ¿Es imprudente que haya venido a verle aquí?

DON JUAN. Nunca.

HELIA. ¿Es usted libre aún?

DON JUAN. Libre: como entonces; como los pájaros que nos despertaban en el Monasterio de Piedra.

HELIA. ¡Oh!... Me alegro mucho.

DON JUAN. ¡Qué grata visita!... Siéntese usted. ¡Qué inesperada aparición!...

HELIA. ¡Al cabo de los inviernos que han pasado!

DON JUAN. Por usted sólo han pasado las primaveras.

HELIA. ¡Oh!...

DON JUAN. ¿Y usted, es ya libre?

HELIA. Mucho más que en el Monasterio de Piedra. ¿Se alegra usted?

DON JUAN. ¡Cuando fuí a ofrecerle la libertad aquella noche inolvidable!... ¿Murió su marido?

HELIA. ¡Ca!

DON JUAN. Entonces...

HELIA. Para no morir yo, acordé con él separarme del lado suyo. Y me he separado lo más posible, ¿no?

DON JUAN. ¿Cómo es eso?

HELIA. Porque lo he dejado con nuestros antípodas: en Nueva Zelanda.

DON JUAN. Ya. Bien hecho.

HELIA. Yo, señor don Juan, me casé con aquel ogro cargado de millones, por salvar a mi casa de la ruina. Me sacrifiqué por mis hermanas y por mis padres.

DON JUAN. Lo supe, y el saberlo encendió mi amor.

HELIA. ¿Su amor?

DON JUAN. ¿Cómo se ha de llamar aquello?

HELIA. Su hidalguía. Don Quijote no amó a cuantas damas quiso libertar.

DON JUAN. Yo, sí. Amor de un instante, si usted quiere; pero amor.

HELIA. Lo celebro. No hay nada en la vida, por grande que sea, que no empiece por un instante.

DON JUAN. Siga con su historia, que me interesa mucho.

HELIA. Saltaré al epílogo. La imaginación de usted llenará lo que media entre aquella noche y esta tarde. Murieron mis padres, casaron mis hermanas, y entonces yo, con una perfidia que me desconocía, ¿no? le hice a mi marido, para corresponderle, imposible la vida a mi lado; y a la pos-

tre hubimos de convenir en que nuestra unión era un atentado contra el amor y la naturaleza, y en que sólo la distancia entre los dos nos haría felices. Mientras más leguas, más ventura.

DON JUAN. ¡Brava resolución!

HELIA. Nadie sabe, si no lo pasa, qué especie de tormento es el de vivir encadenada a un ser a quien se aborrece y que repugna. La sola idea de que para llegar siquiera a tolerarlo se ha de violentar, asemejándolo al suyo, el espíritu propio, acongoja y subleva. *Silencio.* Desde que adopté mi determinación y la llevé a cabo, pensé volver a España. Y ya en España, ¿cómo no recordar a mi don Juan? Discúlpeme que en este momento le dé por mío. ¿Cómo no interesarme por su vida? ¿Cómo no buscarlo? Porque ha de saber usted, caballero, que aquel hecho suyo, tan bello y gallardo como insólito, dejó en mi corazón el perfume de su poesía para siempre; y en los momentos más dolorosos y graves de mi vida, a partir de él, evocando la juvenil aventura, ¿no? me prestaba a mí misma el mejor consuelo. «No todos los hombres son como éste que lentamente me asesina —pensaba:—hay en el mundo algún don Juan que es capaz de una bella locura.»

DON JUAN. Pues seguramente a esos recuerdos de usted respondían los míos, porque yo también la he recordado; y en estos años, muchas veces me he preguntado, no sin melancolía: «¿Qué habrá sido de aquella niña griega que desapareció

de mis ojos como un relámpago?» Porque usted es griega, ¿verdad?

HELIA. Griega; sí, señor. De ascendencia española, pero griega. Nací en Creta, como el gran pintor Theotocópuli.

DON JUAN. ¿Sí? No sabía...

HELIA. Y soy además su más fervorosa apasionada. ¡El pintor de los caballeros españoles, encendidos por el ideal y por la fel.. ¡El pintor de las raras visiones!... ¡El pintor del espíritu atormentado!... Creta le dió la vida y Toledo le dió los pinceles... ¡Oh!... Ahora voy a Ríotinto, donde una de mis hermanas vive con su esposo, que es ingeniero inglés, y dentro de quince días iré a Toledo. ¡A Toledo!

DON JUAN. ¿Conoce la ciudad?

HELIA. Nunca he estado sino con la ilusión... Me ha cautivado sin haberla visto... Pero la adivino, la presiento... Creo que entraré por sus torcidas calles como si hubiese nacido allí.

DON JUAN. Y ¿será enojoso para la curiosa soñadora encontrar en alguna pintoresca encrucijada, en algún pasadizo oscuro, al pie de algún retablo, a un caballero que la acompañe y con quien conversar y soñar?

HELIA. ¡Oh!

DON JUAN. ¿A un caballero que la guíe a la casa misma donde pudo vivir su pintor; a la calle donde moraba la monja que inspiró las *Tres fechas* al poeta sevillano; a una ermita que hay en

la Vega con un Cristo que fué testigo de un falso juramento de amor; al torreón ruinoso, orilla del Tajo, evocador de la hermosa mujer por cuyos ojos perdió un rey a su patria...?

HELIA. ¡Oh! Don Juan... ¿Qué quiere que yo responda a tales preguntas? Tiemblo toda con una emoción que no más otra vez he sentido. En mi alma, se parece esta tarde de Madrid a aquella noche del Monasterio... Hasta creo que me da en el rostro la misma luna que entraba en la celda... Mi corazón sonríe .. Don Juan, dentro de veinte días estaré en Toledo.

DON JUAN. Helia, yo también.

HELIA. Gracias.

Amalia acierta a pasar en este momento de la puerta de la derecha a la del foro. Se sobrecoge al ver a Helia, saluda tímidamente y se va. Don Juan y Helia se levantan.

AMALIA. ¡Ah! Dispensen...

Helia corresponde al saludo con una inclinación de cabeza. Cuando Amalia desaparece, le pregunta a don Juan:

HELIA. ¿Hermana suya, acaso?

DON JUAN. Sí; hermana.

HELIA. Se le parece mucho, ¿no?

DON JUAN. No...

HELIA. Dejo a usted.

DON JUAN. No me atrevo a oponerme.

HELIA. Me voy dichosa. Ha sido premiado mi afán de venir aquí. ¿Hasta Toledo?

DON JUAN. Hasta Toledo.

Le besa la mano y se marchan por la puerta de la derecha. Don Juan torna poco después, abstraído.

Amalia, entretanto, vuelve a salir por la del foro, con curiosidad. Siente, más que ve, irse a la pareja, y aguarda a que don Juan llegue. En cuanto asoma se apresura a hablarle, sacándolo de su abstracción.

AMALIA. Lo espero a usted para pedirle mil disculpas.

DON JUAN. *Cambiando de expresión al verla.* ¿A mí? ¿Usted?

AMALIA. Sí, señor. ¿Qué menos? ¡Presentarme aquí de improviso!... He podido sorprender lo que no debiera...

DON JUAN. ¡Por Dios!

AMALIA. No me diga que no, don Juan. ¡Una conversación de usted con una señora tan guapa ... Aunque fuese asunto de abogacía.

DON JUAN. Lo era.

AMALIA. Ya me lo figuraba. ¿Quizás el recadito de Calonge?

DON JUAN. ¿De Calonge?... ¡Ah, no! Cosa muy distinta.

AMALIA. Pero siempre de la carrera.

DON JUAN. Sí.

AMALIA. A usted le entusiasma su profesión.

DON JUAN. ¿Por qué lo dice usted?

AMALIA. Por lo que le brillan los ojos en cuanto asoma un caso nuevo.

DON JUAN. No, pues el de esta señora no es nuevo.

AMALIA. Pues le brillan a usted los ojos como si lo fuera.

DON JUAN. Porque es un asunto que me apasiona.

AMALIA. ¡Ya!

DON JUAN. Un divorcio.

AMALIA. ¿Otro?

DON JUAN. ¿Cómo otro?

AMALIA. Antoñito me ha dicho antes que está estudiando uno, y que no lo sabe dejar. ¿Es usted el abogado de los divorcios?

DON JUAN. De las mujeres.

AMALIA. Eso me gusta.

DON JUAN. ¡Pobres mujeres!

AMALIA. ¿Pleitean por pobres?

DON JUAN. Las mujeres bonitas no son nunca pobres.

AMALIA. ¿Y a las feas, no las defiende usted?

DON JUAN. Algún que otro caso he tenido.

AMALIA. Pero ¿habrá alguna diferencia en las minutas?

DON JUAN. La hay. Debo, sin embargo, advertirle a usted que, en general, las feas no pleitean sobre lances de amor, que es mi cuerda.

AMALIA. ¿El amor?

DON JUAN. Y sus lances. ¡Allá otros letrados con la defensa de los que originen las demás pasiones! Yo me ciño a los del amor.

AMALIA. Ya, ya se caldea.

DON JUAN. ¿No he de caldearme? ¿Dónde hay satisfacción como romper cien lanzas por cien mujeres sin ventura?

AMALIA. ¡Viva, viva don Juan!

DON JUAN. La que mató a su amante por celos de otra; la que fué torpemente vendida; la que huyó con su novio temblando; la que se hastió de la grosería de su verdugo, que no de su esposo; la que rodó hasta el fango por hambre; la que se escapó del convento... ¡Qué sé yo! ¡Las defiendo a todas!

AMALIA. Pero ¿todas esas mujeres tienen defensa?

DON JUAN. ¿No la tienen los hombres, Amalia?

AMALIA. Algunos, no.

DON JUAN. Ni algunas tampoco; pero yo me recreo en encontrársela.

AMALIA. ¡Claro! Y así tiene usted siempre la casa llena.

DON JUAN. No todas las que ve usted aquí me traen pleitos.

AMALIA. Pues usted nunca dice otra cosa.

DON JUAN. Porque cerca le andan. Algunas también vienen a visitarme sencillamente, ya por gratitud, ya por otro linaje de afecto... Y muchas,

las más, vienen a pedir el consejo amistoso, la orientación en algún asunto particular, la opinión en el caso de conciencia...

AMALIA. ¡Jesús! ¡En el caso de conciencia! ¿También confesor?

DON JUAN. Pero ¿es que los abogados no somos confesores?

AMALIA. Mire usted: me alegro de saberlo.

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Porque a lo mejor... algún día... si me nace un pecadillo en el corazón, o si lo cometo... teniendo el confesor tan a la mano...

DON JUAN. ¡Oh, si a usted le nace un pecadillo en el corazón y viene a confesármelo a mí!...

AMALIA. ¿Qué pasa?

DON JUAN. Que estoy seguro de saber comprendérlo.

AMALIA. ¿Y si no lo comprende?

DON JUAN. Usted me lo aclara.

AMALIA. Y ¿me pondrá usted mucha penitencia?

DON JUAN. Mirarme, nada más.

AMALIA. *Después de mirarlo con refinada coquetería.* Es poca.

DON JUAN. Según sea el pecado.

AMALIA. ¡Figúrese!... ¡El pecado de una muchacha tan inocentona como yo!... ¿Qué podrá ser? Fijarse en algún hombre que le agrade... mirarlo acaso dándoselo a entender... apagar la luz de la alcoba en la noche pensando: «¡Ay, si me quisie-

ra!...» despertar con el mismo anhelo... No digo nada de soñar con él, porque eso no es pecado... porque como no depende de la voluntad... ¡Con que ya ve usted qué cosazas!... Alrededor de eso tiene que ser todo.

DON JUAN. Al nacer el pecado, sí; pero ¿y luego?

AMALIA. Luego, si se agravara, sería culpa del cómplice... y ya, aunque la penitencia fuese mayor, la compartiríamos. ¿Qué me mira usted en la cabeza?

DON JUAN. No es en la cabeza: es en la frente.

AMALIA. ¿En la frente? Pues ¿qué tengo en la frente?

DON JUAN. Eso quisiera yo leer.

AMALIA. Oiga usted: lo de la frente dicen que asoma por los ojos; conque baje usted la vista un poquito a ver si se entera.

DON JUAN. Tendré que acercarme. Yo no sé leer en los ojos si no es de cerca; muy de cerca.

AMALIA. ¿Es usted miope?

DON JUAN. Para cierta lectura, sí.

AMALIA. Pues acérquese usted lo que necesite. O pídale a Ricardita las gafas que usa para el piano. Aunque mejor es que se acerque. Vaya, me acercaré yo para quitarle la vergüenza. ¡Pobre colegial; está asustadito!... Vamos a ver, don Juan: ¿qué dicen mis ojos?

DON JUAN. ¿Y los míos, qué le dicen a usted?

AMALIA. Yo también soy miope. Ni es de eso de lo que se trata. Ande, fíjese: ¿qué ve usted dentro de mis ojos?

DON JUAN. ¡Llamas!

AMALIA. ¿Llamas? ¡Qué miedo!

DON JUAN. ¿A qué?

AMALIA. A mí misma. ¿Y si cierro los ojos, ya no ve las llamas? *Los cierra.*

DON JUAN. ¡Pero veo el resplandor y siento el fuego!

AMALIA. ¡Qué miedo otra vez! ¿Iré yo a arder por dentro, don Juan? ¿Me abrasará este fuego?

DON JUAN. *Atrayéndosela con arrebato amoroso.* A ti, no sé. ¡A mí, sí!

AMALIA. *Separándose de él bruscamente, indignada y altiva.* ¡Don Juan!

DON JUAN. *Desconcertado.* ¿Eh?

AMALIA. ¡Señor don Juan! ¿Qué es esto?

DON JUAN. ¿Cómo?

AMALIA. ¿Qué le autoriza a usted a esto? ¿Una broma inocente lo lleva a ofenderme de este modo? ¡Y en su casa! ¡En su propia casa! ¡Esto sí que no tiene defensa!

DON JUAN. Amalia... Amalita...

AMALIA. ¿Es esta su hidalguía proverbial? ¿Es esto lo que yo merezco? ¿Es así como corresponde a la confianza de un leal amigo?

DON JUAN. Amalita, perdóneme usted. . Óigame un instante...

Desde la puerta del foro pregunta Ricarda, que inopinadamente surge:

RICARDA. ¿Soy indiscreta?

DON JUAN. *Destemplado.* ¡Sí!

RICARDA. ¡Jesús, qué tono! *Vase hacia la izquierda.*

AMALIA. No, don Juan, no; que entre: que venga. Quien se va, soy yo. Pero no de aquí, sino de esta casa.

DON JUAN. ¡Ah, no! Eso no será. Ni de esta casa ni de mi lado se irá usted sin oír mis disculpas. Yo no he sido dueño de mí, Amalia. Es usted demasiado bella para que no tenga conciencia del influjo que ejerce sobre los hombres. La atracción irresistible de sus ojos, la sugestión de su hermosura, la atmósfera en que vivo, el travieso hechizo de sus palabras, consiguieron ofuscarme un momento, al extremo de que llegué a olvidar no quién es usted, sino quien yo soy. Perdóneme usted. Le ruego a usted que me perdone. Perdonará usted a un caballero.

AMALIA. *Tras un infernal juego de ojos.* Está usted perdonado.

DON JUAN. ¿De labios afuera solamente?

AMALIA. De corazón adentro. Lo otro no sería perdonarle.

DON JUAN. Gracias.

AMALIA. Yo no hablo por hablar, como us-

ted, que se ha olvidado de pedirme la flor aquella...

DON JUAN. Perdón también por eso. ¿La mano de amigos?

AMALIA. La mano de amigos. Pero ¿tiembla usted?

DON JUAN. Usted también.

AMALIA. No, señor, no; es el temblor de usted que se me pasa. Vaya por el temblor: bese usted, que no tiene veneno.

DON JUAN. Gracias. *Le besa respetuosamente la mano.*

AMALIA. No hay de qué. Y, con permiso de usted ahora, le voy a decir a Ricardita cuatro embustes, porque ¡a saber lo que ella se estará imaginando!... *Se marcha por la puerta del foro, hacia la izquierda, fingiendo que no quiere mirar a don Juan.*

DON JUAN.

¡Buen lance, viven los cielos!...

Por la mampara del despacho surge nuevamente Ricarda.

RICARDA. ¿Y ahora, soy indiscreta?

DON JUAN. *Sin poder dominarse.* ¡Ahora más que nunca!

RICARDA. Pero ¿no está usted solo?

DON JUAN. ¡Qué he de estarlo!

RICARDA. *Un poco asustada.* ¿Eh?

DON JUAN. ¡Déjeme usted; se lo suplico!

RICARDA. Mil perdones... ¡Jamás lo he visto así! *Retírase.*

DON JUAN. ¡Jamás lo estuve! Y acaso ella entretanto se ría.. *Dejándose caer en una butaca, abatido.* ¡Mísero don Juan de la Vega! ¡Cuántas veces doña Inés es don Juan!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es por la mañana, en el mes de diciembre.

Julia sale por la puerta del foro, buscando un pañolito de Amalia.

JULIA. Pues no está aquí tampoco. ¿A que lo ha perdido en la calle? Es tan distraída... *Hormiguero, que sale por la misma puerta, se detiene observándola.* Nada; no parece.

HORMIGUERO. Si me buscas a mí, monada, aquí estoy.

JULIA. No, señor; usted no se pierde tan fácil.

HORMIGUERO. ¿Qué buscan entonces esos ojos?

JULIA. Un pañuelo de la señorita.

HORMIGUERO. ¿Cómo es esa alhaja?

JULIA. Blanquito, pequeñín, con una marquita celeste...

HORMIGUERO. ¿Representando acaso un corazón atravesado por una flecha?

JULIA. ¡Qué va! La marca es una letra sola.

HORMIGUERO. *Saca de su bolsillo el pañolito, y se lo muestra.* ¿Será éste?

JULIA. ¡Este mismo!

HORMIGUERO. Ahí lo tienes, encanto.

JULIA. Pero ¡qué buen humor el de usted!

HORMIGUERO. Lo hallé en la salita y pensaba embromarla a ella.

Una cosa me he encontrado,
siete veces lo diré...

¡Ay, Julita! ¡Así todo lo que uno pierde lo encontrara tan pronto!

JULIA. ¿Usted lo dice por el pelo?

HORMIGUERO. ¡Lo digo por el sueño, que lo he perdido desde que estás en esta casa! *Se le acerca meloso.*

Oportunamente llega por la puerta del foro doña Nona. Hormiguero se separa de Julita en el acto.

JULIA. ¡Siempre ha de andar de broma este buen señor! *Se retira por la puerta de la derecha, satisfecha, pero turbada.*

DOÑA NONA. ¡Don Pascualito!...

HORMIGUERO. Señora mía.

DOÑA NONA. ¡Si a usted también va a atacarle el microbio... llevaré un pito por la casa!

HORMIGUERO. ¡Je, je! ¡Qué ocurrencias tiene doña Nona! ¡Un pito!... Muy gracioso. Por mí no será menester; no, señora. ¡Un pito, dice!... ¡Je, je!

DOÑA NONA. Lo que le juro a usted es que va a parecerme un sueño la vuelta a la paz de mi entresuelito... Gracias a Dios, con la llegada anoche del pájaro de América, la veo muy cercana. Se llevará a su hija, y yo nada tendré ya que hacer aquí.

HORMIGUERO. Comprendo, sí; comprendo que para usted ha sido una aventura...

DOÑA NONA. Y ¿qué juicio le ha merecido a usted ese hombre?

HORMIGUERO. ¿Valentín Graziela?

DOÑA NONA. ¿No le parece un tipo extraño?... Pájaro de cuenta se me figura a mí.

HORMIGUERO. *Bajando la voz.* Y lo es. Yo sé muchas cosas, doña Nona; ¡muchas cosas! Pero...

DOÑA NONA. Y ¿cómo cree usted que le sentará...?

HORMIGUERO. ¿Qué?

DOÑA NONA. Esto de que mi sobrino y la niña... Porque aun cuando ninguno de los dos lo declara... ¡no hay más que verlos!

HORMIGUERO. Permítame usted que me reserve mi opinión en asunto tan delicado.

DOÑA NONA. ¡Bueno! Resérvesela usted. ¿Qué más da? A mi don Juanito le ha pasado lo que a tantos tenorios de caramelo o de alfeñique: son conquistadores de palomas duendas, de las que se vienen a la mano: una pastorcita, una monja... Pero en cuanto les sale al encuentro una hija de Eva, con todas las artes para defenderse y atacar...

Por mi parte, le confieso a usted que ella vale la pena. Es mujer de fondo... ¡Y tanto! Más tiene debajo de tierra que encima. Sabe latín y griego. Pero vale la pena.

HORMIGUERO. La suerte se ha enamorado de don Juan, como un día me dijo Ricarda.

DOÑA NONA. Sí, señor, sí; la suerte lo protege y lo sigue. No es poca suerte pasarse la vida jugando con fuego, y ni siquiera chamuscarse. Ha estado expuesto a tropezar con alguna que hubiera dado buena cuenta de él.

HORMIGUERO. ¡Oh! ¡Ya lo creo! Sin embargo, ¡él tiene tanta habilidad!...

DOÑA NONA. Déjese usted de habilidades. Suerte, suerte. ¡Hay cada loba con las lanitas blancas!...

HORMIGUERO. ¿Que si hay? Y al propio don Juan le ha alcanzado una de esa ralea. ¡Yo sé muchas cosas! Mire usted: vive en este Madrid una prójima, con la que don Juan tuvo que ver algo, que es el espíritu de la venganza con faldas. ¡Mala mujer! Se zafó don Juan de ella, y no se lo perdona. Enreda, calumnia, compromete... ¡Mala mujer! Todos los años le ha de dar un disgusto. Y se llama Rocío. Ya ve usted qué contradicción. ¡Cuántos golpes suyos le he parado yo al jefe! ¡Un! Precisamente en estos días... Pero, tente, lengua. Yo sé muchas cosas... que no debo decir.

DOÑA NONA. Me hago cargo de ello.

HORMIGUERO. Mi mujer, que tiene el defecto

de ser curiosísima, me pincha lo increíble. Pues ni a ella misma le confío...

DOÑA NONA. Bien hecho, sí; bien hecho.

HORMIGUERO. Y a propósito: me dijo ayer que una de estas tardes vendrá a tener el gusto de saludarla a usted.

DOÑA NONA. Muy complacida yo. Me es muy simpática su mujer de usted, don Pascualito. Y ¡qué guapa! ¡Qué lunares aquellos!

HORMIGUERO. Gracias en su nombre. Hasta después. Voy a pedir por teléfono una interesantísima referencia. Siempre en el yunque. ¡La que a mí se me escape!... *Éntrase en el despacho.*

DOÑA NONA. Adiós. *Maliciosamente.* ¿Y yo que creo que tú, que lo sabes todo, hay una cosa que no sabes? El Señor me perdone... pero ¡te quiere tanto don Juanito!... El Señor me perdone. *A Amalia, que sale de velito, por la puerta del foro.* ¡Hola, garza enjaulada!

AMALIA. Buenos días, doña Nona.

DOÑA NONA. ¿Adónde se va?

AMALIA. A la iglesia.

DOÑA NONA. A quitar la devoción a los fieles.

AMALIA. ¿Yo?

DOÑA NONA. ¡Vas tan bonita!...

AMALIA. A ver si saco novio allí.

DOÑA NONA. Tú no necesitas moverte de casa para sacar novio, hipocritona.

AMALIA. *Después de sonreírle.* Aquí viene papá.

Aparece por la puerta del foro Valentín Graziela. Viene de la parte de la izquierda. Es hombre de cincuenta años, fuerte y sanguíneo. Tiene el cabello negro y el bigote blanco y guiña nerviosamente un ojo. Viste con peculiar elegancia y limpieza. Trae un gabán de entretiempo al brazo, y estrujado en la mano un sombrero flexible.

VALENTÍN. ¡Ah, señora! Muy buenos días. *Le besa una mano.* ¿Se ha descansado bien?

DOÑA NONA. Bien; ¿y usted, caballero?

VALENTÍN. Mejor que nunca. Se me juntaba todo para lograrlo. Los besos de mi hija, la casa de mi gran amigo... Sobre que yo rijo mi sueño, doña Petra.

DOÑA NONA. Nona: Ramona, si usted quiere.

VALENTÍN. Disimule usted; soy muy distraído. Especialmente en las cosas accidentales no me fijo nunca: y el nombre en las personas es accidental. ¿Qué más da Juan que Antonio? Decía, señora, que yo rijo mi sueño: duermo exactamente las horas que de antemano me propongo dormir.

DOÑA NONA. Pues no deja de ser una ganga.

VALENTÍN. ¡Victorias de la voluntad, cuando hay que combatir con todo en la vida!

AMALIA. ¿Te vas a la calle?

VALENTÍN. Sí, hija. ¿Quieres algo? Siento ansia de moverme... y siento la curiosidad de mi viejo Madrid. A ver cómo me encuentra él... y a ver cómo lo encuentro yo. Voy también a darle un abrazo a otro amigo... ¡Cuántas cosas desapareci-

das en plazo tan corto! ¡Cuántas cosas cambiadas!... ¡Ay ay ay! ¡Cuántas cosas!... *Hace que se conmueve y que se enjuga con los dedos un par de lágrimas.* Las ausencias son para el corazón como adelantos de la muerte... ¿Qué? ¿Ha dado mucho que hacer esta feúcha?

DOÑA NONA. Lo que es a mí, no.

AMALIA. Ni a nadie.

VALENTÍN. ¿Basta que ella lo diga?

DOÑA NONA. Sí basta; sí, señor: no se la siente. Es muy pacífica y muy suave. Da gusto. ¿Cómo ha podido usted vivir estos años separado de ella? ¿Cómo no se la llevó a la Argentina?

VALENTÍN. ¡Ah, señora! ¡Porque mi viaje era de náufrago! ¿A qué iba yo a aquel mundo desconocido? A luchar con fieras y con hombres; acaso a trajinar en los muelles, a pudrirme en las minas, a vestir harapos, a mal comer... Era muy oscuro el porvenir de mi viaje, para aventurarme a llevar sobre los hombros a una princesita de cristal... Por eso la dejé en España.

AMALIA. *Tristemente.* Sí; por eso.

Entre hija y padre se cruza una mirada significativa.

DOÑA NONA. ¿Y después, cuando halló usted su norte? ¿cuando se acomodó?

VALENTÍN. ¡Después! ¿Usted sabe? Me escribía mi cuñada incesantemente que no se la quitara; que era su luz; que no podía vivir sin ella... *La acaricia.* ¡Qué hacer! ¡Dejársela! Al fin y al cabo

era como su madre... Y que yo, doña Juana, no sé negar cuando se me toca al sentimiento. Vea usted qué condición para un hombre de lucha: en lugar de coraza llevo corazón.

DOÑA NONA. ¿Ha sufrido usted mucho allá?

VALENTÍN. ¡Infinitamente, señora mía! La lucha moderna es agotadora, terrible. Nuestros abuelos pelearon con los indios, salvajes y fanáticos; los hombres del día tenemos que luchar con los siete pecados capitales civilizados. Hay diferencia en el combate. Pero, en fin, ya llegué a puerto de bonanza: ya estoy al lado de mi hija. Merezco este premio. Ahora me voy a desquitar de la ausencia de ella. ¡Estoy sediento de ser padre! Mi corazón va a gustar, concentrado, todo el cariño suyo que durante la forzosa separación no ha sentido sino de lejos. Ahora será mía: mía nada más. Durante uno o dos años será de mi amor, con un egoísmo de sediento. ¿Qué dices tú, muñeca?

DOÑA NONA. Ella no suele decir nada.

AMALIA. Hasta que me toca decirlo. Cuando hablan los demás, me callo. Y como papá no deja meter baza...

DOÑA NONA. Mire usted si escurre la contestación.

VALENTÍN. ¿Cómo, cómo?

DOÑA NONA. ¿Va usted a quedarse en España por ahora?

VALENTÍN. Una temporadilla. Quince días...

un mes... ¿no, chicuela? La llevaré a Sevilla, a Granada... ¡Un viaje de novios!

AMALIA. Bueno, sí... Un mes será bastante.

VALENTÍN. Eso creo...

AMALIA. Digo bastante... para convencerte yo de mi gusto.

VALENTÍN. Y ¿cuál es tu gusto, tirana?

AMALIA. Que no vuelvas a América.

VALENTÍN. ¡Brava salida! ¿Tú estás loca, criatura?

AMALIA. ¿Por qué? ¿Porque quiero que te quedes aquí?

VALENTÍN. Pero, ¿no comprendes, tontuela, que allí he echado mis nuevas raíces? ¿que soy un árbol que cambió de tierruca? ¿que lo que amasé con mi sudor allí está?

AMALIA. Pero, ¿tú no comprendes que yo no quiero que nos separemos otra vez?

VALENTÍN. Y ¿quién habla de separarnos, boba? Tú, ahora, vendrás conmigo.

AMALIA. ¡Ah, no!

VALENTÍN. ¿Cómo que no? ¿Qué dices?

AMALIA. Que no salgo de España.

VALENTÍN. ¡Muchacha! ¿Por qué?

AMALIA. Por mil razones... A saber si habré echado aquí mis raíces, como tú allá las tuyas ..

VALENTÍN. *Disimulando su contrariedad.* ¡Donosa ocurrencia! ¡Las raíces de las ramas son siempre las mismas del tronco!

AMALIA. Mientras la rama no se desgaje de él...

VALENTÍN. ¿Qué quiere significar todo esto?

AMALIA. Que ya me tocó la hora de hablar. ¿Lo ve usted, doña Nona?

DOÑA NONA. Has tardado; pero veo que te explicas.

AMALIA. Estas cositas graves hay que decirlas muy a tiempo, y aprovechando estos instantes de expansión y alegría.

VALENTÍN. Pero, bueno; pero, bueno... ¿Ese deseo de quedarte en España es caprichoso, o tal vez obedece?... ¿Eh, doña Nona?... No hace falta ser lince para... ¿Eh?

DOÑA NONA. Yo estoy como usted; lo que presuma, y nada más; nada sé de cierto.

VALENTÍN. ¡Ah! Pues si hay en danza rondadores o enamorados, por ahora que perdonen por Dios. Ya me has oído antes, princesita; ¡los latidos de tu corazón son todos para mí en algún tiempo! Fortuna, que lo que sea no pasará de ser una chiquillada... ¿Eh, señora mía? Yo me enteraré, yo me enteraré... No es éste el momento oportuno... Para ella ha podido serlo; pero para mí, no... Vaya, vaya, voy a tomar el aire... A sus pies, doña Petra. Digo, doña Nona...Es accidental.

DOÑA NONA. Adiós, Graziela.

VALENTÍN. Hasta luego, chiquilla.

AMALIA. Adiós, papá.

VALENTÍN. ¡Ay ay ay! ¡Frentecitas de mujer!... ¡Abismos infantiles!... *Vase por la puerta de la derecha.*

Doña Nona. No creo que le haya hecho gracia tu salida.

Amalia. Ya se acostumbrará a la idea... ¡Un señor tan avezado a luchas tan grandes!... ¿Qué vale para él que yo me vaya o que me quede?

Doña Nona. Niña, no sé si tienes razón o no; pero me da tristeza oírte.

Amalia. Más le daría a usted si supiera por qué no me fuí la otra vez, cuando murió mi madre.

Doña Nona. Él ha dicho...

Amalia. No fué por eso. Me quedé en España... porque la buena memoria de mi madre lo exigía de mí.

Doña Nona. *Comprendiendo.* Ya.

Amalia. Mi padre se llevó consigo a una mujer... a quien yo he jurado no volver a ver nunca.

Doña Nona. Basta. Son cosas entre ustedes... ¡Todo ha de tener cara y cruz! Anda, anda a la iglesia. *Yéndose ella por la puerta del foro.* ¡Ay, mi entresuelito... mi entresuelito!...

Pausa. Amalia, ensimismada un punto, sacude al cabo su cabeza, se arregla el velito y se encamina a la puerta de la derecha, cuando llega por ella don Juan.

Don Juan. ¡Amalia!

Amalia. ¡Caballero!

DON JUAN. Tarde amanece hoy para mí.

AMALIA. ¿Y ésa, es coche o calesa?—como decía mi tía—. Pues hoy ha salido usted bien temprano.

DON JUAN. Sí; un negocillo... ¿Usted sale ahora?

AMALIA. Sí, señor; a la iglesia.

DON JUAN. ¿Sola?

AMALIA. Son dos pasos.. Ni ¿quién va a comerme? Como nos ha dejado Ricardita...

DON JUAN. Por fortuna, Amalia. Para ella... y para nosotros. ¡Qué sino de mujer! ¡La musa de la inconveniencia! ¿Le dije a usted que se me despidió con unos versos?

AMALIA. No...

DON JUAN. Pues son notables. Poniéndome verde, además, aunque en lenguaje muy florido. Que pierdo de cerca... que la montaña, aterciopelada de lejos, tiene zarzas que hieren al llegar junto a ella... ¡La mar y los peces!

AMALIA. Sus frases. Tiene usted que enseñarme esos versos.

DON JUAN. ¿Para qué? Son tan ridículos, que dan lástima.

AMALIA. Bien. Hasta ahora. Voy a agradecerle a mi santín lo bien que ha llegado papá.

DON JUAN. Y ¿cuál es el santín de usted?

AMALIA. Un santo Tomás chiquitín que hay en una capillita oscura que siempre está sola. Nadie le hace caso al pobrete. Ayer le mandé

flores. Y hoy, después de las gracias, a última hora le voy a pedir un favorcito. A ver si se ha fijado en mí.

DON JUAN. Seguro. ¿También relativo a su papá el favorcito?

AMALIA. No, señor; relativo a usted.

DON JUAN. ¿A mí?

AMALIA. A usted. ¿Para qué se ha metido en la boca del lobo? *A una sonrisa de don Juan.* ¿Qué sonrisita es ésa? ¿Qué mira usted tan descarado?

DON JUAN. La boca... del lobo.

AMALIA. No lo entiendo. Pues le voy a pedir a mi santín que deje usted de hacer una cosa.

DON JUAN. Pues excuse usted el intermediario, Amalita Pídame usted a mí lo que sea.

AMALIA. Ya pensaba pedírselo; pero después de contar con el santo... para que influyera en usted.

DON JUAN. ¿Más que usted?

AMALIA. ¡Pobrecita yo!...

DON JUAN. Vaya, dígame lo que quiera. Concedido está desde luego.

AMALIA. No ande usted tan aprisa.

DON JUAN. Concedido está. En mí mando yo más que el santín y más que nadie.

AMALIA. ¡Qué soberbio! Y con mi santín no se meta.

DON JUAN. Bueno, Amalia: ¿qué es lo que quiere usted?

AMALIA. Si después de todo es una tontería. Sino que yo soy muy novelera, y por charlar... Ya ve usted qué cosa más grande se me ha ocurrido pedirle a usted: ¡que no vaya mañana a Toledo!

DON JUAN. *Con naturalidad, conseguida tras leve desconcierto que apenas asoma a sus ojos, pero que ella ve.* ¡Que no vaya mañana a Toledo!... ¡Bueno; pues no voy! Pero, ¿por qué?

AMALIA. El porqué ya se lo diré a usted pasado mañana.

DON JUAN. Conformes. ¡El viaje a Toledo!... Creí que sería otra cosa.

AMALIA. Ya le dije a usted que no valía la pena...

DON JUAN. Imagine usted; uno de tantos asuntos profesionales...

AMALIA. Sí; claro... Pero me parece a mí que le contraría...

DON JUAN. Aunque así fuera.

AMALIA. No, no; eso no. Si le contraría a usted lo más mínimo...

DON JUAN ¡Ojalá me contrariase, para que el complacerla a usted fuera meritorio!...

AMALIA. ¡También yo tengo unas exigencias!... No me haga usted caso, don Juan; vaya usted a Toledo sin acordarse más de mi patochada.

DON JUAN. Usted dispense, Amalia; a Toledo no voy. Anúnciele usted al santito de la capilla

oscura, que no ha sido menester su intervención ni su influencia.

En este momento sale del bufete Antoñito, a dejar encima de la mesa unos papeles.

ANTOÑITO. Buenos días, Amalia.

AMALIA. Buenos días. Llega como enviado, ¿no, don Juan?

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Porque se me ocurre, ya que usted se obstina en desistir de ese viaje, que como se trata de un asunto profesional, puede usted enviar a Antoñito, que es su ojito derecho.

DON JUAN. Le diré a usted...

ANTOÑITO. ¿Cómo?

AMALIA. Que don Juan necesitaba ir a Toledo a no sé qué cosa del bufete, y ha resuelto no ir, y yo me he permitido indicarlo a usted para que vaya en su lugar...

ANTOÑITO. Mil gracias.

AMALIA. Ya ve que me intereso por usted.

DON JUAN. Sí; pero el caso es, Amalia, que Antoñito no conoce el asunto.

ANTOÑITO. *Con viveza.* Sí, sí, señor; sí lo conozco.

DON JUAN. ¿Que lo conoces?

ANTOÑITO. Sí, señor. Y me gusta mucho, por cierto.

DON JUAN. ¡Ah!

AMALIA. ¿Qué extraña usted, con lo aplicado que es el chico?

DON JUAN. Entonces, bien, sí... puede ir él... puede ir él...

AMALIA. Y todos contentos. Ea, hasta ahora. Le voy a decir a mi santín que esta vez no tengo que molestarlo.

DON JUAN. Eso es.

ANTOÑITO. Vaya usted con Dios, y repito las gracias.

AMALIA. No hay de qué, Antoñito. ¡Las gracias!... Yo a don Juan. Hasta ahora. *Vase por la puerta de la derecha.*

Pausa. Don Juan y Antoñito se miran de repente.

DON JUAN. ¡Bien te has aprovechado de la ocasión, granuja!

ANTOÑITO. Don Juan, me pareció que era lo más discreto... Claro que pensando para mis adentros que jamás representaría yo ese papel...

DON JUAN. ¡Esta endiablada de Amalita!... ¿Tú sabes quién me espera en Toledo?

ANTOÑITO. Sí, señor; me habló usted del caso al día siguiente de estar ella aquí... ¡Deliciosa mujer!

DON JUAN. ¡Y mi encuentro con ella en Toledo, de lo más sabroso!... ¡Dulce y sabroso!... Pero Dios no lo quiere. ¡Rayo de luna es para mí!... En fin, veremos todavía... Tal vez un aplazamiento ingenioso... Quizá más adelante... Por de pronto, mañana tengo que enviarle una carta sentimental...

ANTOÑITO. De eso sí podría encargarme yo.

DON JUAN. ¿De qué?

ANTOÑITO. De llevársela. *Don Juan lo mira.* ¿No se fía usted de mí?

DON JUAN. En un caso análogo no me fiaría de mí mismo.

ANTOÑITO. ¡Ja, ja, ja!

DON JUAN. ¡Ay, Toledo, Toledo!

Llega Cardona por la puerta de la derecha, a tiempo de oír esta última frase.

CARDONA. ¿Qué? ¿Vas por fin mañana?

DON JUAN. No lo sé todavía.

CARDONA. Pues no dejes de ver el «Entierro del conde de Orgaz».

DON JUAN. ¡Pero, hombre! ¿Que no piensas más que en entierros? ¡Es odioso el tema!

ANTOÑITO. Verdad que sí. Ya me han contado sus galanteos fúnebres...

CARDONA. ¡Ca! ¡Eso era antes!

DON JUAN. ¿Qué?

CARDONA. ¡Si este planeta es un *Tío Vivo!* ¿No te dije que a mí me pesaba aquello en la conciencia?

DON JUAN. Sí.

CARDONA. ¡Pues mira de qué modo más agradable se me ha resuelto!

DON JUAN. A ver.

CARDONA. No lo creo todavía. Parece un cuento inverosímil. Días pasados recibimos mi mujer y yo una invitación al bautizo de la primera chica

de unos sobrinos nuestros. Y me dice Dulce de pronto: «Mira, Gorito: discúlpame tú con los muchachos; yo al bautizo no voy. Tengo mala sombra en los bautizos. Respeta esta superstición. Vé tú solo, si quieres.» «¡Vé tú solo, si quieres!» ¡Esto me dijo mi mujer!

DON JUAN. ¡Ah!

CARDONA. ¿Has comprendido? ¿Comprende usted, pollo? ¡Mi mujer no va a los bautizos! ¡Tiene mala sombra en los bautizos!

DON JUAN. ¡Claro! Y tú has trocado...

CARDONA. ¡Los entierros por los bautizos!

ANTOÑITO. ¡Diferencia va!

CARDONA. ¡Otro color, otra persona, otro mundo!... La conciencia tranquila, los muertos en paz... «Creced y multiplicaos»... Otra cosa, vaya, otra cosa. *A Antoñito.* La que me ha partido es la mujer de Manolo Reyes.

ANTOÑITO. ¿Pues?

CARDONA. ¡Ha tenido un par de gemelos!

ANTOÑITO. Y ¿no lo ha invitado a usted al bautizo, quizás?

CARDONA. Sí; pero los bautiza a los dos el mismo día. ¡A mí me hubiera convenido más hoy uno y otro la semana que viene!

ANTOÑITO. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. ¿Está Hormiguero en su despacho?

ANTOÑITO. Sí, señor.

CARDONA. Le voy a pedir datos para un articulillo...

Vase gozoso por la puerta del foro, canturreando su copla de conquistador.

Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte...

DON JUAN. Nació tipo cómico.

ANTOÑITO. Y es un carácter sostenido. Vamos a seguir enredando. *Se entra en el bufete.*

DON JUAN. *Pensativo.* ¡Amalia! ¡Amalia!... ¡Qué femenina travesura!... *Pausa.* ¡A cuántas cosas he de renunciar!... ¡Pero renuncio a todas!

Sale Hormiguero del despacho.

HORMIGUERO. ¿Don Juan?

DON JUAN. ¡Hola, Pascualito! Cardona iba en busca de usted.

HORMIGUERO. No lo he visto. Será para lo que ayer me indicó. Ahora iré al despacho. No sé qué datos quiere sobre la natalidad en Madrid.

DON JUAN. ¡Cualquier cosa!

HORMIGUERO. Yo también deseo verlo.

DON JUAN. ¿Sí?

HORMIGUERO. Sí. Tengo un roedor en la conciencia.

DON JUAN. ¿Pues?

HORMIGUERO. Le dije el otro día que no podía emplearse cónyuge en singular, y he visto que el Diccionario de la Academia lo autoriza.

DON JUAN. ¡Ah! pues vaya usted a advertírselo sin perder tiempo.

HORMIGUERO. Antes he de hablar con usted de algo importantísimo.

DON JUAN. ¿Qué hay?

HORMIGUERO. Y propósito de Valentín Graziela.

DON JUAN. ¡Ah!

HORMIGUERO. He recibido hoy mismo informes acerca de su persona y del objeto de este viaje suyo, y creo indispensable prevenir a usted.

DON JUAN ¿Qué me cuesta? Mil gracias. Es usted asombroso, Hormiguero. ¡Se entera usted de todo!

HORMIGUERO. De todo. ¡He llegado a saber hasta algunas cosas... que parece mentira que yo las sepa!

DON JUAN. *Un poco pálido.* ¿Eh?

HORMIGUERO. *Con gran misterio.* Graziela va a recibir un anónimo, depositado esta mañana en el correo interior. Y yo sé de quién es el anónimo.

DON JUAN. *Tranquilizándose súbitamente.* ¡Ah, vamos! ¡Cualquiera imaginaba!... Ya, ya. ¿Conque un anónimo?

HORMIGUERO. Un anónimo... que no lo es para mí.

DON JUAN. ¡Asombroso, ya digo! ¿De quién sospecha usted?

HORMIGUERO. No es que sospeche; es que sé quién lo ha escrito, don Juan.

DON JUAN. ¿Alguna mujer?

HORMIGUERO. Justo.

DON JUAN. ¿Rocío?

HORMIGUERO. La misma.

DON JUAN. ¡Bah! Diga lo que quiera. Veamos qué noticias ha tenido usted de este condor que nos ha caído.

HORMIGUERO. Cóndor.

DON JUAN. ¿Qué?

HORMIGUERO. Cóndor, no condor. En España le llamamos condor, acaso influídos por Zorrilla; pero es cóndor. El buitre de los Andes.

DON JUAN. Insisto, Hormiguero. Es usted un pozo sin fin. Dígame, dígame ya del buitre, que empiezo a impacientarme.

HORMIGUERO. ¡Y que le cuadra bien el calificativo! ¡Buitre: ave de presa!

DON JUAN. ¿Ah, sí?

HORMIGUERO. Y hoy por hoy, la presa es su hija.

DON JUAN. ¡Hormiguero!

HORMIGUERO. Le consta a usted que no le hablo nunca a humo de pajas.

Por la puerta de la derecha asoma en este instante Elisa, interrumpiendo la conversación.

ELISA. Dispense usted, señor don Juan, que entre sin anunciarme...

DON JUAN. *Fingiendo amabilidad, pero contrariado.* ¡Oh! ¡Elisita!...

ELISA. Conocí las voces... ¿Qué tal, Hormiguero?

HORMIGUERO. Bien, ¿y usted?

DON JUAN. Siéntate. *A Hormiguero.* Luego seguiremos nosotros.

ELISA. ¿Llego en mal momento, quizás?

DON JUAN. No.

HORMIGUERO. Hasta luego, pues. Me voy con Cardona. A sus pies, Elisa.

ELISA. Adiós, Pascualito.

Vase éste por la puerta del foro, hacia la izquierda.

DON JUAN. ¿Qué hay?

ELISA. ¡Que te rebosa la felicidad, hombre dichoso!

DON JUAN. ¿A mí? Será ahora.

ELISA. ¿Ahora, verdad? ¿Porque yo he venido?

DON JUAN. A la vista salta.

ELISA. Juanito, que nos conocemos.

DON JUAN. ¡Y tanto!

ELISA. Me he atrevido a llegar hasta aquí, a entrar a verte, porque antes he sabido que ella está en la calle.

DON JUAN. ¿Ella?

ELISA. Sí; aquel monstruo de fealdad que esperabas.

DON JUAN. ¿No te explicó Antoñito?...

ELISA. ¡Que nos conocemos, don Juan!

DON JUAN. No, pues en esa malicia te equivocas.

ELISA. ¿Qué más da otra equivocación?

DON JUAN. ¿Conmigo?

ELISA. ¡Me he equivocado en esta vida tantas veces!...

DON JUAN. Pero ¿conmigo?

ELISA. Contigo me bastará una sola. Y ésa, Juanito, aunque la he visto ya, todavía quiero taparme los ojos para no verla.

DON JUAN. Yo no la veo, por más que te escucho. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿Te he faltado, sin darme cuenta?... ¿No has recibido puntualmente...?

ELISA. *Desencantada.* ¡No es eso!

DON JUAN. ¿No es eso?

ELISA. Y tú lo sabes; sino que hábilmente me quieres indicar el espacio en que debo moverme, el sitio desde el cual he de hablarte... Pero hoy es otra cosa.

DON JUAN. No sé...

ELISA. Sí. Hoy me es necesario pisar un poquito fuera de la raya; entrar en tu recinto, como cuando era de los dos.

DON JUAN. ¿Qué dices?

ELISA. En la vida hay crisis, hay momentos...

DON JUAN. ¡Ah!

ELISA. En que el silencio puede ser un delito.

DON JUAN. Explícate.

ELISA. No vengo a otra cosa; no necesito ni deseo otra cosa.

DON JUAN. Pues habla, y nos entenderemos.

A un gesto de ella. No debes dudarlo de una amistad como la nuestra, de vuelta de un amor.

ELISA. No insistas, hombre. ¿Me has oído que por fuerza he de extralimitarme un poquito? Aquel amor lo convertiste tú en amistad; yo no pude. Ni quise tampoco.

DON JUAN. Mal hecho.

ELISA. Feliz tú si puedes hacer cuanto quieres.

DON JUAN. Cuanto debo.

ELISA. Feliz tú. Las mujeres, para cumplir ciertos deberes que significan renunciación, somos más débiles que los hombres. «¡Espera, espera! ¡Disimula y espera!...» Esto es lo que mi corazón me decía. «Mientras sea de muchas, no es de ninguna, y puede volver a ser tuyo. Espera.»

DON JUAN. Jamás presumí...

ELISA. Y si lo presumiste, no te agradó pensar en ello. Y procuraste hacer que no te oías a ti mismo. ¡Pero sabiendo siempre cómo te quise; cómo te quería; cómo te quiero!

DON JUAN. Cómo nos quisimos. La atracción fué mutua; el crimen, de los dos.

ELISA. Es verdad.

DON JUAN. Como fué de los dos la determinación de separarnos y concluir, cuando crecían tus hijas. Y de los dos fueron también las lágrimas del sacrificio. De los dos. Y de los dos el esfuerzo para separarnos. Tu dolor era el mío; recuérdalo bien.

ELISA. No necesito recordarlo. Es verdad

cuanto has dicho. Pero un año después murió mi esposo... y tú escapaste.

DON JUAN. No, no; escapar, no, Elisa... Mi corazón había encontrado nuevo camino... ¡Es más frágil de lo que nos parece nuestro corazón! Separado amistosamente de ti, conformes los dos... la vida había de seguir su marcha... La vida rueda, rueda... y yo... No, no; nada de escapar, Elisita... Cuando conocí tu desgracia, y supe que la viudez era para ti agobio... desamparo...

ELISA. Hiciste lo que yo nunca olvidaré... ¡Si por eso he esperado; porque fuiste bueno y generoso conmigo! ¿Por qué lo fuiste si ya no me querías? *Llora.*

DON JUAN. ¡Si ya no te quería!... Pero ¿vas a llorar? ¡No llores! ¿A qué viene esto? ¿A qué viene esta escena? ¡No llores!

ELISA. ¿Te duelen mis lágrimas?

DON JUAN. Por lo que te duelen a ti.

ELISA. Pues yo no quiero que te duelan. *Se enjuga los ojos.*

DON JUAN. Sosiégate.

ELISA. Óyeme. Me debes la verdad: te la pido. Esto es muy serio. Olvídate de habilidades ahora. Esto es muy serio.

DON JUAN. *Humorísticamente.* ¿Es que vas a casarte, Elisa?

ELISA. *Con gravedad y aplomo.* Si tú te casas, sí.

DON JUAN. ¿Si yo me caso?

ELISA. Si tú te casas con Amalia, sí.

DON JUAN. Pero...

ELISA. Ya te he pedido la verdad. Llegó la hora de saber si espero inútilmente o no; si mi esperanza es desvarío. A mi puerta ha llamado un hombre que, si no me enamora, me es grato al menos. Él me quiere con cariño leal. Puede salvar noblemente mi vida. Mi vida no, la de... Pero bien dije, sí: mi vida; porque ya mis hijas son mi vida. ¿Acepto el cariño de ese hombre?

DON JUAN. *Después de mirarla fijamente en silencio, le dice con nobleza.* ¡Acéptalo!

ELISA. *Con dolor.* ¡Esto es lo que yo quería oírte!

DON JUAN. *Turbado.* Pero ¿no es cierto lo que me has dicho?

ELISA. ¡Sí es cierto; por fortuna lo es! ¡Pero déjame llorar que no seas tú mi compañero! *Llora nuevamente.*

Pausa. Don Juan pasea preocupado. Una o dos veces la contempla, le va a hablar y no sabe.

DON JUAN. Vamos, tranquilízate...

ELISA. *Secándose las lágrimas.* Ya pasó.

DON JUAN. ¿Me guardarás rencor, Elisa?

ELISA. Ahora no lo sé... No lo creo... *Se oye de improviso la voz de Amalia hacia la derecha. Don Juan se estremece. Ella lo nota.* ¿Qué? ¿Su voz?

DON JUAN. Sí.

ELISA. Adiós, entonces.

DON JUAN. No te marches. Si ella irá a su cuarto.

ELISA. Podría entrar... y no quiero verla. Adiós. Sé dichoso.

DON JUAN. Voy contigo. Ya te haré una visita.

ELISA. *Con amargura.* ¿Para qué?

Don Juan baja los ojos, y se va con ella por la puerta de la derecha.

Instantes después, por la misma puerta aparece Amalia, que mira con inquietud hacia dentro.

AMALIA. ¿Va llorando?... ¿Quién es?

Julia viene por la puerta del foro.

JULIA. Señorita. *Amalia no la oye.* Señorita.

AMALIA. *Distraída.* ¿Qué?

JULIA. La señora, que preguntaba si había usted vuelto.

AMALIA. ¿La señora?

JULIA. Sí, señorita: doña Ramona.

AMALIA. ¡Ah! bien, sí. Ahora voy.

JULIA. Está en el gabinete.

AMALIA. Ahora voy.

JULIA. Bueno, señorita. *Márchase por donde llegó.*

Vuelve Don Juan con faz dichosa, seguro de que Amalia lo espera.

DON JUAN. Sepamos, Amalia, cómo la ha recibido a usted el santín.

AMALIA. Con ganas de palique. Y lo primero que me ha dicho es que no fíe en usted, que hace llorar a las mujeres.

DON JUAN. ¿Eso le ha dicho?

AMALIA. Y yo acabo de ver que es verdad.

DON JUAN. Y ¿quién le asegura a usted ni al santín que sea yo el causante de tales lágrimas?

AMALIA. Yo sostengo que lo es usted.

DON JUAN. Indirectamente, a lo sumo.

AMALIA. Tanto monta.

DON JUAN. No, Amalita, no. Por mi voluntad no causo nunca lágrimas a las mujeres. Y si las causo, las enjugo.

AMALIA. Pues no gana usted para pañuelos.

DON JUAN. ¿Cree usted?

AMALIA. ¡Vaya! Viviendo un mes aquí... nadie puede creer otra cosa. ¡El abogado del Amor, Dios mío! ¿Éste es otro divorcio?

DON JUAN. Muy al contrario: boda.

AMALIA. ¿Boda? No comprendo...

DON JUAN. Elisa, la señora con quien usted me ha hallado...

AMALIA. ¿Se llama Elisa?

DON JUAN. Elisa. Ha venido a pedirme parecer sobre su casamiento.

AMALIA. Y ¿ha sido favorable?

DON JUAN. Sí.

AMALIA. ¿Por eso lloraba?

DON JUAN. Quizás. Ella soñó tal vez unirse a otro hombre, a quien hoy guía la felicidad por

distinto camino. Y yo le he dicho la verdad. Debía decírsela. Así que sus lágrimas han podido nacer de la desesperanza, pero han nacido también de la gratitud.

AMALIA. ¡Pobre mujer! Me voy con doña Nona.

DON JUAN. No sin contestarme a una pregunta.

AMALIA. ¿A qué pregunta?

DON JUAN. A una que antes no le quise hacer porque salió Antoñito.

AMALIA. Diga usted.

DON JUAN. ¿Qué extraño interés tiene usted en que yo no vaya a Toledo?

AMALIA. ¡Ay, don Juan! ¡Usted quiere cambiar oro por cobre! ¿Cómo he de revelarle yo ninguna verdad a cambio de lo que sé que es una mentira?

DON JUAN. ¿Eh?

AMALIA. Confiéseme usted por qué iba a Toledo y a lo que iba, y por qué renuncia a ese viaje... y entonces puede que yo le complazca... Pero hablar usted turbio y yo claro... eso, no.

DON JUAN. Amalia, usted conoce bien el dique puesto por mi voluntad, por mi delicadeza, a mi verdadero sentir... Usted sabe la verdad que en el fondo de mi corazón palpita y arde, sin salir a los labios. Yo acaso adivino la que se esconde en el de usted. ¿Es que ha llegado por dicha la hora de que las palabras de una y otra suenen en el aire?

AMALIA. ¿He de decirlo yo?

De improviso, turbando a los enamorados, aparece por la puerta de la derecha Valentín Graziela, de mal talante. Al verlos frunce el ceño, y los mira conteniendo su cólera.

DON JUAN. ¡Valentín!

AMALIA. ¡Papá!

DON JUAN. Esta mañana salí tan temprano que...

VALENTÍN. Deja ahora eso. Tengo que hablarte a solas.

DON JUAN. Bien. Cuando gustes.

VALENTÍN. Ahora mismo.

DON JUAN. Vamos adonde quieras.

VALENTÍN. Aquí. Espérame. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Qué podrá ser, Amalia? Muy descompuesto viene...

AMALIA. Yo casi lo barrunto, don Juan...

DON JUAN. ¡Nos ha mirado de una manera!...

AMALIA. ¿Usted tiene que arrepentirse de algo?

DON JUAN. Yo, no.

AMALIA. Ni yo tampoco.

Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, mirándolo con vivo amor.

DON JUAN. ¡A ese hombre le han contado cualquier desatino!... Y ahora que recuerdo. Hormiguero tenía que decirme...

Llega en esto Hormiguero por la puerta del foro, precipitadamente.

HORMIGUERO. Graziela va para su cuarto que echa bombas...

DON JUAN. Sí, sí por cierto. Quiere hablar conmigo.

HORMIGUERO. Pues oiga usted primero lo que yo sé.

DON JUAN. Diga usted; en seguida.

HORMIGUERO. En cuatro palabras. Si soy indiscreto, discúlpeme la buena intención. *Con viveza creciente.* A Valentín Graziela nunca le ha preocupado su hija.

DON JUAN. Nunca.

HORMIGUERO. La dejó en España como quien deja una carga enojosa.

DON JUAN. Justo.

HORMIGUERO. Y si ahora se inflama o finge inflamarse en amor paternal, es porque quiere casarla en la Argentina con el hijo de un archimillonario. ¡Negocio redondo!

DON JUAN. ¿Qué dice usted? ¿Es verdad eso?

HORMIGUERO. Como el sol que alumbra. Se trata de un mancebo abúlico, degenerado, medio tonto, a quien ha embaucado ese logrero. Emilio Pareja se llama. El padre es de Asturias. Llegó a aquella tierra de promisión como tantos otros: desnudo y con hambre de trabajar. Y hoy su fortuna asombra. En su casa, en una vitrina, tiene guardados los zuecos con que pisó tierra americana, llenos de perlas y corales. Cuando viene a Europa deslumbra a todos con su lujo. En París

le llaman «el rey de las propinas». *Le roi des pourboires.*

DON JUAN. Omita usted ciertos pormenores...

HORMIGUERO. Bien. Adora en su hijo, y el mozo, sobre estar, como le digo a usted, embaucado y aun explotado por Valentín Graziela, se pasa las horas muertas al presente contemplando con ilusión un retrato de Amalia.

DON JUAN. ¡Ah! ¡Pues aunque reunan el hijo y el padre todo el oro con que soñaron los conquistadores, Amalia no sale de aquí!

HORMIGUERO. ¡Bravo!

DON JUAN. ¡Ni lo consentiré yo, ni querrá ella!

HORMIGUERO. ¡Bravo, bravo, don Juan!

DON JUAN. Pero usted, querido Hormiguero, ¿está seguro de lo que me dice? ¿Quién le ha contado a usted todo eso y quién se lo ha contado tan a punto? ¡No acaba usted de maravillarme!

HORMIGUERO. Es bien simple, don Juan. Mi primo Serapio, que vive en Buenos Aires, que me escribe en todos los correos, y que gusta de averiguarlo todo, como yo.

DON JUAN. ¿Es, por lo visto, afición de familia?

HORMIGUERO. Así parece. ¡Ahí aletea el buitre! ¡Me eclipso!

DON JUAN. ¡Infinitas gracias, Hormiguero!

HORMIGUERO. Cumplir un deber, no las merece. *Le tiende la mano.*

DON JUAN. ¿Qué?

HORMIGUERO. *Retirando la mano tendida.* No... que creí que me daba usted la mano.

DON JUAN. ¡Sí, señor! *Se la estrecha.* Repito.

HORMIGUERO. Mandarme. *Vase a prisa por la mampara.*

DON JUAN. *Levemente conmovido; pesaroso.* ¡Cada día más fiel!... ¡Cuánto le pesa a uno algunas veces!...

Por la puerta del foro reaparece Valentín Graziela, hecho un león.

DON JUAN. Aquí me tienes aguardando, sin saber qué pensar; sorprendido de tu extraña llegada, de tu brusquedad, de tu ceño.

VALENTÍN. ¡Di mejor de mi indignación y de mi cólera!

DON JUAN. ¿De tu cólera? ¿Debida a qué? Serénate. Yo te suplico que antes de hablarme te serenes.

VALENTÍN. ¡No puedo! ¡Estoy en la situación del hombre que se ve obligado a decirle a un amigo del alma que es un miserable!

DON JUAN. ¡Valentín! ¿Estás loco? ¿Estás ciego?

VALENTÍN. ¡Ciego y loco estoy, pero es de rabia y de indignación, como ya te he dicho! ¡Acabo de saber lo que por todo Madrid se corre y se publica en deshonor de mi hija y de mi nombre!

DON JUAN. ¿Qué?

VALENTÍN. ¡Acabo de saberlo, y al llegar y encontrarla contigo, de la manera que os he visto a los dos, me he convencido de la inicua verdad de todo ello!

DON JUAN. Pero ¿qué es lo que se dice, mentecato, o qué supones tú?

VALENTÍN. ¡Cuando he hablado de deshonor, no creo preciso puntualizarlo en más palabras!

DON JUAN. ¡Valentín!

VALENTÍN. ¡Necio de mí, que te entregué confiado a mi hija! ¡Necio de mí, que no consideré primero cuánto cambian los hombres! Hoy, un amigo leal, ¡un amigo leal! no un traidor, como tú, me ha abierto los ojos.

DON JUAN. Valentín, ten en cuenta que estás en mi casa. ¿Qué te ha dicho ese amigo leal? ¿Que yo he enamorado a tu hija? ¿Que la he seducido, tal vez? ¿Te ha dicho eso?

VALENTÍN. ¡Sí!

DON JUAN. Y ¿no le has cruzado la cara?

VALENTÍN. ¡No se la he cruzado!

DON JUAN. ¿Es que quieres que lo haga yo o es que deseas que empiece por la tuya?

VALENTÍN. Esa es cuenta que arreglaremos luego. ¡No sabes aún a quién tienes delante!

DON JUAN. ¡Mejor quizás de lo que te figuras! Y el que sin duda ignora a quién tiene delante, eres tú.

VALENTÍN. ¡Lo ignoraba hasta hace muy poco! ¡Ya lo sé, por desdicha!

DON JUAN. ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Ni un minuto más con esta acusación infame sobre mi alma! ¡No, no! ¡La calumnia dirá lo que se le antoje, porque es invisible como aire nocivo y no se la puede sofocar; tú podrás también haberla creído, olvidando quién soy, pero la verdad vas a saberla de mi boca!

VALENTÍN. *Con sarcasmo.* ¡La verdad! ¡De tu boca!

DON JUAN. ¡La verdad! Por lo mismo que yo no tenía la esposa que imaginabas tú, antes de que tu hija entrase en mi casa supe traer a ella persona a quien respeto como a mi madre.

VALENTÍN. Mejor hubiera sido enviar a mi hija con esa persona.

DON JUAN. Ese es otro agravio. En primer lugar, mi tía vive muy estrechamente. Y en segundo lugar, mi renuncia a lo que me pedías tú en aquel trance no hallaba disculpa a mis ojos. Yo no tenía por qué encomendar a nadie lo que tú me confiabas a mí. ¡No tenía por qué; ya lo oyes!

VALENTÍN. ¡Ya, ya lo oigo! ¡Como no digas más que eso!...

DON JUAN. He de decir más. Te declaro que en los primeros días de la estancia de Amalia aquí, padecí una fiebre amorosa, una obsesión de su belleza...

VALENTÍN. ¿Hola?

DON JUAN. ¿Hola, qué? Deja que continúe. Aquel tormento de mis sentidos, que yo enfrené

como debía, se convirtió luego en buen hora en un sentimiento muy hondo, a la vez violento y suave, grande, poderoso, noble siempre, desconocido en mi corazón. Yo seguía temblando delante de ella, pero se imponía ya a todo mi ser un íntimo mandato de respetarla.

VALENTÍN. ¡Huelga tanta retórica! ¿Vas a decirme ahora que te has enamorado de mi hija?

DON JUAN. ¡Te lo he dicho ya!

VALENTÍN. ¡Oídos que tal oyen! ¡Y tu proceder por las señas ha sido tan discreto, tan caballeroso, tan hidalgo, que ya se corre y se propala a los cuatro vientos...!

DON JUAN. ¡Calla!

VALENTÍN. ¿Cómo he de callar, si a medida que te escucho me convenzo de que la calumnia tiene razón?

DON JUAN. ¿Ves cómo desvarías?

VALENTÍN. ¿Ves cómo eres un miserable?

DON JUAN. ¡Templa tus palabras, Valentín, o he de olvidarlo todo! Y escúchame. Dices que la fama de Amalia anda en lenguas, y que yo soy el responsable.

VALENTÍN. ¡Lo digo y lo pruebo!

DON JUAN. ¡Yo pido para esas lenguas ascuas vivas que las carbonicen! Pero esto no remedia nada.

VALENTÍN. ¡Claro que no!

DON JUAN. Esto otro sí: dame por esposa a tu hija.

VALENTÍN. ¡En el nombre del Padre!

DON JUAN. ¿Qué?

VALENTÍN. ¡En el nombre del Padre! ¡Estos tenorios no reparan en nada! ¿Qué más quisieras tú, visionario? ¿Qué más quisieras tú?

DON JUAN. Pero, entonces...

VALENTÍN. ¿De manera que todo lo que se te ocurre es casarte con ella?

DON JUAN. ¿Qué más?

VALENTÍN. ¡Eso es! Y ¿crees tú que yo voy a entregarle mi hija, la hija de mi corazón, a un hombre cansado de vivir, podrido moralmente, con un pasado licencioso, con un presente que arrastra el pasado...?

DON JUAN. ¡Ah, ya lo veo! ¡No sigas, no te esfuerces: son verdad tus inicuos planes!

VALENTÍN. ¿Qué? ¡Mi único plan es la felicidad de mi hija!

DON JUAN. Y ¿quién podrá creerte? Mientras no necesitaste de ella, no te importó su felicidad. Ahora, que a tu codicia le conviene, despiertan, para usarlos de máscara, tus amores de padre.

VALENTÍN. Pero ¿qué cuento de las *Mil y una noches* es ése?

DON JUAN. No finjas, que lo sé. Esto sí que es verdad, y no lo que tú me has echado al rostro. ¡Pero aquí estoy yo, cerrándote el paso!

VALENTÍN. *Con desprecio.* ¿Tú?

DON JUAN. Yo. El hombre podrido moral-

mente, como me has llamado, es el que va a impedir esa villanía.

VALENTÍN. ¡Vuelvo a decirte que no sabes con quién estás hablando!

DON JUAN. Prueba a hacerme temblar.

Por la puerta del foro llega Amalia en este momento, atraída por las voces.

AMALIA. ¿Qué discusión es ésta? ¿Qué escándalo?

DON JUAN. ¡Amalia!

VALENTÍN. ¡Hija!

AMALIA. Doña Nona se ha asustado mucho... Papaíto, ¿qué ocurre?

VALENTÍN. ¡Pregúntaselo a tu conciencia!

AMALIA. ¿A mi conciencia? Bien tranquila está. Don Juan, ¿qué le ha dicho usted a mi padre que así se ha puesto?

DON JUAN. ¡Cuánto me alegra que haya venido usted! Lo que le he dicho a su padre, Amalia...

VALENTÍN. ¡He de decir yo primero cuanto me han dicho a mí!

DON JUAN. Perdona. *A Amalia, en voz baja, trémula, llena de pasión.* Lo que le he dicho, Amalia, es que... Lo que le he dicho es que te quiero; que te quiero con un amor nuevo, ambicioso, infinito, absorbente, dominador; que sueño con hacerte mi esposa.

AMALIA. *Conmovida.* ¡Don Juan!

DON JUAN. ¡Esto es lo que le he dicho!

VALENTÍN. ¡Eso, eso es lo que se ha atrevido a decirme!

AMALIA. *Turbada aún.* Pues cuenta que te ha dicho a ti lo que a mí no me ha dicho hasta ahora.

DON JUAN. Con palabras, no.

AMALIA. A las palabras me refiero. Y ¿por eso que le has oído te has enojado tú, papá?

VALENTÍN. Pues ¿cómo no, viniendo de tal hombre?

AMALIA. ¿De tal hombre? ¿Lo juzgas malo?

VALENTÍN. ¡Malo es poco: funesto!

AMALIA. Y siendo así, ¿cómo se explica que me mandaras a su casa?

VALENTÍN. ¡Porque es otro del que yo conocía! ¡Este hombre...!

AMALIA. Papaíto, ahora te ruego yo que mires bien lo que de él vayas a decirme, porque... porque yo lo quiero también.

DON JUAN. ¡Amalia!

VALENTÍN. ¡Amalia!

AMALIA. ¡Lo quiero también! Venzo mi rubor para confesártelo en su presencia... y para revelárselo a él en la tuya...

DON JUAN. ¡Bendita boca!

VALENTÍN. Pero ¿has perdido el juicio, infeliz?

AMALIA. Óyeme.

VALENTÍN. ¡No quiero oír más disparates!

AMALIA. Óyeme. No te pongas así, papaíto. Yo quiero a don Juan. Lo quise poco después de verlo. Y desde que lo quise, empleé en convertirlo a mí cuantos medios le presta a una mujer un amor como éste. Y lo he logrado. Y ya me quie-

re como a ninguna, él que ha querido a tantas...

VALENTÍN. ¡No seas necia en tu vida!

DON JUAN. ¡La necedad es tuya!

VALENTÍN. ¡Hablamos ella y yo!

DON JUAN. ¡Y yo la oigo con toda mi alma!

VALENTÍN. *Rebelándose.* ¡No, no! ¡Esto, no! ¡Tú no estás enamorada de este libertino!

AMALIA. ¡Sí!

VALENTÍN. ¡No! ¡Tú estás enloquecida, fascinada por lo que haya podido agradarte de su persona exteriormente, y por sus artes infernales de hombre mundano y mujeriego! ¡Pero cuando yo te hable de su pasado; cuando yo te lo pinte con vivos colores...!

AMALIA. ¡Su pasado!... ¡Su pasado!... ¿De su pasado quieres hacer un arma contra él? Pero ¡si es su pasado lo que me ha hecho quererlo más!

VALENTÍN. ¡Ave María Purísima!

AMALIA. ¿Qué piensas contarme? ¿Que ha sido de muchas mujeres? ¿Que no ha podido olvidar a ninguna? ¿Que a todas ellas las acaricia desde lejos? ¿Que no rechaza, que no desampara, que no abandona a las que quiso? ¿Que ha convertido en gratitud o en piadoso afecto lo que empezó en amor? Y ¿qué es todo eso en resumen sino íntima bondad? Y ¿vas tú a pretender que me aleje de su amor por ella, cuando es en ella, justamente, en lo que fundo el mío?

VALENTÍN. ¡Pero, hija de mi vida!... ¡Pero, Amalia!

AMALIA. En cambio, si me dijeras que quiso a muchas y a todas las dejó... como pudo; que de su pasado no quedaba ni rastro en su alma, yo te obedecería prontamente y huiría de él contigo. Digo mal: yo no tendría que huir, porque no habría llegado a enamorarme.

VALENTÍN. ¡Eres la primera mujer a quien le oigo tamaña locura!

AMALIA. ¿Locura? ¡Lógica del corazón, papaíto! ¡Prefiero temer, viéndolo prendado de mí, al recuerdo de cuantas quiso, a temerle a él por incapaz de querer a ninguna!

VALENTÍN. ¡Absurdo, absurdo, inaudito, fantástico! ¡No se puede creer en aberración tan insigne! ¡Te ha vuelto idiota, idiota; pero vivo yo para hacerte recobrar el juicio! ¡Esto no pasará adelante! ¡No pasará, no pasará!

DON JUAN. Y después de oírnos a los dos, ¿quién eres tú para estorbarlo?

VALENTÍN. ¡Soy quien soy! ¡Soy su padre!

AMALIA. *Con íntimo pesar.* Un poco tarde quieres venir a serlo.

VALENTÍN. ¿Eh?

AMALIA. A los quince años me dejaste sola en la vida: ¡ella formó mi alma! ¡Ella ha sido mi padre y mi madre! Tú, no sé lo que eres.

VALENTÍN. ¿Cómo, cómo? ¿Hase visto igual desacato? ¡Tu padre soy yo ante la ley, y de ello daré buena prueba! ¡No faltaría más! ¿Ha de regirse el mundo por la perversidad de un hombre y la in-

sensatez de una chiquilla? ¡Medrados estaríamos! ¡Y ahora me voy de aquí, don Juan de la Vega, porque no quiero cometer un atropello! *Vase de estampía por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Merecemos esto?

AMALIA. No, a fe. A algo que desconocemos responde su ira.

DON JUAN. Yo sé a lo que responde.

Viene Cardona por donde se ha marchado Graziela.

CARDONA. ¿Qué le has hecho al Comendador, como le dice doña Nona?

DON JUAN. ¡Nada!

AMALIA. ¡Nada!

CARDONA. ¡Lleva unos ojos que asustan al demonio! ¡Va cárdeno! ¿Qué ha sido?

DON JUAN. Pues... que le he pedido a Amalia por esposa.

CARDONA. ¡Jinojos!

AMALIA. ¿Verdad que no es para enfadarse?

CARDONA. ¡Al contrario! ¡Para repicar de contento! Por mí, ¡ahí va una enhorabuena del alma! ¡Choque usted, Amalita!

AMALIA. Gracias, don Gregorio.

CARDONA. ¡Un abrazo a ti, barbián!

DON JUAN. ¡Y bien fuerte!

CARDONA. ¡A casarse a escape, a ser felices... y a tener muchos hijos!

AMALIA. ¡Don Gregorio!

CARDONA. ¡Hay que dar ciudadanos a la patria!

¡El amor fecundo es el único que tiene razón! ¡Nada, nada: a tener muchos hijos... y a bautizarlos a todos como manda la Iglesia!

AMALIA. ¡Claro es!

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. ¡Le voy a dar la nueva a Dulce, que va a alegrarse mucho!

DON JUAN. ¡No tanto como tú!

CARDONA. ¡Es difícil! *Se aleja jubiloso por la puerta de la derecha, cantando:*

Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte...

Don Juan, que contenía su amorosa impaciencia, al verse solo con Amalia la coge con pasión de las manos y exclama:

DON JUAN. ¡Alma mía!

AMALIA. ¡Don Juan!...

DON JUAN. ¡Ven a mí!

AMALIA. *Separándose de él con dulzura.* No... aguarda... Porque soy más que todas, quiero ser distinta de todas... para hacer tu vida distinta de siempre.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, setiembre, 1918.

PEDRO LÓPEZ

EPISODIO DRAMÁTICO

Estrenado en el Teatro del Centro el 21 de noviembre de 1918, en función organizada para contribuir con sus productos a la erección de la estatua de Pérez Galdós, en Madrid.

A ENRIQUE BORRÁS,
insigne intérprete de las más grandes figuras de la escena española, con admiración y simpatía,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ADELA.....	Carmen Muñoz.
PEDRO LÓPEZ.....	Enrique Borrás.
UN DESCONOCIDO....	José González Marín.

P E D R O L Ó P E Z

Comedor modestísimo en casa de Pedro López, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Al foro, una ventana de cristales que da a un dormitorio. Mesa camilla. Sobre una silla, un bolso de escuela del hijo de Pedro, y junto, un caballito de cartón. Es de noche. Del techo pende una bombilla de luz eléctrica, cubierta por una pantalla de papel, que da luz a la pobre estancia.

Adela, bella mujer de Pedro, sentada al lado de la camilla, hace labor.

ADELA. ¡Las nueve y media todavía! ¡Qué largas empiezan ya a ser las noches! Y ¡qué iguales todas!

Tras la ventana asoma Pedro, hombre humilde, de risueño y bondadoso semblante. Habla quedito.

PEDRO. Ya duerme.

ADELA. ¿Al fin? ¡Estaba tan nervioso!...

PEDRO. Mucho. Me ha costado contarle qué sé yo los cuentos. Agoté mi memoria. Últimamente—oye esto, Adela—, no sabiendo ya qué contarle, le conté la historia de la lotera de la esquina.

ADELA. ¡Ocurrencia es!

PEDRO. Mujer, ya la adorné a mi modo. La Lotería era el reino de Pipiripao; la lotera, la princesa de la Media Almendra, y el dependiente que se ha fugado con los décimos, el gobernador de la ínsula Maravillosa. ¡Ja, ja, ja! Esas invenciones le encantan. ¡Como tiene tanta imaginación!... Éste será poeta.

ADELA. ¡No lo quiera Dios, Pedro! ¡Lo prefiero director de un Banco!

PEDRO. ¡Ja, ja, ja! ¡Periquín director de un Banco! ¡Ja, ja, ja!

ADELA. A ver si lo despiertas.

PEDRO. No. Cuando coge el sueño, lo coge bien. Sale en eso a su padre. Y como la noche pasada tuvo frío, a los pies le he echado mi capa.

ADELA. ¿No lo sentirá cuando se la quites?

PEDRO. No pienso quitársela.

ADELA. Pero ¿vas a salir a cuerpo con la noche que hace?

PEDRO. No, mujer; no salgo. Me quedo dándote compañía.

ADELA. Yo te lo agradezco; pero lo que es así...

PEDRO. ¡Bah! Tras un día viene otro. *Se retira hacia la izquierda del actor, y luego sale por la puerta de este lado.*

ADELA. ¡Tras un día viene otro! ¡Siempre lo mismo! No sé, no sé lo que espera este hombre. Parece que vivimos en Jauja.

PEDRO. ¿Qué dices?

ADELA. Murmuraba de ti.

PEDRO. ¿Por qué? ¿Porque me quedo en casa? Y ¿dónde voy a estar más contento? Junto a ti; junto al niño. Lo demás del mundo me sobra.

ADELA. Es claro; y con el troquel que aquí tenemos para hacer moneda....

PEDRO. ¡Ah, el dinero, el dinero! ¡Ya vendrá el dinero!

ADELA. ¡Sí! ¡Según le enseñas tú el camino!...

PEDRO. Pues que no venga; él se lo pierde. ¡Habíamos de emplearlo tan bien!...

ADELA. Pero, Pedro, por amor de Dios, una vez siquiera ten juicio; pisa en la tierra y no en las nubes.

PEDRO. ¿Cómo en las nubes?

ADELA. ¿No ibas a ir esta noche al café a hablar con Mejía, a recordarle?...

PEDRO. Sí iba a ir, sí; pero lo he pensado despacio. Don Esteban me ha dado su palabra de que la administración de la casa es mía, y cualquier paso que signifique duda o desconfianza, es una cosa fea por mi parte.

ADELA. Te quedarás también sin ello.

PEDRO. No, no. Cuando don Esteban me lo ha ofrecido...

ADELA. Te quedarás sin ello.

PEDRO. ¡Bueno! ¡Pues no estaría para mí!

ADELA. Es un consuelo siempre.

PEDRO. O se lo llevará otro más necesitado.

ADELA. ¿Más?

PEDRO. ¿Crees que no los hay?

Cuentan de un sabio que un día...

ADELA. Sí; no sigas; tus socorridos versos... Pero, mal de muchos...

PEDRO. No te enojes, mujer. Ni te lamentes demasiado tampoco. Dios aprieta, pero no ahoga. Lo esencial no nos falta... El que tiene un pedazo de pan y un techo bajo que vivir, y se queja, es injusto.

ADELA. ¡Un techo y un pedazo de pan!... He visto pocos hombres menos ambiciosos.

PEDRO. No lo creas... Yo ambiciono siempre, pero a mi modo... Lo primero es vivir en paz. Ya ves: en la oficina van a aumentarme el sueldo.

ADELA. ¡Buen puñado son tres moscas!

PEDRO. Muchos poquitos... Y esa administración de don Esteban no es grano de anís. Y nadie me la quita, no temas. Pero esta noche no voy al café, además de lo que te he dicho, porque soy un poco supersticioso... ¡y hoy me ha salido todo mal! ¡Ja, ja, ja!

ADELA. ¿Todo mal? Y ¿te ríes?

PEDRO. ¿Voy a rabiar, encima? ¡Sería otra desgracia! No te apures, no te apures tú.

ADELA. Sabes que no es por ti ni por mí, sino por nuestro hijo. Por él me apena esta vida tan pobre. ¡No sé lo que yo querría para él!

PEDRO. ¡Yo sí sé lo que querría para él y para ti! Ya vendrá, ya vendrá. Yo trabajo y sueño.

ADELA. Sí que sueñas.

PEDRO. Y trabajo.

ADELA. Trabajas, pero no nos luce.

PEDRO. ¡Ya nos lucirá!

ADELA. ¿Cuándo?

PEDRO. ¡Cuando deba lucirnos, qué demontre!

ADELA. ¡En esa esperanza se nos va a ir la vida!

PEDRO. ¡Habrá que creer entonces que no nos debe lucir hasta la otra!

ADELA. ¡Jesús, me descompones, Pedro! *Deja la labor.*

PEDRO. ¡Qué simple eres, Adela! No pierdas nunca la esperanza. La esperanza es la vida. El que espera, con sólo esperar, bendice a Dios. ¡No pierdas nunca la esperanza! ¿Que parece que nos sopla mal viento estos últimos años? ¡Ya cambiará el viento! Y será para bien. El porvenir nadie lo sabe.

ADELA. El porvenir hay que labrarlo.

PEDRO. Esperando y trabajando, lo labras. A lo mejor, detrás de un aparente revés hay un halago de la fortuna.

ADELA. Todavía no lo he visto. Tu viaje de hace unos meses a París era para ti una ilusión...

PEDRO. Sí, sí lo era... Y aquel generoso protector se me murió en los brazos... ¡Quién sabe si éste sería el fin de mi viaje!

ADELA. ¡Vamos! Estás loco.

PEDRO. ¿Loco? Loco no lo he estado más que una vez: cuando te quise. *La acaricia.*

ADELA. Quita, quita. *Sonriéndole.* He de acostumbrarme a la idea de que en esta casa no hay sólo un niño, sino dos.

PEDRO. ¡Ojalá nunca me digas otra cosa!

ADELA. Llaman al portón. Será la chica, que salió a ver al novio. Por más que se suele llevar la llave.

PEDRO. Bien, bien; eso de ver al novio está bien; está bien.

ADELA. Y ¿habrá algo que esté mal para ti? *Vase por la puerta de la derecha.*

PEDRO. Nada, no consigo infundirle... Y yo, que no tengo remedio... ¡Más confiado cada día! *Se asoma a la ventana.* ¿Eh?... ¿Duerme? Sí. Temí que... Pero está en siete sueños. ¡El cuento de la lotera fué un arrullo!...

Vuelve Adela.

ADELA. No es la chica, Pedro; es un señor que quiere verte.

PEDRO. ¿A mí? ¿Un señor?

ADELA. Sí. Muy bien portado.

PEDRO. ¿Tú no lo conoces?

ADELA. No. Es fino, elegante...

PEDRO. ¿Me pongo la otra americana?

ADELA. No creo...

PEDRO. Pues dile que entre. ¿Quién será?

ADELA. No me ha dado su nombre, porque dice que te es desconocido.

PEDRO. ¿Será acaso?... Pero no, no.

ADELA. ¿Quién sospechas?

PEDRO. Nadie. Hazlo pasar; que no espere más tiempo.

ADELA. Sí. *Vase.*

PEDRO. Eso de que venga tan elegante... *Llevándose con sobresalto la mano al cuello.* ¡Caray! ¡qué susto! Creí que no tenía puesta la corbata.

Torna Adela con el Desconocido caballero, quien, efectivamente, parece persona distinguida.

ADELA. Pase usted.

DESCONOCIDO. Mil gracias. ¿Don Pedro López?

PEDRO. Para servirle, caballero.

DESCONOCIDO. Sentiría importunar a usted.

PEDRO. No, señor.

DESCONOCIDO. He elegido esta hora suponiendo que en las del día no lo hallaría en casa, por sus quehaceres. Necesito hablarle.

PEDRO. Estoy a la disposición de usted. Hágame el favor de sentarse.

ADELA. Con permiso.

DESCONOCIDO. Señora...

Vase Adela por la puerta de la izquierda. Instantes después aparece tras la ventana y la cierra en silencio.

PEDRO. Siéntese usted.

DESCONOCIDO. Gracias.

PEDRO. *A una mirada del Desconocido a la habitación.* ¿Repara usted en mi pobreza?...

DESCONOCIDO. No, señor; no la extraño.

PEDRO. Recibo a usted aquí... porque no tengo sitio mejor en que recibirle. ¡Je! Además, ésta es la única habitación templada de la casa.

DESCONOCIDO. Sí, aquí se está bien.

PEDRO. Mi mujer y yo le llamamos a este comedorcito, Alicante; a mi despacho, El Escorial... y al dormitorio, Burgos, porque da al Norte y es una nevera. ¡Je! ¡Chirigotas con que procura uno aliviarse el frío!

DESCONOCIDO. Señal de buen humor.

PEDRO. A Dios gracias. Conque usted me dirá, caballero... Ante todo, ¿con quién tengo el gusto?...

DESCONOCIDO. Disculpe usted que calle mi nombre, más que por nada, por innecesario, dada la índole de esta entrevista.

PEDRO. ¿Eh? No sé si debo...

DESCONOCIDO. Sería pueril... Yo podría decirle a usted, ya que no me conoce, un nombre cualquiera.

PEDRO. Me ha convencido usted.

DESCONOCIDO. Soy un desconocido que ha llamado a su puerta y que acaso le trae la fortuna.

PEDRO. ¿La fortuna?

DESCONOCIDO. Sí. Pocas veces llega tan silenciosa e impensadamente a una casa pobre o mo-

desta. Lo que vamos a tratar aquí es grave; pero creo que para usted es tentador, halagüeño. Como que puede cambiar radicalmente el curso de su vida, hasta hoy azarosa, difícil, llena de fatigas y afanes; lo sé.

PEDRO. Le oigo a usted sorprendido, confuso... No sé qué pensar... A pesar de mi fe en lo imprevisto, que es grande... no sé qué pensar... En fin, siga usted; hable usted.

DESCONOCIDO. Sí, señor. Y sin ningún inútil rodeo. He comenzado por declararle a usted la gravedad del caso. Vayamos, pues, al fin cuanto antes. Tomemos el atajo. *Se miran.* Usted tiene en su poder unas cartas...

PEDRO. *Con alegría súbita.* ¿Es usted Feliciano Manuel?

DESCONOCIDO. *Sonriendo.* No, señor; pero usted es el hombre más candoroso de la tierra.

PEDRO. ¿Por qué?

DESCONOCIDO. Me congratulo de ello. Nos vamos a entender bien los dos.

PEDRO. Pero ¿por qué soy tan candoroso?

DESCONOCIDO. Porque mucho antes de lo que yo creía—no ha podido ser antes—me ha confesado usted que tiene en su poder esas cartas cuyo rastro sigo.

PEDRO. No, señor; dispénseme usted... Yo no he dicho tal cosa.

DESCONOCIDO. Literalmente, no; pero, al preguntarme si yo soy aquel hombre...

PEDRO. Claro; eso sí... Me vendió la alegría... Y ¿no es usted Feliciano Manuel, de veras? ¿No me engaña?

DESCONOCIDO. No tendría objeto. Ni lo soy, ni lo quiero ser. Pero sé la historia de esas cartas como él y como usted mismo.

PEDRO. Eso es más difícil.

DESCONOCIDO. Pues a ver si la historia es ésta.

PEDRO. A ver.

DESCONOCIDO. Usted, hace unos meses, fué a París, en compañía del duque de la Mena, como su secretario y hombre de confianza. A los pocos días de llegar se sintió el duque en el hotel repentinamente atacado por la muerte; la cual, sin embargo, no llegó tan aprisa que no le diera tiempo al duque para confiarle a usted las cartas de que hablamos, y con ellas un solemne secreto.

PEDRO. ¡Usted es Feliciano Manuel!

DESCONOCIDO. Le juro a usted que no lo soy.

PEDRO. Pero ¿cómo es posible?...

DESCONOCIDO. De los labios del duque salieron estas terminantes palabras, depositando en manos de usted aquellas cartas misteriosas: «O entregarlas al propio Feliciano Manuel, o echarlas al fuego.» Y usted juró que así lo haría.

PEDRO. Y así lo haré. *El Desconocido sonríe.* Pero si allí no hubo testigos, más que Dios, usted ¿cómo sabe?... ¿Quizás por Feliciano Manuel?...

DESCONOCIDO. ¡Jesús! No se torture usted en

imaginar... Es imposible que comprenda, que acierte, que siquiera vislumbre por qué caminos ha llegado a mí este secreto. *Insidiosamente.* Sí le diré que, si en el mundo no hubiera espías y traidores, el mundo estaría medio deshabitado.

PEDRO. *Perplejo.* ¡Espías y traidores!...

DESCONOCIDO. Hasta aquí lo que sabe usted del asunto. Ahora le voy yo a revelar lo que tal vez no sepa. ¡Porque pensar que usted haya leído las cartas!...

PEDRO. ¡Antes cegaría! No se me confiaron para eso. Si embargo, conozco el grave secreto que guardan.

DESCONOCIDO. Y yo.

PEDRO. ¿Usted?

DESCONOCIDO. Dígame si es éste. *Pedro lo oye con ansiedad. El Desconocido habla con gran aplomo.* Feliciano Manuel, el pobre diablo que arrastra en América una existencia vulgar y oscura, no se llama Feliciano Manuel. Su verdadero nombre, el misterio de su nacimiento, está en esas cartas, escritas con ternura de madre por mano aristocrática. Dueño de ellas, lograría ese hombre, en plazo más o menos breve, la posesión de honores y riquezas que otra persona ostenta y disfruta hoy en Madrid. Esas cartas, pues, serán piedra de escándalo, motivo de vergüenza y de deshonor, fundamento de irritante despojo. Todo ello traerá consigo pleitos y querellas sin fin... lágrimas, amargura, despecho... lodo; convulsiones y

catástrofes familiares. ¿Quién no se arredra al considerarlo? ¿Quién no piensa que se puede y aun se debe impedir?

PEDRO. ¿Qué?

DESCONOCIDO. El duque citó en París a Feliciano para entregárselas y aconsejarle acaso en este sentido... pero llegó la muerte antes de que él saliese de América. Hoy son de usted los inapreciables documentos.

PEDRO. No, señor; no son míos.

DESCONOCIDO. Son de usted, puesto que usted los tiene y los custodia.

PEDRO. ¡Pero no son míos!

DESCONOCIDO. Sea como quiera. Para mi intento, como si perteneciesen a usted. Yo deseo adquirir esas cartas.

PEDRO. *Levantándose de un salto* ¿Qué dice?

DESCONOCIDO. Que quiero esas cartas; que aun teniéndolas por inapreciables, como me ha oído usted, les pongo precio. ¡Una suma que en la cabeza de un pobre no cabe!

PEDRO. Y ¿es usted capaz...? Y ¿usted presume que me conoce? Pero ¿cómo se atreve usted después de haberme mirado a la cara y de haberme escuchado un instante...? ¿Es que no asoma mi conciencia a mis ojos?... En otro lugar, la respuesta que le habría dado a usted hubiera sido más violenta y más rápida. En mi casa he de limitarme a lo dicho, añadiendo sólo que jamás creí que a nadie pudiera proponérsele tal infamia.

DESCONOCIDO. ¿Infamia?

PEDRO. ¡Infamia! ¿No se llama así?

DESCONOCIDO. No hemos de discutirlo. Ni me sorprende, es claro, la vehemente protesta de usted. Quizás yo, en su lugar, hubiera contestado lo mismo.

PEDRO. ¡Yo en el de usted no podría verme nunca!

DESCONOCIDO. Insisto en que no hemos de discutir ahora ciertas cosas... ciertas puerilidades... Ello es que unos y otros vivimos de sentimientos falsos, de fórmulas hueras, de palabras vacías, que hay que barrer como hojarasca inútil —es necesario ese valor, amigo mío— cuando llega un caso decisivo en la vida, uno de estos supremos instantes... No me mire usted con esos ojos. ¿Usted sabe lo que dice de la conciencia un personaje shakespiriano?

PEDRO. Me basta con saber lo que siento yo de la mía.

DESCONOCIDO. Pues Shakespeare conocía bien a la humanidad. Y ese personaje a que me refiero dice que la conciencia hay que desterrarla de toda ciudad, como cosa peligrosa y nociva. Créalo usted: sus tribulaciones no nos traen nunca la ventura. No nos ceguemos con falsas luces; no nos aferremos a mantener rancios prejuicios, que ni dan de comer, ni abrigan la casa...

PEDRO. ¡Silencio! ¡Le ruego a usted silencio, señor desconocido! ¡Y ya me alegra no saber su

nombre! Desista usted de la intención que aquí le trajo, si quiere permanecer un minuto más en mi casa, donde podrá faltar todo, menos la honra.

DESCONOCIDO. ¡Bien, Pedro López, bien! No crea que no; me agrada oírle.

PEDRO. Lo celebro. Y cuente que callo más que hablo.

DESCONOCIDO. ¡Aún quedan en España, en el mundo, hombres de esta estirpe, de esta naturaleza moral!... ¡Quijotes candorosos! «¡Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo!» ¡Bien, Pedro López, bien!

PEDRO. ¿Es burla?

DESCONOCIDO. Jamás.

PEDRO. ¿Es compasión, tal vez?

DESCONOCIDO. Mucho menos.

PEDRO. Lo creo así: porque la compasión y la burla han menester superioridad para ser posibles. Y en este caso, entre usted y yo...

DESCONOCIDO. Habla usted como un héroe.

PEDRO. Pues no soy más que un hombre honrado.

DESCONOCIDO. Basta. Mi presencia lo mortifica a usted y voy a librarlo de ella en seguida. No renuncio a volver por aquí, si usted me lo permite.

PEDRO. Para esto, no.

DESCONOCIDO. De todos modos, no será la última vez que hablemos de ello. Los sentimientos

son espontáneos, repentinos, súbitos... La reflexión es lenta... Pero antes de marcharme, algo quiero decirle aún. *A un gesto de él.* Son dos palabras nada más. Supongamos que ha llegado la hora, para usted dichosa, en que cumple escrupulosamente lo que juró y le entrega a Feliciano Manuel las cartas que le pertenecen. ¡Qué satisfacción más completa! ¡Qué alegría más sana y más honda! ¡Qué inolvidable hecho en la vida de usted! Acudirán lágrimas a sus ojos siempre que lo recuerde. Y Feliciano, al recibirlas, estrechará a usted en sus brazos, también conmovido; alabará la probidad de usted, y, para no herir su delicadeza, no le dará más que las gracias. ¡Digno epílogo de tal historia!

PEDRO. Digno, sí, señor.

DESCONOCIDO. En cambio, si las manos a que vinieran esas cartas fuesen las mías...

PEDRO. ¡Silencio, otra vez!

DESCONOCIDO. ¡Oh, entonces!...

PEDRO. ¡Silencio, o juro a Dios!...

DESCONOCIDO. Ya lo dije antes: ¡la suma no cabe en la cabeza de un pobre!

PEDRO. ¡Salga usted de mi casa ahora mismo!

DESCONOCIDO. No se subleve usted: ahora mismo. Lamento su ofuscación y su intransigencia. Discúlpeme. ¿Hasta cuándo?

PEDRO. ¡Hasta nunca!

DESCONOCIDO. *Después de sonreír.* Hasta pronto. *Vase por la puerta de la derecha. Pedro, atur-*

dido, vacila un punto y se asoma luego a la puerta como a verlo partir.

PEDRO. ¡Sé fué!... ¡Gracias a Dios! ¡Me ha revuelto el alma! ¡Qué asco de hombre! *Corre a la ventana anheloso de comunicación con su Adela, quien asoma a ella inmediatamente.* ¡Adela, Adela!

ADELA. Aquí estoy, sí.

PEDRO. ¿Has escuchado?

ADELA. ¿Cómo no, con tus gritos?

PEDRO. ¿He gritado mucho? ¿He despertado al nene?

ADELA. No.

PEDRO. Ven, ven, que hablemos.

ADELA. Allá voy, hombre, allá voy. Tranquilízate. *Se retira de la ventana y sale en seguida por la puerta de la izquierda.*

PEDRO. ¡Ese mal hombre me ha ofendido! ¡He sido un pazguato! ¡Lo he debido abofetear! ¡En mi casa, y aun en la iglesia, lo he debido abofetear!

ADELA. *Yendo a él con cariñosa solicitud.* Vamos, tranquilízate.. ¡Qué rato has llevado, por Dios! Siéntate y serénate un poco...

PEDRO. ¿Verdad que lo he debido abofetear?

ADELA. ¿Para qué? Has hecho más que abofetearlo.

PEDRO. Sí, pero... *Crispando los puños.* ¡Pare-

ce que el corazón no se satisface sólo con palabras!

ADELA. Pues si hubieras hecho otra cosa estarías llorando ahora mismo de arrepentimiento. Te conozco bien. Cálmate; cálmate, o tendré que reñirte.

PEDRO. No, no me riñas tú. Ya me calmo. ¿Has visto qué enorme pesadilla? ¡Pero que en el mundo sucedan estas cosas! Ha venido a comprarme... No, no digo bien: ¡ha venido a comprar en mí la voluntad de un moribundo, que expiró tranquilo porque me tuvo a mí a su lado; porque me oyó jurar que le obedecería! Y me lo ha propuesto con frialdad increíble, con sonrisa en los labios, sin temblar, sin turbarse, sin enrojecer de vergüenza... ¡Ese hombre no es un prójimo mío! Pero ¿no te asombras tú de esto también?

ADELA. ¡Ya lo creo que me asombro!

PEDRO. ¿Verdad?

ADELA. De esto y de todo desde que él llegó. ¿No ves tú que a mí, a la vez, se me ha descubierto un secreto que yo ignoraba? ¿Cómo no me habías dicho nada de ese secreto?

PEDRO. Porque hubiese dejado de serlo, Adela.

ADELA. ¡Entre el marido y la mujer!...

PEDRO. Entiéndeme.

ADELA. ¡Entre tú y yo!

PEDRO. Tenía algo de confesión sagrada: un alma que se desligó de la tierra me lo había con-

fiado... Era un secreto entre Dios y yo: aquí abajo no debía compartirlo con nadie. Ni contigo.

ADELA. En todo has de ser extremoso.

PEDRO. Por eso te quise.

ADELA. Pero ese hombre, ¿cómo se ha enterado de lo que creías que sólo estaba entre Dios y tú?

PEDRO. Lo ignoro totalmente. De espías y de traidores ha hablado él... Yo ignoro lo que sea. Por mí, estoy seguro de no haberlo revelado ni en sueños.

ADELA. Bien lo puedes estar. Yo, no obstante, sin acertar qué, tenía la sospecha de que algo me ocultabas desde tu vuelta de París.

PEDRO. ¿Ah, sí? ¿Tú sospechabas?...

ADELA. ¡Figúrate!... ¿Quién no lee en tu frente? ¿No te digo que eres un niño? Ahora, que supuse que sería quizás una de tantas disparatadas ilusiones como acaricias para verlas fracasar después.

PEDRO. Y ¿también te ha parecido de niño mi conducta con ese hombre?

ADELA. ¿Piensas tú que no lo ha sido quizás?

PEDRO. ¿Qué dices?

ADELA. No te alarmes. Digo que solamente un niño se lleva ese disgusto que tú, y deja ir a ese hombre sin averiguar con astucia la verdad de sus planes; sin inquirir quién sea; quién es el otro; a qué voluntad obedece; cuál había de ser su proposición; qué suma fabulosa...

PEDRO. ¡Calla, Adela, calla!

ADELA. ¡Déjame hablar, hombre!

PEDRO. ¿Querías tú que ese miserable imaginara un segundo de mí?...

ADELA. Pero ¿no lo ha imaginado días enteros para venir a verte?

PEDRO. ¡En mi presencia, no!

ADELA. Más te digo: en tu caso, yo me habría fingido quizás cómplice suyo, para enterarme del fondo de la historia, ¿comprendes?... para conocer contra quién van los tiros; quién ha de sublevarse luego; qué culpas hay; qué cosas ocultas; y aun para calcular cómo procurarán defenderse los enemigos, los que resulten... ¡qué sé yo! Y así, cuando llegase el que vive en América, como se llame, tú, no sólo le entregarías tu depósito, sino mucho más: le entregarías con él los medios para hacerse fuerte... Esto se le ocurre a cualquiera.

PEDRO. Yo no sé hacer eso.

ADELA. Ya, ya lo he visto. A poco más lo tiras escaleras abajo...

PEDRO. Y es lo que debí hacer desde luego.

ADELA. Sí; como siempre: el camino real para todo.

PEDRO. ¡Justo: el camino real!

ADELA. El corazón en la mano, el pecho por delante... Así te luce. Nos luce.

PEDRO. Deja esa cantinela ahora.

ADELA. Te engaña un amigo: «¡Más pierde él

que yo!» Torna a ti, con mentido arrepentimiento: te falta tiempo para abrirle los brazos. ¡Y te vuelve a engañar!

PEDRO. Deja eso, Adela.

ADELA. Y ahora te ocurrirá lo que te ha anunciado ese hombre.

PEDRO. ¿Qué es lo que me ha anunciado?

ADELA. Que llegará el de América, te agradecerá tu honradez sin tacha te besará las manos... y vaya usted con Dios. Él a su casa y tú a la tuya.

PEDRO. Y muy contento.

ADELA. Sí, pero...

PEDRO. Pero... ¿qué?

ADELA. Que sólo haciendo méritos para figurar en el Año Cristiano, se pasa mal en este mundo.

PEDRO. ¿Qué me quieres decir? Yo no tengo aspiraciones de santo, Adela; yo no soy más que un hombre de honor.

ADELA. Sí; un hombre de honor, que no saldrá nunca de pobre.

PEDRO. ¡A costa del honor, jamás! Y me duele que tú, a quien tanto quiero, me hables ese lenguaje.

ADELA. Pero ¡si es que veo que te pasas esperando la vida, y siempre que la fortuna se te acerca dejas que se te vaya!

PEDRO. ¡Adela!

ADELA. ¡Pedro! Ya que tanto me quieres, como dices...

PEDRO. Y ¿tú lo dudas?

ADELA. No; pero ya que me quieres tanto, acomódate un poco a las cosas del mundo y de los hombres: sacrifica por mí algo de tu egoísmo.

PEDRO. ¿De mi egoísmo? ¿Le llamas egoísmo a esto?... Y ¿quieres que sacrifique por ti?...

ADELA. ¡Por mí... y por ese que ahí duerme! Déjate de premios en la otra vida. Nadie ha venido a contarnos lo que pasa en ella; y, en cambio, en esta que vivimos, a juzgar por la que yo llevo, es bien amargo lo que pasa.

PEDRO. ¡Te empiezo a escuchar con más asombro que a ese que se ha ido! ¡No sabes lo que dices, Adela!

ADELA. Bien que lo sé; pero tampoco extrañes que desvaríe. Son ya muchos años de esta cruz, de esta estrechez que agobia, de este quiero y no puedo que es cien veces peor que la miseria misma...

PEDRO. ¡No ofendas a Dios!

ADELA. Dios sabrá comprenderme. La miseria tiene instantes de locura y de risa... ¡y de libertad!... pero este castigo lento y medido, este potro continuo, este día gris a todas horas es abrumador, insufrible... ¡No puedo más, no puedo!

PEDRO. ¿Vas a volverme loco?

ADELA. Tú sales y entras; tienes siquiera el aire de la calle.

PEDRO. ¡Aire que no respiraría si no fuera para ti y para el niño!

ADELA. Sí; pero el caso es que lo respiras;

que vives algún tiempo fuera de la cárcel... sea por lo que sea.

PEDRO. Por mis trabajos, por mi lucha...

ADELA. Y yo aquí mientras, siempre sola, encerrada siempre...

PEDRO. ¡Siempre, no, Adela!

ADELA. ¡Casi siempre! ¡Han de repicar en la iglesia para que salga yo! ¡Si no tengo ni ropa!

PEDRO. ¿Eh?

ADELA. Y así un día... y otro... y otro... Y tú, a todos los apuros, la eterna canción de la esperanza... ¡Ya vendrá Jesús a ser nuestro huésped! Míralo bien, Pedro, y dime si me falta razón... ¿He de resignarme a que se agosten así mis mejores años? Si me respondes que sí, creeré que no me quieres.

PEDRO. ¿Que no te quiero yo?

ADELA. ¡Sí; que no me quieres; que nunca me has querido!...

PEDRO. ¡Jesús!

ADELA. ¡Que no sabes lo que es tenerle cariño a una mujer!

PEDRO. Pero, Dios mío, ¿es que voy yo a oír esta noche en mi casa todas las voces del infierno? ¡Es decir, que viene un desconocido a ofenderme, a comprar mi alma, y cuando busco en mi esposa, en mi compañera, el consuelo que da el sentimiento del deber compartido, hallo una mujer que habría querido que me vendiera para ofrecerle galas!

ADELA. ¡Galas, no!

PEDRO. ¡Galas, sí! ¡Estás hace un rato disfrazando tu pensamiento! Tienes mesa humilde, vivienda decorosa, amor de un hijo y amor mío, tan cierto y grande como lo es la mala pasión con que ahora lo desconoces y lo niegas. ¿Qué más quieres de un hombre honrado? ¡Habla! ¡Pero habla sin disfraces, que tal vez ha llegado el momento de que mi amor te juzgue por que te conozca!

ADELA. No grites así, Pedro. Callaré, si gritas.

PEDRO. ¿No he de gritar? ¿Te sorprende que contigo emplee por vez primera estos modos? Nunca lo pensé; yo me sorprendo también de emplearlos... ¡quizás he perdido el juicio!... ¡pero a ti lo debo! ¡a ti lo debo! ¿Qué me pides, mujer, qué me pides? ¿La deshonra dorada? ¿Las sombras en mi conciencia eternamente? ¿Eso quieres de mí para no negar que te quiero? ¿Eso exiges de quien no vive sino para quererte? ¡Ah, pues eso no te lo dará nunca este cariño! ¡No lo esperes de él! ¡Antes que intentarlo siquiera me mataría! ¡Me mataría —¿lo oyes?— pero después de matarte a ti, por instigadora y por perversa! ¿Te parezco ahora un niño también?

ADELA. Me pareces lo que tú mismo has dicho: un loco. Por mí... ya que quizás fué locura el quererte algún día... seguiré llevando la cruz mientras pueda... pero ese inocente, que de nada es culpable... ¡ése será la pobre víctima de la locura

de los dos! *Se marcha por la puerta de la izquierda, llorando.*

PEDRO. *Atónito.* ¿Llora? ¿Es que llora?... *Va a ir tras ella y se detiene.* Mejor es que la deje llorar... No; si no es mala... Si fuese mala, ¿habría yo podido quererla?... ¡Mujeres! ¡mujeres! ¡No saben a veces lo que les piden a los hombres!... *Se desploma rendido en una silla.* ¡Ay!... ¡Parece que llevo caminando un año entero!... ¡Me ha cansado esta hora por mil!

Adela habla en la alcoba con el niño.

ADELA. ¿Te asustaste, tonto? No te asustes.

PEDRO. ¿Eh?

ADELA. No, no me reñía papá.

PEDRO. Hemos despertado al pequeño.

ADELA. Discutíamos de los Reyes Magos: yo, que quería que vinieran a regalarte; él, que no quería. No, no quería.

PEDRO. *Alterado.* ¿Qué le está diciendo esa mujer a mi hijo?

ADELA. Anda, duérmete, gloria. ¿Tienes frío? ¡Vaya por Dios! Allá veremos si los Reyes te traen con qué abrigarte; si tu padre les consiente venir.

PEDRO. ¿Cómo?... ¿Qué trágica ironía tienen sus palabras? ¿Qué intenta?

ADELA. No, hijo, no; a mí no me hace caso. ¡Pobrecita de mí!

PEDRO. *Con voz sorda.* ¡Calla!

ADELA. Mañana, tú, dile que quieres que los

Reyes te traigan este año muchas cosas bonitas... ¡muchas cosas!

PEDRO. ¡Calla!

ADELA. Díselo, gloria mía; dile que, si yo no lo merezco, tú, sí. ¡Él puede mucho con los Reyes!

PEDRO. Pero ¿no callará esa mujer?

ADELA. Dile que tú no debes pasar frío; que tú tienes tanto derecho como otros niños a ser dichoso, a disfrutar con algo más que con nuestras caricias... y que él puede dártelo, si quiere.

PEDRO. ¡Tanto, no! ¡Ahora sí que vas a callar! *Lánzase frenético por la puerta de la izquierda hacia el interior.*

ADELA. Y si tú no consiguieras tampoco nada, yo, entonces... le diría... *Esta frase queda sin terminar.*

Silencio. ¿Qué ha ocurrido en la alcoba? Pausa.

Vuelve Pedro por donde se fué, lívido, convulso, retorciéndose nerviosamente las manos.

PEDRO. ¡Enmudeció con sólo verme los ojos!... ¡No ha hecho falta más!... ¡Gracias, Dios mío!... Castigarla, no; castigarla, no... ¡porque si le pongo una mano encima, la mato! ¡la mato!... ¡Matar yo a mi Adela!... ¡Dios mío!... *Por la puerta de la derecha reaparece en esto el Desconocido, sorprendiéndolo bruscamente.* ¡Qué! ¿Otra vez en mi casa

¿Hasta dónde va a llegar su cinismo, su persecución? ¡Salga usted! ¿Quién le ha abierto la puerta?

DESCONOCIDO. Al llegar yo entraba una muchacha.

PEDRO. Y ¿por qué ha vuelto, si yo lo arrojé?

DESCONOCIDO. Por un irrefrenable impulso de mi espíritu; por un movimiento de simpatía hacia usted, caballero.

PEDRO. Pero ¿viene usted nuevamente a desconcertarme?

DESCONOCIDO. Todo lo contrario. Óigame usted.

PEDRO. ¡No quiero oírlo!

DESCONOCIDO. Óigame usted. Mi primera visita la comencé reservando mi nombre; ésta la empiezo declarándoselo a usted lealmente: me llamo Enrique Alcázar. Soy el único amigo que tiene en este mundo Feliciano Manuel.

PEDRO. ¿Cómo?

DESCONOCIDO. Por él, por las fraternales cartas que me escribe, sé cuanto usted ha visto, y de lo que no puede dudar. Vendrá pronto a España; pero, mientras viene, le inquieta el corazón que un azar haya depositado, en manos para él desconocidas, cosa tan grave como el secreto de su nacimiento y de su fortuna. No se ofenda: esto es natural. Feliciano Manuel ha luchado mucho con los hombres para tener fe en nadie. Y aunque por las palabras que usted le ha escrito adivina que es usted tal cual es, como las palabras pueden fin-

girse... La duda tremenda, la distancia... ¡Son muchos años soñando con esa revelación que lo ennoblece y que lo salva, para no temer a cada instante que corriese peligro la prueba! De ahí que me confiara a mí el encargo de averiguar qué clase de hombre era Pedro Pópez. *Adela, cautelosamente, asoma a la ventana con invencible curiosidad, y desde ella escucha.* Y a mí se me antojó el medio más claro de conocer a Pedro López venir a él con tentadores ofrecimientos. Pensaba yo sostener esta superchería algunos días más... pero no ha hecho falta: me ha bastado el primer encuentro con usted. He visto en su actitud y en su lenguaje honradez tan firme y cólera tan santa, que yo mismo, al salir a la calle, me he avergonzado de mi pobre astucia, y no he resistido al deseo inmediato de volver a usted, a pagar verdades con verdades. Mi amigo lo sabrá todo en breve, y esté usted seguro de que ha de responder con largueza a la ventura de encontrar en la vida un hombre así.

PEDRO. *Como si despertara de un sueño.* Caballero: todo lo que esta noche me ocurre, se ofrece a mi conciencia como la visión febril de un insomnio. Yo no sé ahora mismo si es usted hombre o si es diablo; si es usted el de antes o si es otra persona; cuándo me dijo la verdad o cuándo me mintió. De cierto, entre estas brumas de mi alma, no sé más que una cosa: que tanto me da que me brinde usted oro a manos llenas para que falte a

mi deber, como que me deje vislumbrar una recompensa si con él cumplo. Mi deber es ajeno a esas pequeñeces; va dentro de mí, como el resorte vivo de mi alma. Es como la sangre de las venas: si se corrompe, muero. Y la única recompensa que quiero por él, la lleva en sí mismo. *Reparando de repente en Adela.* ¡Ah!... ¿Escuchabas tú?... ¡Me alegro!... ¡Así le dirás esto a nuestro hijo, en lugar de lo que antes le decías!

ADELA. *Cubriéndose el rostro con las manos, llorosa.* ¡Perdóname!

PEDRO. Me pide perdón... y llora... y baja la frente...

DESCONOCIDO. Yo también le pido a usted perdón, amigo mío. *Le tiende una mano y Pedro se la estrecha.*

PEDRO. ¿También usted?... ¡Soy yo el único que no tiene por qué arrepentirse de nada!... ¡Ah! ¡Estoy contento!... ¡Así quiero vivir!

FIN DEL EPISODIO

Madrid, octubre, 1918.

LA CALUMNIADA

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro de la Princesa el 21 de febrero de 1919.

AL SR. D. JOAQUÍN BARRIERE Y PÉREZ,
insigne marino, que conoce de España las grandezas y las tristezas, sus sobrinos,

SERAFÍN y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JIMENA.....	María Guerrero.
PUREZA.....	María F. Ladrón de Guevara.
LA SEGLARITA.....	Julia Pacello.
MARÍA DOLORES.....	Elena Salvador.
TRINIDAD.....	Avelina Torres.
ISIDRA.....	Raymonde de Back.
DOÑA ASUNCIÓN.....	María Teresa Andriani.
LA TORNERA.....	María Hermosa.
LA ABADESA.....	María Millanes.
LA HIJA DEL MARINO.	Carmen García de la Parra.
FEDERICO ANDERSON.	Fernando Díaz de Mendoza.
FLORENCIO.....	Emilio Valenti.
VALERIANO.....	Ricardo Vargas.
PIZARRA.....	José Santiago.
EL PADRE DOMINGO..	Manuel Santander.
PEPICHI.....	C. Díaz de Mendoza y Guerrero.
DON AUGUSTO.....	Ricardo Juste.
MOSIÉ BUSÓN.....	José Capilla.
CALERO.....	Felipe Corona.
EL MARINO.....	Alfredo Cirera.

Monjas y novicias.

LA CALUMNIADA

ACTO PRIMERO

Compás de un cierto convento sevillano, denominado por el vulgo de las Reliquias, y que el arte y la historia hicieron famoso. Fundado por una dama virtuosa y noble, cuyo nombre no es preciso decir, y cuyas cenizas reposan en el templo, fué desde su creación admirado y favorecido por nuestros más grandes y piadosos monarcas, los cuales le otorgaron mercedes y privilegios incontables. Hoy, en cambio, las infelices monjas arrastran una vida mísera, y el edificio está abandonado y maltrecho, lo mismo la iglesia y el interior de la santa casa, que el destartalado y pintoresco compás en que nos hallamos; si bien este último pretende alegrar y disimular su pobreza con cal de Morón y arriates con flores.

La puerta de entrada, sobre la cual brilla, en carcomidos azulejos, el escudo de los Reyes Católicos, mira al público, y está en el primer término de la derecha del actor. Es grande, de dos hojas, y en una de ellas hay abierto un postigo por donde comúnmente se entra y se sale. Al pie del muro de la derecha, un arriate con un jazmín y un naranjo cuajado de fruta. Al foro, dos arcos: uno da paso a otros lugares del compás; el otro, al torno, por el cual se comunica con las madres. Junto

al primero, a la derecha, la vivienda de los porteros y demandaderos; y cerrando por la izquierda el recinto, la del capellán, que remata en graciosa azotea.

Es mediodía, al comienzo de octubre.

María Dolores, mujer como de treinta y tantos años, agraciada y dulce, se ocupa en retocar un Niño Jesús de talla, sentada a la puerta de la vivienda del capellán. En una mesita auxiliar tiene todos los chirimbolos de su oficio. Ella misma nos dará luego más detalles de él y de sí.

De la casa de los demandaderos y porteros sale Trinidad, la portera y demandadera.

TRINIDAD. Pos, señó, mi marido se ha perdío esta mañana. Las dose ya, y no vuerve.

MARÍA DOLORES. Pero ¿usté sabe las cosas que yevaba que hasé? A mí me las dijo... y no sé cómo tiene cabesa.

TRINIDAD. Ni cabesa ni pies. Y que no consiente tomá ninguna apuntasión: to ha de dejarlo a la memoria.

Llega Calero de la calle con varios sobres de oficio en la mano. Es un empleado del Palacio Arzobispal, que parece un cirio.

CALERO. Buenos días nos dé Dios.

MARÍA DOLORES. Buenos días.

TRINIDAD. ¡Hola, Calero! ¿Qué hay por aquí?

CALERO. Este ofisio pa la madre abadesa. *Le entrega un sobre de los que trae.* Y de parte de doña Clementina, la hermana der señor arsobispo, que cómo está la madre Corasón.

TRINIDAD. Dígale usté que ya está buena; que ayé la dió er médico de arta. Pa cuatro días, porque con la edá que tiene, y sin comé, usté carcule.

CALERO. ¿Come poco la madre?

TRINIDAD. Toas eyas comen poco. Y no es por gusto ni por penitensia; es que son treinta y tres... y no me dan más que un duro diario pa la compra.

MARÍA DOLORES. Están las pobres tronaítas.

TRINIDAD. ¿Qué quié usté que yo haga con un duro?

CALERO. *Suspirando.*

«La Providensia y la fe
tienen esta casa en pie.»

Vaya, buenos días.

TRINIDAD. ¿Se va usté ya?

CALERO. Sí, señora.

«Esta casa es de orasión
y no de conversasión.»

Buenos días.

MARÍA DOLORES. Usté lo pase bien.

TRINIDAD. ¿Adónde va usté ahora?

CALERO. ¡Miste tos los pliegos que yevo!... A San Clemente, a Santa Clara, a Santa Ana, a Santa Inés, a Santa Paula, a Santa Teresa, a la Encarnasión, ar Socorro, a Santa Isabé, a San Leandro...

Se va enumerando todos los conventos de Sevilla.

TRINIDAD. Toavía se queja, y se da una vida de fraile. De demandadero de monjas quisiera verlo yo. *Llégase al torno.* Deo grasias.

TORNERA. *Dentro.* A Dios sean dadas.

TRINIDAD. Un ofisio der Palasio Arsobispá, madre Jesusa. *Gira el torno.* La hermana der señor arsobispo se ha interesao por la madre Corasón.

TORNERA. Ya, ya lo he oído. ¿No ha vuerto su marido de usté?

TRINIDAD. No, madre; toavía no. A la cuenta yevaba muchos encargos.

TORNERA. Es que anda er camino siete veses, como los perros. Y un mono en un barcón lo distrae.

TRINIDAD. Eso será, cuando usté lo dise. *Se aparta del torno.* ¡Es una trianera más grasiosa!...

Por el postigo aparece Jimena, heroína de este drama e hija de la excelsa Castilla. Es rubia, de ojos negros, y está en la madurez de la vida. Su mirada revela voluntad y pasión; sus cabellos parecen llamaradas del oculto fuego de su frente. Viste con elegante sencillez, y viene de peina y velito mañanero, a la sevillana.

JIMENA. Santos y buenos días.

TRINIDAD. Buenos los tenga usté, señorita.

JIMENA. *A María Dolores.* Buenos días.

María Dolores. Buenos días.

Trinidad. ¿A su visita de costumbre?

Jimena. Sí, señora.

Trinidad. Voy a avisarle a la madre tornera. ¿Va usté a la clavería?

Jimena. No; como las otras veces: al locutorio que hay al lado de la puerta reglar.

Va Jimena hacia el fondo por el arco de la derecha, y al torno, Trinidad, que llama en él y aguarda. El Padre Domingo, capellán del convento, hombre de mediana edad, jovial y campechano, viene del fondo a esta sazón y se detiene a saludar a nuestra amiga. No trae bonete.

Padre Domingo. ¡Felises, señorita!

Jimena. Muy felices, padre.

Padre Domingo. ¿A hablá con la primita, verdá?

Jimena. Mientras yo esté en Sevilla no he de perdonar ocasión.

Padre Domingo. Bien hecho.

Jimena. ¿Le veré al marcharme?

Padre Domingo. Seguramente.

Jimena. Entonces, hasta luego.

Padre Domingo. Hasta luego. *Va a sentarse a la puerta de su casita.*

Trinidad. *En el torno.* Deo grasias.

Tornera. A Dios sean dadas.

Trinidad. Madre tornera: la señorita que viene a vé a sor Elena de San Serafín, que la espera en er locutorio de la puerta de regla.

TORNERA. Está bien. ¿Y ese castigo de hombre, no parese?

TRINIDAD. No, madre. Tenga usté en cuenta que las distansias de Seviya son muy largas.

TORNERA. Más largo es su marido de usté. ¿A que va a habé que echá un pregón pa buscarlo?

TRINIDAD. Tendría que vé, madre tornera. *Se acerca al capellán y a su hermana, prometiéndose un rato de sabrosa murmuración.* Yo le digo más de cuatro cosas por oírla. Y escúcheme usté, padre Domingo: ya he averiguao quién es la señorita esta.

PADRE DOMINGO. ¿Qué señorita?

TRINIDAD. Esta doña Jimena tan guapa que viene a hablá con sor Elena.

MARÍA DOLORES. ¿Que sabe usté quién es?

TRINIDAD. Sí, señora; por una casolidá me he enterao.

PADRE DOMINGO. A vé, a vé lo que usté sabe.

TRINIDAD. La otra tarde, en los Jardines de Muriyo, me paré un istante a saludá a don Másimo, er pintó que estuvo este verano pintando esto, y pasó eya. Venía como de Santa Cruz. Don Másimo se sorprendió de verla, y me dijo que la conosía. Una historia. Que es de una familia muy soná... —del apeyido no me acuerdo— hija de un señó muy famoso; que se enamoró de no sé quién, y a consecuensia riñó con su familia, des-

pués de no sé qué dijustos, y se fué a viví sola no sé dónde... Una historia.

PADRE DOMINGO. Sí; una historia de la que no sabe usté una palabra.

TRINIDAD. ¿Cómo que no? To me lo contó a mí don Másimo.

PADRE DOMINGO. ¡Pero si a usté se le ha orvidao...!

TRINIDAD. Pos yo buscaré a don Másimo pa vorvé a preguntarle. *Éntrase en su vivienda.*

El padre Domingo echa un cigarrillo.

PADRE DOMINGO. ¡Buena mañanita tenemos! ¡Bien prinsipia octubre!

MARÍA DOLORES. Bien prinsipia.

PADRE DOMINGO. ¿Cómo va esa escurtura?

MARÍA DOLORES. Terminándola estoy. Si no fuera por er cariño que le tiene la madre, no era pa detenerse mucho; porque... ¡vamos! que no es ningún portento.

PADRE DOMINGO. ¿De qué madre es?

MARÍA DOLORES. De sor Concordia.

PADRE DOMINGO. ¡Infeliz! Casi no ve ni oye... Con ochenta años... *Pausa.* ¿Y Pepichi?

MARÍA DOLORES. Arriba. Con el amigo de última hora; er poeta; que por sierto ha estao dando unos gritos...

PADRE DOMINGO. Leyéndole un drama, me parese.

MARÍA DOLORES. Eso debe de sé, porque cuando dejaba de gritá pedía agua...

PADRE DOMINGO. ¡Diablo de chiquiyo! ¡Qué fuerte le entra la amistá! Se enamora de los amigos como de las novias.

MARÍA DOLORES. Y to ha de verlo der coló que lo ve el amigo que tiene.

PADRE DOMINGO. Como su padre, que en gloria esté. Er Pobre Palomino era del úrtimo que le hablaba.

MARÍA DOLORES. Y ¡qué poca grasia me hase a mí ese poeta!

PADRE DOMINGO. Pos júntate conmigo. Y eso que apenas he crusao la palabra con é. Pero me he dao cuenta de que es uno de estos tipos der día que niegan hasta la luz der só. Nadie ha hecho na en er mundo... hasta que ér se reunió con unos amigos a tomá café. Por eso siento que haya agarrao ar tontaina der sobriniyo.

MARÍA DOLORES. Y ¡bien que lo ha agarrao! Sueña con é, Pepichi. En ocho días que hase que se tratan, lo ha vuerto como un guante. ¿Estará mucho tiempo en Seviya?

PADRE DOMINGO. ¿El amigote? ¡Qué sé yo! Paese que va a dá una conferensia en el Ateneo...

MARÍA DOLORES. Yo no sé por qué —cuidao que esta es una malisia de esas que una tiene sin motivo ninguno— me he figurao que entre ese hombre y esta señorita madrileña hay arguna cosa, arguna relasión... no sé qué. Y después der cuento que nos ha contao Trinidá, he vuerto a pensá en eyo.

PADRE DOMINGO. Pero ¿en qué te fundas...?

MARÍA DOLORES. ¿No te digo que en na? Cosas que se nos meten a las mujeres en la cabesa.

PADRE DOMINGO. Sí, sí. Cuestión de orfato femenino.

MARÍA DOLORES. Aquí viene Pepichi con é.

Salen a poco de la casita del capellán Florencio y Pepichi, encendidos, con los ojos brillantes, caldeados los espíritus por el entusiasmo literario. La presencia de Florencio es gallarda, no exenta de atractivo. Frecuentemente peina con sus manos los largos cabellos, echados hacia atrás. Viste con cierto desaliño original y de no mal gusto. Habla con vehemente elocuencia, en términos por lo común rotundos y definitivos, como hombre que nunca le concede superioridad a quien le oye, sea quien sea.

Pepichi es un chiquilicuatro de quien ya ha dicho lo suficiente su familia. Su hablar es marcadamente ceceoso y algo tartamudo.

PADRE DOMINGO. ¡Hola, cabayero!

FLORENCIO. Dios le guarde, padre Domingo. A su señora hermana ya he tenido el gusto de saludarla.

MARÍA DOLORES. Sí, ya nos vimos antes.

PADRE DOMINGO. ¿Vienen ustés der palomá?

FLORENCIO. Venimos del cuarto de Pepichi, ¡del gran Pepichi!

PEPICHI. ¡De mi cuarto! ¡Donde vi a poné una loceta con la fecha der día de hoy!

PADRE DOMINGO. ¡Porra! ¿En memoria de qué acontesimiento?

PEPICHI. ¡Oh! ¡Tú no zabes lo que ha habido ayí!

PADRE DOMINGO. ¿Qué ha habido?

FLORENCIO. Un poco de orgía literaria. Vino del espíritu, que también embriaga, sino que de la más noble manera.

PEPICHI. ¡Qué drama, tío Domingo; qué drama, tía Dolores; qué drama me ha leído este bárbaro! Cuando uno oye cozas azí le entran ganas de rompé las cuartiyas y de meterze a zapatero.

PADRE DOMINGO. ¡Jel Pero usté, amigo mío, ¿se satisfase leyéndole sus obras a un monicaco como éste?

FLORENCIO. Algo habré visto en el monicaco, como usted le llama; por algo será, padre Domingo. Crea usted que los artistas percibimos siempre en donde hay o en donde no hay capacidad intelectual y cordial para comprendernos. *Aquila non capit muscas.*

PEPICHI. *Ilustrando a sus tíos.* El águila no caza moscas.

PADRE DOMINGO. Ya, ya.

FLORENCIO. Este monicaco aparente no es un monicaco.

PADRE DOMINGO. Basta que usté lo diga. Quisás tenga yo un genio en mi casa y no me habré

enterao hasta ahora. Me alegraría, porque lo quiero mucho. ¿De manera, Pepichi, que tanto te ha gustao ese drama?

PEPICHI. ¡Oh! ¡Zi todavía tengo escalofríos! ¡Qué originalidá! ¡Qué penzamientos máz audaces!

FLORENCIO. Eso sí transpira la obra por todos sus poros: audacia. Y la audacia es aliento. En arte hay que volar a las cumbres o que resignarse a no batir las alas. El vuelo al tejado es ridículo. Las aves de corral, a la olla.

PEPICHI. Ya, ya me lo dijo usté el otro día: o Zéspir o nada.

FLORENCIO. Ni aun eso; o más que Shakespeare, o menos que nada. O soy capaz de tallar la figura en la misma montaña granítica, o me corto las manos y las entierro con mis propios muñones.

PEPICHI. ¿Qué te parece?

PADRE DOMINGO. Hijo, yo no entiendo... Ambisiosiyo... ambisiosiyo...

FLORENCIO. El arte es la aristocracia de las aristocracias, padre.

PADRE DOMINGO. No entiendo... ¡Un pobre capeyán de monjas!... Y ¿cómo se titula ese drama, mi amigo?

FLORENCIO. «Patria».

PADRE DOMINGO. ¡Ah! ¡Gran idea! Pero siéntese usté...

PEPICHI. No puede.

PADRE DOMINGO. ¿No puede?

FLORENCIO. No, no puedo; todavía no puedo posar. Este ya me conoce. Aún tiemblo, aún vibro... Como que vengo de remover, con la lectura de mi drama a este mozo, toda mi sustancia.

PADRE DOMINGO. Bueno, pos siéntese usté cuando pueda.

FLORENCIO. Gracias, padre.

PADRE DOMINGO. ¿Conque «Patria», eh? Me agrada el asunto. ¿Canta usté a la patria?

FLORENCIO. No, señor: la niego.

PADRE DOMINGO. ¿La niega usté?

PEPICHI. ¡Ahí le duele!

FLORENCIO. Sí, señor: la niego. Tengo el valor de cristalizar en una obra un sentimiento que es de muchos, y que cobardemente disimulan todos.

PEPICHI. ¡Ahí, ahí le duele! Mi tío esperaba las décimas de Bernardo López García:

Oigo, patria, tu aflicción
y escucho er triste concierto...

Ecétera, ecétera...

María Dolores no quiere oír más y se entra en su casita.

PADRE DOMINGO. Repito que yo...

FLORENCIO. La patria, señor capellán, es un mito, una idea: no es en modo alguno una realidad. El padre Feijóo la encontraba en los libros

y la echaba de menos en los hombres. Como espíritu de vuelo corto, no supo ver lo que esto significaba.

PEPICHI. Laz aves de corral, a la oya.

FLORENCIO. La patria de los humanos es la tierra. La otra patria, la que nos empeñamos en denominar ya España, ya Francia, ya Alemania, no existe; no ha existido jamás. La patria es un concepto que va con nosotros; es una deidad inseparable de nuestro corazón, ajena a las divisiones territoriales. La patria del hombre es el lugar donde se enamora, donde piensa, donde sueña, donde estudia... ¿Por qué hemos de considerar español a Luis Vives, que estudió y trabajó en Oxford, en Brujas, en Lovaina? ¿Por qué hemos de llamar español a Cervantes, que aprendió a reír en Italia y a llorar en Argel?

PADRE DOMINGO. Digo yo que será porque escribió er *Quijote*... y porque nasió en Arcalá de Henares.

FLORENCIO. ¡Bah! El nacimiento es casi siempre fortuito.

PADRE DOMINGO. Sí; pero lo nativo paese que imprime un seyo...

FLORENCIO. Según y conforme. Yo puedo ser más compatriota de un prójimo que haya nacido a millones de leguas de mí, que de otro que se haya mecido en la misma cuna. No le dé usted vueltas.

PEPICHI. ¿Eh, qué tal? ¿Es valiente?

PADRE DOMINGO. Es valiente. Como que ya no me atrevo a preguntarle de qué tierra es.

FLORENCIO. De la única que conocen los ojos humanos, padre Domingo. ¿Qué importa el cacho de lugar? Así expresa mi héroe, que tiene mucho de subjetivo, de autorretrato, el fondo de mi pensamiento: «Yo no nací el día en que nací, ni en el país en que nací: yo no nací el día en que rasgué las entrañas maternales: yo nací el día en que fuí consciente de mi espíritu. Aquel día vi la luz. En donde me sorprendió aquel día, de allí soy.»

PADRE DOMINGO. Según eso, el héroe de usté cree que no les debe na ni a sus abuelos ni a sus padres.

FLORENCIO. El dolor de vivir.

PEPICHI. ¡Cuántas veces he penzao yo ezo mismo, zin podé concretarlo en palabras!

FLORENCIO. Crees tú que lo has pensado. Las verdades eternas yacen dormidas en el alma de todos los hombres, hasta que un espíritu superior acierta a despertarlas, a revelárselas con tal diafanidad, que a cada uno le parecen suyas.

PEPICHI. Justo, justo. A mí ze me ocurrió un día un penzamiento muy bonito, y luego rezurtó que era de Zalomón. Lo vi en una hoja de armanaque. Y lo der nacimiento ez una verdá como una caza; yo no nací tampoco er día que consta en la parroquia: yo nací un día...

PADRE DOMINGO. Tú nasiste de noche, en el

armasén de maderas que tenía tu padre en er Baratiyo. Deja que siga este señó. Diga usté, cabayero: y ¿dónde va a representarse ese drama?

FLORENCIO. ¡Ay, padre! No me hable usted de la representación, por Dios santo; no me recuerde usted esas espinas.

PEPICHI. No hay cómico en España capaz de entendé zu Demetrio.

PADRE DOMINGO. ¿Tú qué sabes?

PEPICHI. Me lo ha dicho él.

FLORENCIO. Y es cierto; no lo hay. Nuestros cómicos son una pared que se interpone entre la creación del poeta y el público.

PADRE DOMINGO. ¿Todos?

FLORENCIO. ¡Todos! Sin excepción ninguna.

PADRE DOMINGO. ¡Je! Y hablando de otra cosa, que me importa bastante: ¿usté cree que este niño escribirá argún día argo de provecho?

FLORENCIO. Desgraciadamente para él.

PADRE DOMINGO. ¡Porra!

FLORENCIO. Desgraciadamente. Nacer escritor en España es gran desventura. El hambre, el menosprecio, la cárcel, la persecución, cuando no el cepo al pensamiento... eso es todo lo que aquí aguarda a los escritores. Siquiera en los siglos pretéritos se les condenaba a la hoguera y morían con esa aureola. Hoy, ni aun eso tienen: los escritores políticos, de independencia y de valor, pagan sus arranques y su civismo en una triste celda, al lado de cualquier miserable; los demás no

merecemos sino un frío desdén: el fuego de antaño se ha vuelto ceniza.

PEPICHI. ¡Cómo habla este hombre!

PADRE DOMINGO. A vé si se te pega a ti argo.

PEPICHI. Ze me pegará, ze me pegará.

PADRE DOMINGO. Yo le he dicho a Pepichi que tenga esto de la literatura como adorno; que escriba versos... pero que se dedique a otra cosa pa ganarse la vida. ¡Hay que poné er puchero a diario!

FLORENCIO. ¡Qué amargura me dan esas palabras de usted, tan ingenuas... tan simples... tan cruelmente sensatas!... ¡Vivir en un país en que hay que aconsejar que con el hacha para la leña de la cocina se corten las alas de un poeta!

PADRE DOMINGO. ¿Usté también escribe versos?

FLORENCIO. No, padre. Y muy a mi pesar. Yo sería un gran lírico primero que nada. Concibo la poesía, la forjo vagamente en mi alma, veo la imagen como se ve el color... pero ahí queda. Me falta el medio de expresión, el idioma. Yo no profano mis palpitaciones inefables pretendiendo encerrarlas en un molde tosco, duro, seco, mohoso... Me asombra que se puedan escribir versos en castellano... Versos, ¿eh? misteriosas exudaciones del espíritu; no renglones cortos.

PEPICHI. ¡Bravo, maestro! ¿Verdá, tío? Ya decía yo: ¿por qué me costarán a mí los verzos tanto trabajo? ¡Y ez el idioma!

PADRE DOMINGO. Hombre, pos yo conozco

versos españoles... y, la verdá, a mí argunos me paresen bonitos. Y me suenan a gloria.

FLORENCIO. No serán amorosos. El poeta amoroso no existe en nuestra lírica. Y ese es el verdadero poeta. Ni existe, ni puede existir, por causa del lenguaje. Al castellano le falta en absoluto delicadeza para la caricia; voz para lo íntimo, para lo vago; flexibilidad, ductilidad... eso que los franceses llaman *souplesse*.

PEPICHI. Espronceda plagió a Byron y Bécquer a Heine.

PADRE DOMINGO. ¿Te lo ha dicho también don Florensio?

PEPICHI. ¡Lo zé yo desde que iba a la escuela!

FLORENCIO. En España sólo ha habido un poeta amoroso, uno solamente, que realizó el prodigio de convertir en blanda cera el hierro de nuestras palabras.

PADRE DOMINGO. ¿Cuál?

FLORENCIO. Un pobre amigo mío: Dalmacio Coria.

PADRE DOMINGO. No sé...

FLORENCIO. No; ni nadie. Murió como mueren los genios en España: ignorado de todo el mundo.

PADRE DOMINGO. ¡Qué pena! ¿Publicó arguna cosa?

FLORENCIO. Nada absolutamente. ¡Bonito era él! Despreciaba al público.

PADRE DOMINGO. ¡Entonses!...

FLORENCIO. Pero si es que aún hay otra razón suprema que impide aquí la formación y desenvolvimiento de los poetas cordiales.

PEPICHI. Oye, tío, oye lo que va a decí ahora.

FLORENCIO. Para cantar de amor, lo primero que se necesita es el objeto amado, la mujer. Y ¿dónde están las mujeres españolas? ¿Quiere usted decírmelo?

En este momento Pureza, la hija de Trinidad, que bien vale un viaje a la ciudad de la Giralda, cruza de la portería hacia el fondo, por donde se aleja. Se diría que la casualidad quiere ponerle un comentario mudo a las palabras de Florencio.

PADRE DOMINGO. ¡Me deja usté con la boca abierta!

FLORENCIO. Entiéndame usted, que es discreto, si bien un tanto socarrón. Los españoles tenemos la hembra o la esclava; pero la amante, ¿dónde está?

PADRE DOMINGO. Yo, por mí... de eso sí que estoy rapao a navaja.

FLORENCIO. Nuestra mujer es demasiado lógica en el amor; no arde más que a la llamarada de los celos; es instintiva, fisiológica, vulgar; nuestro diálogo con ella es siempre un monólogo... Carece esencialmente... Voy a decirlo en una frase mía que ha tenido fortuna: carece esencialmente de capacidad íntima para el espasmo espi-

ritual... En este sentido niego que haya mujeres en España.

PADRE DOMINGO. Acaso.

FLORENCIO. Yo, como llevo en el alma una llaga incurable, y he sentido sobre mi sien el frío del cañón de una *browning*, por causa todo de una mujer bella que no sabía amar...

PADRE DOMINGO. ¡Qué locura, señor don Florensio! No hay hermosura que merezca...

PEPICHI. Ésta, zí. Ésta justifica cuarquier disparate.

PADRE DOMINGO. *Atando cabos*. Pero ¿tú la conoses?

PEPICHI. La conozco. Este hombre todavía la busca y la zigue.

FLORENCIO. ¡Ay! ¿Cómo no, si a pesar mío ella tiene el timón de mi nave? Es muy hermosa. ¡Cuánto hablan sus cabellos rubios de un mentido fuego!... Pero, en fin, estas son páginas íntimas de mi vida... A veces suben en palabras a los labios como al rostro el rubor: sin poder impedirlo.

PADRE DOMINGO. Pos yo, ya le digo: de materia amorosa no entiendo: no sé lo que podrán dá de sí las mujeres de España. Pero en otros asuntos le aseguro a usté que hay argunas que ven cresé la yerba. *Alude a la adivinación de María Dolores.*

FLORENCIO. Es posible. No quiero aburrirle a usted más con mi charla un poco extravagante.

PADRE DOMINGO. No, no me aburre; lo escucho con gran curiosidá...

FLORENCIO. De todos modos. Además, me pongo a verborrear y se me olvida que me aguardan.

PADRE DOMINGO. Eso es otra cosa.

FLORENCIO. Adiós, padre.

PADRE DOMINGO. Adiós, cabayero.

FLORENCIO. Beso la mano que levanta la Hostia. *El padre lo mira perplejo y no sabe qué contestarle.* Hasta luego, Pepichi.

PEPICHI. ¿Vendrá usté por mí?

FLORENCIO. Dentro de media hora a lo sumo. Voy sólo al Ateneo a fijar la de mi conferencia de mañana.

PADRE DOMINGO. ¿Da usté por fin mañana su conferensia?

FLORENCIO. Sí, señor.

PADRE DOMINGO. ¿Sobre qué tema, si no es indiscreto...?

FLORENCIO. Sobre un tema inquietante y muy sugestivo: «La alegría de una tierra donde se muere más gente que en ninguna parte.» Nada: cuatro paradojas, cuatro bengalas del ingenio... Nada. Acaso venga el año que viene y diga todo lo contrario. Hay que mover las aguas, desconcertar, excitar la actividad del pensamiento ajeno... impedir el embalsamamiento de las ideas. La cuestión es pasar el rato. Hasta ahora, muchachín. A sus órdenes, padre.

PADRE DOMINGO. Vaya usté con Dios.

Pepichi, deslumbrado, acompaña a Florencio a la puerta y lo contempla desde ella cuando se va. Luego, acercándose a su tío, le pregunta:

PEPICHI. ¿Qué te ha parecido el individuo?

PADRE DOMINGO. ¿El individuo? Que, como se suele desí, si lo dejan hablá no lo ahorcan.

PEPICHI. ¡Tiene mucho talento!

PADRE DOMINGO. A creerlo a él...

PEPICHI. ¡Ah! ¿no tiene talento?

PADRE DOMINGO. ¡Mucho! To er que les quita a los demás.

PEPICHI. ¿Ezo es to lo que ze te ocurre después de oí a eze hombre?

PADRE DOMINGO. Se me ocurren infinidá de cosas; pero no me da la gana de discutí contigo. Me ha levantao doló de cabesa.

PEPICHI. Bueno está. ¡Que te alivies!

PADRE DOMINGO. Grasias; iguarmente. *Se va al interior de su casa.*

PEPICHI. *Con desdén y lástima de su tío.* ¿Y que un gañán azí zea hermano de mi madre? ¡Vamos! ¡Antinomias!

Vuelve del interior María Dolores, riéndose.

MARÍA DOLORES. ¡Ja, ja, ja!

PEPICHI. ¿De qué te ríes, tía Dolores?

MARÍA DOLORES. De lo que tu tío va disiendo.

PEPICHI. ¿De mí?

MARÍA DOLORES. No; de ti, no: de tu amigo. *Reanuda su trabajo.*

PEPICHI. *Tragando la saliva.* Tío Domingo er pobre no ve mas aya de sus narices. Y es chato, encima.

MARÍA DOLORES. Ni yo tampoco veo. Me fuí de aquí por no meterme en discusión con er sabio ese.

PEPICHI. ¿Ah, zí?

MARÍA DOLORES. Pero lo he estao escuchando. ¿Qué me miras con tanto asombro? ¿Me farta a mí quisás también eso que ér dise que no tienen las mujeres de España? ¡Pos dose años estuve yo casá con un artista—con un artista, no con un charlatán: ahí están sus obras—y fué a mi lao er más dichoso de los hombres! Cuéntaselo a tu amigo esta tarde.

PEPICHI. *Tapándose los oídos.* ¡Bah, bah, bah! ¡Qué familia! ¡Vivo en er vacío!... ¡Zi me entienden más los palomos!... *Se entra desesperado en la casa.*

MARÍA DOLORES. ¡Ja, ja, ja! ¿Será *pampli* er chiquiyo?

Asoma Valeriano por el postigo, como quien viene buscando a alguien a quien no ve allí.

Luego disimula, fingiendo que observa y admira lo pintoresco del recinto. Es un muchachillo simpático, de oficio ceramista.

VALERIANO. *Después de unos momentos, y a una mirada de María Dolores.* Buenos días.

MARÍA DOLORES. Buenos días.

VALERIANO. Usté dispense. ¿Se puede pasá?

MARÍA DOLORES. Pase usté donde quiera. ¿A quién busca usté?

VALERIANO. No, no busco a nadie. Me yamó la atensión la puerta der compás, y he entrao a verlo. ¡Es muy bonito, muy bonito! ¡Qué bonito es!

MARÍA DOLORES. Pero ¿usté no lo había visto nunca?

VALERIANO. ¡Qué sé yo! Como en Seviya hay tantos rincones, siempre le sorprenden a uno. *Avanza hacia el fonao.* Esa parte también es presiosa. ¡Presiosa de veras! ¡Qué presiosa es! *Vuelve Pureza oportunamente del fondo hacia su casa. Sonríe al ver a Valeriano y él al verla a ella.* Pero ¡qué presiosa!

PUREZA. ¿Eh?

VALERIANO. Buenos días.

PUREZA. Buenos días. *A María Dolores, turbada.* ¿Se fué ya ese hombre?

MARÍA DOLORES. Ya se fué.

PUREZA. ¿Por quién procura este señó?

MARÍA DOLORES. Por nadie. *Maliciosamente.* Ha entrao a vé er compás.

PUREZA. Er compás tiene poco que vé.

VALERIANO. Ahora tiene mucho. *Silencio.* ¿Su madre de usté es acaso la sacristana?

PUREZA. No, señó; la portera.

VALERIANO. ¿La portera?

PUREZA. Y la demandadera también.

VALERIANO. ¿Y su padre de usté es er sacristán?

PUREZA. No, señó; ¡qué afán de sacristía!

VALERIANO. Su porqué tienen las cosas: mirándola a usté se va er pensamiento a los artares.

PUREZA. Pos si quiere usté vé a Petrolero, vive ahí a la vuerta.

VALERIANO. ¿A Petrolero?

PUREZA. Er sacristán.

VALERIANO. ¿Er sacristán se yama Petrolero?

PUREZA. Petrolero se yama.

VALERIANO. ¡Las cosas de Seviya!

PUREZA. Hombre, no; las cosas de su padre, que se yamaba Petrolero.

VALERIANO. No parese apeyido.

PUREZA. Pos lo es.

Nuevo silencio. Valeriano discurre otro tema de conversación.

VALERIANO. Er capeyán der convento sí vivirá aquí en er compás.

PUREZA. Eso pregúnteselo usté a su hermana.

VALERIANO. ¡Ah! ¿es esta señora su hermana? *A María Dolores.* ¿Es usté la hermana der capeyán?

MARÍA DOLORES. Sí, señó.

VALERIANO. Por muchos años. Y ¿vive usté con é?

MARÍA DOLORES. Desde que me quedé viuda. Con é y con un sobriniyo huérfano. Mi hermano

ampara siempre a tos los náufragos de la familia.

VALERIANO. Y ¿es usté artista, por lo que estoy viendo?

MARÍA DOLORES. Artista era mi esposo. Hiso argunas imágenes, y restauró muchas.

VALERIANO. ¿Cómo se yamaba su esposo?

MARÍA DOLORES. Rogelio Caro.

VALERIANO. ¡Ah, don Rogelio!

MARÍA DOLORES. ¿Usté lo conosía?

VALERIANO. Sí, señora. ¡Ya lo creo que lo conosía! Un gran artífise; un gran restauradó. Ér fué quien restauró er San Juan de la Cruz que hay en las Teresas.

MARÍA DOLORES. Cabalito. Y yo le ayudaba en muchas cosas, y ar morí me dejó la afisión... y los bártulos. Mi hermano, por broma, me dise la Rordana. Y aquí me tiene usté componiendo un Niño Jesús.

VALERIANO. ¿Argún encargo?

MARÍA DOLORES. De las madres. Cada una de eyas tiene un artarsito y en el artarsito un Niño Jesús. Y es su recreo.

VALERIANO. ¿Er Niño Jesús?

MARÍA DOLORES. Sí, señó. Cada una cuida ar suyo; lo viste, lo adorna... Su recreo.

VALERIANO. ¡Las pobres!... *Mira luego a Pureza, que lo estaba mirando a él, y que entonces vuelve la cara.* ¿Y usté, mosita, cuida también argún Niño Dios?

PUREZA. *Ruborosa.* ¿Le importa a usté mucho?

VALERIANO. Cuando me determino a preguntarlo...

PUREZA. Pos no, señó; no cuido ninguno.

VALERIANO. Se han cambiao las tornas: es er Niño Dios quien la cuida a usté.

PUREZA. *A María Dolores.* Pero ¿usté oye esto?

MARÍA DOLORES. Una finesa.

Pausa. Valeriano no se quiere ir... ni Pureza quiere que se vaya. María Dolores mira a la pareja con simpatía.

VALERIANO. ¡Er compás es lo que se dise un encanto!... Y ¿cuántas son las madres?

MARÍA DOLORES. Treinta y tres.

VALERIANO. Ar convento le yama la gente er de las Reliquias, ¿no es verdá?

PUREZA. ¿Quiere usté que se lo apuntemos en un papelito?

VALERIANO. ¿Por qué dise usté eso?

PUREZA. Porque como la otra tarde preguntó usté lo mismo, y ya se le ha orvidao...

VALERIANO. ¿La otra tarde?

PUREZA. Sí, señó. Estuvo usté con un forastero viendo er compás, y la iglesia, y la sacristía, y toas las escurturas y tos los cuadros.

VALERIANO. *Un poco halagado al oirla.* ¿Se acuerda usté? ¡Qué buena memoria!

PUREZA. No tiene na de particulá. Como aquí apenas yega nadie, un perro que entre no se orvida.

VALERIANO. ¡Ah! claro. Un perro que entre...

María Dolores. ¿Le gustó a usté er Cristo de Montañés?

Valeriano. ¿No había de gustarme, señora? ¡Me pasmó! Como to lo que hisieron las manos de aquel hombre.

María Dolores. Mi marido lo veneraba.

Valeriano. Iguá me pasa a mí. Yo siempre que me pongo ante un Cristo de Montañés le reso a la vez a Montañés y ar Cristo. Sin profanasión. Yevé a ese forastero del otro día ahí ar monasterio de San Isidoro der Campo, y dijo tales cosas viendo er retablo del artá mayó y er sepurcro de Guzmán er Bueno, que creí que se había vuerto loco. Y le arvierto a usté que es un chileno muy inteligente, que le ha dao tres o cuatro vuertas ar mundo y está cansao de vé maravivas. Pos yoreba de entusiasmo; na más.

María Dolores. Ya ve usté. Y yo soy seviyana, esposa de mi esposo... y no he visto aqueyo.

Valeriano. Porque siempre se estima poco lo que se tiene ar lao.

Pureza. Er que lo estime poco.

Valeriano. Es lo que suele susedé.

María Dolores. ¿Usté es artista?

Valeriano. Por artista me tengo.

María Dolores. ¿Escurtó?

Valeriano. Escurtó... lo que yamamos escurtó... la verdá, no me atrevo a ponérmelo en las tarjetas. Me paese demasiao. Soy seramista.

MARÍA DOLORES. ¡Ah!

VALERIANO. Hago cacharritos, figuriyas, jarrones... Afisión sí le tengo. Ahora mismo he hecho, por encargo der marqués de la Rosa, un sentro de mesa con una alegoría de las estasiones, que me ha resurtao grasiosiyo. Paese que tengo idea.

PUREZA. Aquí está mi madre.

Sale a su puerta Trinidad.

VALERIANO. ¿Su madre?... Bueno, pos no molesto más, que bastante monserga he dao.

TRINIDAD. Buenos días.

VALERIANO. Buenos días. *A Pureza.* ¿De manera que dise usté que er sacristán vive aquí a la vuerta?

TRINIDAD. ¿Er sacristán? ¿Pregunta usté por Petrolero?

VALERIANO. Sí, señora.

TRINIDAD. Pos, sí, seño; aquí a la vuerta vive. Conforme sale usté, a mano derecha, la puerta der rincón. No tiene pierdes: verá usté corgás en la paré quinse o veinte jaulas de cañas.

VALERIANO. ¿Hase jaulas er sacristán?

TRINIDAD. Hase jaulas... y rinconeras de marquetería. Se las busca el hombre. ¡Está to tan malo!... Miste nosotros: mi marido es sereno, murguista, demandadero aquí... y pide la yave en los toros.

VALERIANO. *Riéndose.* ¡Sí que son ocupasiones distintas! Con Dios, y muchas grasias.

TRINIDAD. Vaya usté con Dios.

PUREZA. Con Dios.

VALERIANO. ¿Cómo ha dicho usté?

PUREZA. Que con Dios.

VALERIANO. ¡Ah! con Dios. Entendí otra cosa. Con Dios.

MARÍA DOLORES. Que usté siga bueno.

TRINIDAD. *Reparando en María Dolores y en Pureza, que se sonríen como entendiéndose.* ¿Qué? ¿Qué?

PUREZA. ¿Qué quiere desí qué?

TRINIDAD. Que yo no tengo un pelo de tonta... y que ustedes las dos se ríen de mí. Y tú te has puesto ahora mismo como una seresa.

PUREZA. ¿Yo?

TRINIDAD. ¡Tú! ¡Vamos a vé si lo der sacristán ha sío un achaque! *Se marcha a la calle decidida.*

PUREZA. Se ha malisiao mi madre otra cosa.

MARÍA DOLORES. No; se ha malisiao la verdá.

PUREZA. ¿Usté se cree que ese muchacho...?

MARÍA DOLORES. Yo me creo lo mismo que tú. Y er chiquiyo ha estao muy ocurrente.

PUREZA. ¿Verdá que sí?

María Dolores da por concluída su tarea y recoge los utensilios. Del fondo viene en esto Federico Anderson. Trae una gran cartera. Es joven, fino, aristocrático, de semblante luminoso y risueño. Aunque extranjero, habla el castellano mejor que muchos españoles.

MARÍA DOLORES. ¿Qué es eso? ¿Se acabó por hoy?

FEDERICO. Esta mañana, sí.

MARÍA DOLORES. Yo también. ¿Quiere usté vé a mi hermano?

FEDERICO. Si no le causo una molestia...

MARÍA DOLORES. Ar contrario: un gusto. Vi a avisarle.

FEDERICO. Gracias.

MARÍA DOLORES. No hay de qué. *Éntrase en la casita con el Niño Jesús y aun algunos de sus trebejos.*

PUREZA. ¿Qué me mira usté a mi tan fijamente?

FEDERICO. Que estoy desolado porque todavía no soy lo bastante andaluz. La veo a usted y no se me ocurre en seguida un piropo bonito. Es para tirarse desde el campanario de la Giralda.

PUREZA. ¡Qué guasón! ¿A usté le agradaría sé de aquí?

FEDERICO. Me agradaría... porque estoy seguro de que usted, tan orgullosa de su nacimiento y de su tierra, no ha de querer nunca más que a un sevillano; y yo gozaría mucho pelando la pava con usted.

PUREZA. ¡Cuándo digo!... Es usté el inglés más burlón que me he echao a la cara.

FEDERICO. No soy inglés, Pureza.

PUREZA. O fransés.

FEDERICO. Tampoco soy francés.

PUREZA. Pos ¿no es usté estranjero?

FEDERICO. ¡Ah! ¿Y los extranjeros para usted han de ser franceses o ingleses? Bueno, bueno. He ahí una cosa nueva para mí.

PUREZA. Déjese usté de bromas. ¿No ha reparao usté, que tanto se fija, ar vení pa acá, en una señorita rubia que está en un locutorio?

FEDERICO. ¿No había de reparar, Pureza? Es imposible pasar cerca de ella y no mirarla.

PUREZA. Y con lo enamorao que es usté...

FEDERICO. Aunque no lo fuese. Es una belleza que alumbra sus alrededores y llama necesariamente la atención. ¿Quién es ella? ¿Usted sabe...?

PUREZA. Acá lo que sabemos es que es forastera...

FEDERICO. ¡Ah!

PUREZA. Que está en Seviya hará cosa de un mes, y que viene ar convento a hablá con sor Elena de San Serafín, que es prima suya... y la monja más bonita que hay.

FEDERICO. Y ¿ha venido ya varias veces?

PUREZA. Tres con ésta.

FEDERICO. *Graciosamente preocupado.* ¿Querrá profesar esa criatura? ¡Sería horrible!

PUREZA. Eso debía usté de preguntárselo a eya.

FEDERICO. Le advierto a usted, Pureza, que la he seguido la otra tarde.

PUREZA. ¿Qué me cuenta usté, don Federico? ¿A que me está usté dando palique a mí pa esperá a que sarga?

FEDERICO. Estoy esperando al capellán; no sea usted maliciosa.

PUREZA. Y ¿dise usté que la siguió?

FEDERICO. Sí; pero no se sorprenda demasiado: yo sigo todos los días a una sevillana.

PUREZA. Esta no lo es.

FEDERICO. Pero está en Sevilla, y lo parece. La seguí tres o cuatro calles. Debe de ser viuda, o casada, con el marido lejos.

PUREZA. No, señó, que es sortera: eso sí lo sé yo.

FEDERICO. ¿Soltera? Extraña soledad la suya, entonces. Pero me alegro. Aquella tarde entró en una casa que tenía una cancela de encajes de hierro. Miré a los balcones instintivamente, y los vi cuajados de flores. No sé si es que brotaron cuando ella entró en la casa o si estaban allí desde antes... Me he quedado con esta duda.

PUREZA. Yo, en cambio, tengo ahora la seguridá de lo que le dije a usté hase un momentito.

FEDERICO. No sé a qué se refiere.

PUREZA. A que está usté aquí na más que hasiendo tiempo pa que sarga.

FEDERICO. Es posible; y quizás yo mismo no me doy cuenta de ello. Malo es que usted lo haya observado, porque usted siempre tiene razón.

PUREZA. ¿De veras?

FEDERICO. Siempre. Posee usted el instinto de la verdad. Usted cree modestamente que no entiende de nada, y sabe, sin embargo, de todo.

PUREZA. ¿Yo? ¡Vamos!

Sale el padre Domingo. La muchacha, discretamente, se retira a la puerta de su casita.

PADRE DOMINGO. Aquí me tiene usté.

FEDERICO. ¡Oh, padre Domingo! Siempre tan complaciente. Quizás vuelva un ratillo a la tarde. Le entrego a usted el sagrado depósito. *Le da la cartera.*

PADRE DOMINGO. Se lo dejaré a María Dolores, por si cuando luego venga usté no estoy yo.

FEDERICO. Perfectamente.

Jimena aparece por donde se fué, en dirección a la puerta de la calle. Al ver al padre se detiene para despedirse.

JIMENA. Adiós, padre Domingo.

PADRE DOMIMGO. Vaya usté con Dios, señorita. ¿Cómo está sor Elena?

JIMENA. Bien. ¡Y siempre riendo! ¡Me maravillo cada día más! Lo que es sentir o no sentir esa vocación, esa llama...

PADRE DOMINGO. Evidente. ¿Muchos días aún por Seviya?

JINENA. ¡Sí! Lo menos otro mes.

PADRE DOMINGO. ¡Ah! Entonses nos veremos bastante. *Advirtiendo la curiosidad con que se miran Anderson y Jimena.* ¿Me permite usté que le presente á este cabayero?

JIMENA. ¿Por qué no?

PADRE DOMINGO. Creo que se alegrarán ustedes de conoserse.

FEDERICO. Sin duda.

PADRE DOMINGO. *Presentándolos.* La señorita doña Jimena Vélez de León, hija der famoso don Emiliano.

FEDERICO. ¡Oh! ¡Tengo un honor muy grande!...

PADRE DOMINGO. Don Federico Anderson, escritor estranjero, exselente amigo de los españoles.

JIMENA. Celebro mucho...

PADRE DOMINGO. Se pasa las mañanas y las tardes en er convento.

JIMENA. ¿Cómo?

FEDERICO. No es que me haya prendado de ninguna monja, aunque bien podría... Pero en ese caso el señor capellán no habría sido tan condescendiente conmigo.

PADRE DOMINGO. Probablemente, no.

Entre Pureza y Anderson se cruza una mirada significativa. A la mocita le causa risa y se quita de en medio.

FEDERICO. Estoy copiando unos documentos que me interesan y que las madres tienen en el archivo de la casa. El señor capellán me ha dispuesto una habitación donde trabajo aisladamente en una soledad de celda.

PADRE DOMINGO. ¡Y tanto! Como que está pasao el úrtimo rincón der compás, contigua a la iglesia, donde estuvo la primitiva casa de la fundadora. El emparedamiento, como entonses se le

yamaba. Voy a dejá estos papeles y sargo en seguida.

JIMENA. Vaya usted.

PADRE DOMINGO. Siéntense, si gustan. *Entra en su casa.*

Jimena y Federico se miran con mutua complacencia.

FEDERICO. ¡Qué cosas dispone la suerte! ¿Quién me diría, cuando vine a trabajar al convento, que había de conocer aquí a una hija de Vélez de León, a la que ya había visto por esas encrucijadas sevillanas?...

JIMENA. *Sonriendo.* Sí que no es esta la primera vez que nos vemos usted y yo... ¿Fué usted amigo de mi padre?

FEDERICO. No alcancé ese honor, señorita. Sabía de él y me interesaba su persona, tan singular, tan rara; y me atraía con gran curiosidad su trabajo callado, del que llegaban a mí preciosas referencias. Me han hablado mucho de su tertulia literaria; me han contado sin fin de anécdotas, llenas de intención y de sal... ¿Qué tiempo hace ya que murió?

JIMENA. Cerca de cuatro años. Su muerte, justamente, fué la causa de que yo volviera a Madrid.

FEDERICO. ¿No vivía usted con él?

JIMENA. *Gravemente, con acento triste.* No, señor; vivía fuera de España: en París casi siempre. Llevaba ya bastante tiempo lejos de mi casa, separada de mi madre y de mis hermanos... y de él, por fuerza. *Con amargura.* ¡Novelas de la vida! Digo, novelas, no; historias.

FEDERICO. Dispense usted si con mi pregunta... si he sido inoportuno...

JIMENA. ¡No, por Dios! Al contrario. Me alegra que usted, que acabo de saber que ama a España, no ignore el nombre de mi padre, ni desconozca su labor enteramente. Yo, en la actualidad, vivo para ella; me ocupo en ordenarla con gran cuidado. La recogí en mi casa, como herencia que me correspondía antes que ninguna. Mi madre y mis hermanos... En fin, esto a usted no le importa. En mi poder están todos los papeles de mi padre; sus trabajos inéditos, su caudal de investigaciones, sus apuntes, sus cartas...

FEDERICO. Serán un tesoro.

JIMENA. Creo sinceramente que lo son. Labor enorme, inédita en su mayor parte, de un hombre que tenía más ambición que fuerzas. Repasándola me estremezco y lloro mil veces. Porque es de mi padre, y por el patriotismo que rebosa. Le aseguro a usted que su lectura ha redoblado el mío, y soy ahora mucho más española que antes, porque además lo soy con entera conciencia. ¡Cuánto de mi patria he aprendido en él! ¡Cuánto ignoramos de ella! ¡Qué calumniada ha sido España! Y

¡cómo no hay fuerza más villana que la de la calumnia!

FEDERICO. ¡Con qué pasión ha dicho usted eso!

JIMENA. Por algo será. No he hallado una sola línea en todo lo escrito de mano de mi padre, que no estimule el amor nacional; en que no vibre la ilusión de nuestra grandeza, la devoción de nuestro ayer. ¡Qué dicha ser su hija!

FEDERICO. No es menor la de oír a una española expresarse así. No abundan.

JIMENA. ¿Usted es...?

FEDERICO. De mí hablaremos luego. ¿Piensa usted editar las obras de su padre?

JIMENA. Eso quisiera; de ello trato. Mi viaje a Sevilla se relaciona con ese propósito. Vive aquí un viejo amigo suyo, poseedor de una correspondencia íntima, en la que estoy hallando rasgos de mi padre que le explicarán al público muchas cosas.

FEDERICO. Labor es esa para realizada sólo por una hija como usted.

JIMENA. Haré lo que pueda por su memoria. Reduzco a ello ya el fin de mi vida. Deseo que mis compatriotas conozcan el temple de alma de Vélez de León. Lo merece. Haré lo que pueda. Por aquello que dice uno de los Tellos de Meneses, de Lope:

El que su cása no aumenta
y la deja como estaba,
no es hombre digno de honor,
antes de perpetua infamia.

Yo no soy hombre, pero...

FEDERICO. Mejor es que no lo sea usted. ¿Es cierto que don Emiliano dejó un cabal estudio de Lope de Vega?

JIMENA. Cabal... hasta cierto punto; pero, desde luego, de lo más completo que dejó. En él volcó su alma. Decía mi padre que la de Lope era como un aura ambiciosa, que pasó por todos los lugares de España y de todos se llevó el perfume: desde las cuevas de Covadonga hasta las playas de Sanlúcar.

FEDERICO. Muy bien dicho.

JIMENA. El renegado que quiera amar a España que lea a Lope de Vega. No hay germen nacional que no esté en sus versos. A mi padre le oí yo muchas veces: «Como Lope hizo hablar a todos los hombres de la tierra, empezando en Adán, y los hizo hablar en español y con sentimientos españoles, Lope hizo española a la humanidad.»

FEDERICO. Por eso son tan grandes España y Lope. Tal poeta para tal nación.

Vuelve el padre Domingo.

JIMENA. He pegado la hebra con este caballero...

PADRE DOMINGO. ¿No le dije yo a usté...?

FEDERICO. Por mi parte, lo que le debía de antemano al señor capellán del convento de las Reliquias es grano de anís para lo que le debo desde hoy.

JIMENA. ¡Qué galante!

FEDERICO. En ocasiones es fuerza que lo sea la sinceridad.

Trinidad vuelve de la calle y entra en la portería, hablando entre sí.

TRINIDAD. ¡Miedo tenía su padre de que la niña parara en monja!... ¡Se va a tranquilisá muy prontito!

JIMENA. ¿Lleva usted mucho tiempo en España?

FEDERICO. Siete años corridos.

JIMENA. Casi no conserva usted ya acento extranjero.

FEDERICO. Y ¿qué falta me hace? Por lo mismo que quiero bien a España, he pretendido hablar el español como si lo fuese. El amor a un idioma es la prueba inequívoca del amor a un país. Los pueblos que quieran vivir con tres o cuatro idiomas no serán nunca grandes.

PADRE DOMINGO. Además, la madre de don Federico era española, señorita.

JIMENA. ¡Ah! ¿era española su madre de usted?

FEDERICO. De Cádiz. Mi padre, inglés, de Gibraltar. Yo nací en los Ángeles, en Norte América. Y aun cuento en mi ascendencia una abuela

alemana y un bisabuelo de «la bella Napoli». ¿Usted sabe lo que dice de mí un tal Pizarra de San Bernardo...?

PADRE DOMINGO. ¡Gran tipo!

FEDERICO. ¿Chamarilero y cicerone en una pieza?

JIMENA. ¿Qué dice?

FEDERICO. Que yo soy una *rebujina*. ¿Me ha salido con dejo andaluz?

PADRE DOMINGO. Como si lo hubiera dicho er propio Pisarra.

JIMENA. Y en Sevilla ¿hace mucho que está?

FEDERICO. Quince meses. Y eso que vine por quince días tan sólo. Pero no es el encanto de Sevilla, con serlo muy grande, lo que me ha detenido así; sino la fortuna que me ha guiado en mis investigaciones históricas. Trabajo en el Archivo de Indias. Preparo un libro de ardiente españolismo. Es ya deber mío el comunicárselo a usted.

JIMENA. ¿Tal vez sobre los conquistadores de América?

FEDERICO. Exactamente. Yo gustaría de escribir la historia de todos, verdadera epopeya humana. ¡Los hombres que llevaron a países salvajes o desiertos la civilización, la verdadera civilización: leyes piadosas, la escuela, el altar y la imprenta!... Que no busquen los maestros españoles héroes más grandes que mostrar a los niños que aquellos héroes, porque la humanidad no los tiene.

JIMENA. No los tiene.

FEDERICO. Afirma de modo solemne un historiador español que «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias». Y yo he de terminar mi libro afirmando a mi vez, que ni ha habido más grande nación que esta España, a quien se debe el hecho fabuloso, ni ya en lo porvenir puede tampoco haberla, porque no hay otro mundo que descubrir y que civilizar.

JIMENA. Le oigo a usted—ya ve cómo estoy—conmovida... temblando de satisfacción y de gozo... ¡Si viera con qué emoción sigo sus palabras!

PADRE DOMINGO. ¡Qué siento yo que no esté aquí Pepichi!

JIMENA. ¿Quién?

PADRE DOMINGO. Nadie.

FEDERICO. Pues decía, señorita, que ya que mis fuerzas, por pobres, no me permiten escribir la epopeya magnífica, consagraré mi libro a dos héroes oscuros hasta ahora: un soldado y un misionero. Así lo titulo. El soldado, Martín de Salazar, que nació en Sevilla y murió, como Hernán Cortés, en Castilleja de la Cuesta, fué extraño ejemplo de resistencia y de heroísmo. Al morir dejó su humilde ajuar a estas monjas, una de las cuales era hermana suya, y con él las sencillas memorias de sus hazañas, escritas a lo llano, con mo-

destia sublime... El misionero, fray Alonso Garzón, natural de Ávila, murió en Nuevo Méjico, y llevó el amor y la ternura de la religión de Jesús a tribus salvajes, que entre sus bárbaros ritos practicaban el de ofrecer a los dioses corazones humanos. Este misionero y aquel soldado son mis héroes.

JIMENA. ¡Oh! ¡Qué hermosura! Y ¡cómo contrasta ese noble empeño de usted con el de muchos de mis compatriotas! Usted habrá observado el fenómeno. Esos de que hablo parecen no responder sino a esta divisa: lo que denigra, es cierto; lo que enaltece, es falso.

FEDERICO. Así lo creen o fingen creerlo. No hay que vivir en España el tiempo que hace que yo vivo para darse cuenta de esa gran verdad.

JIMENA. Y ¿habrá nada más triste? No hay amor, no hay verdadero amor a España... ¿Ha leído usted unos artículos que se están publicando en la revista *Atlante* de Nueva York?

FEDERICO. No.

JIMENA. Pues no los lea si no quiere morirse de asco. Contienen todos los lugares comunes, toda la trágica vulgaridad de la leyenda negra; todas las calumnias que en tres siglos de odio y de envidia a España han caído sobre nosotros. Las páginas más bochornosas de la historia de todos los pueblos del mundo le merecen disculpa al articulista; sólo las de España son execrables para él. Firma un tal Demetrio.

PADRE DOMINGO. *Asociando ideas.* ¿Demetrio?

JIMENA. Sí, señor.

FEDERICO. Es lamentable que tales patrañas aún encuentren vertedero donde caer.

Vienen de la calle Pizarra, el cicerone antes mencionado, y Mosié Busón, pajarraco extranjero. Éste se distingue por la mirada fatigada y atónita de un hombre que quisiera enterarse de todo y que difícilmente se entera de algo. Viste de chaqué, hongo duro de copa plana, botines y monóculo. No abandona una guía y un libro de notas, donde escribe alguna cosa de cuando en cuando. Habla, lo poco que habla, con gran esfuerzo.

PIZARRA. Pase usté, pase usté, cabayero. Buenos días, don Federico y la compaña.

FEDERICO. ¡Oh, insígne Pizarra! Buenos días.

PADRE DOMINGO. Ven con Dios.

JIMENA. Buenos días.

Mosié Busón saluda con el hongo. Pizarra empieza sus funciones en el compás. Jimena, Anderson y el Padre Domingo atienden a la escena y hacen comentarios y ríen con discreción entre sí. Pizarra les guiña burlescamente alguna vez.

PIZARRA. *A Mosié Busón.* Este convento que vamos a vé ahora es vurgarmente conosido por er de las Reliquias, porque parese sé que en ér deja ron sus reliquias todos los marnates y los santos

varones que lo visitaron en la antigüedá. San Isidoro dejó una mitra; San Leandro, un báculo y la reseta de las yemas que yevan su nombre; San Fernando, un pendón, y Santa Teresa, las sélebres sandalias. Y así los demás, hasta Arfonso XIII. De Isabé la Católica se cuenta que entró aquí a cabayo, y que al enterarse de que aquer día presisamente se les había muerto a las madres er borriquito que le daba vuertas a la noria, donó su cabayo pa ese servisio, y se fué andando hasta el Arcása, entre las aclamasiones de la murtitú. Er cabayo se conserva momificao en los sótanos der convento. Lo que tiene, que pa verlo es menesté una lisensia der cardená, que cuesta quinse duros. Refiere la leyenda que la fundadora de este convento, doña Társila de Guzmán, estuvo enamorada platónicamente de don Pedro er Crué; pero este dato aún no se ha comprobado en la Historia. En er siglo xvi hubo una abadesa, gran escritora, hija naturá de Fray Bartolomé de las Casas, que escribió un drama religioso en latín, que luego le puso en lengua vurgá er seviyano Lope de Rueda, de ofisio batihoja y autó der paso de *Las asitunas. Trinidad sale a la puerta de su vivienda, en espera del momento en que sus servicios sean solicitados por Fizarra.* Estos patios tan alegres que usté ve aquí, se yaman, como ya le he dicho, er compás. En eyos se encuentran los locutorios, er torno y las viviendas de los servidores de las madres. Er nombre de compás obe-

dese a que en estas casas se presisa entrá con mucho tiento. Éste fué restaurado en tiempos de Carlos III, de Carlos IV y de Carlos V, que por sierto reinó mucho antes que Carlos III y que Carlos IV. ¡Las contradisiones de este país! Cuando usté quiera vamos a visitá la iglesia, donde hay un retablo de Alonso Cano que es la armirasión de to er que lo ve.

MOSIÉ BUSÓN. Vamos a la iglesia.

PIZARRA. Trinidá, acompañe usté a la iglesia a este cabayero.

TRINIDAD. Venga usté por aquí, señó.

PIZARRA. La señora le enseñará a usté to lo más curioso.

MOSIÉ BUSÓN. Bien.

TRINIDAD. Por aquí.

Se va por el fondo, hacia la izquierda, con Mosié Busón. Pizarra se aproxima al grupo de los otros tres personajes, quienes desean oirlo a propósito del viajero.

PIZARRA. Vaya con Dios Mosié Busón, que ya va listo.

FEDERICO. ¿Cómo le ha llamado, Pizarra?

PIZARRA. Mosié Busón.

PADRE DOMINGO. Pero ¿se yama así?

PIZARRA. Su madre sabrá cómo se yama y en qué tierra lo trajo ar mundo. Yo le he puesto Mosié Busón, porque se traga to lo que le echo.

JIMENA. Ya lo hemos visto, ya.

PIZARRA. Es de lo más boyante que he trope-

sao en mi ofisio. Ayer tarde me lo encontré en er Parque de María Luisa, ar pie de una parmera, renegando en su jerga de un guarda que le había echao una murta porque cogió unas flores. Estaba negro. «¡Cosas de España!»—me desía después, en son de crítica—. Ya ve usté: echá murtas, cosas de España. ¿Estará enterao? ¡Las cosas de España son perdoná las murtas!

FEDERICO. ¿Entiende bien el español?

PIZARRA. Pa mí que se queda en ayunas de más de la mitá. Y lo que toca a hablarlo, cuando tropiesa por casualidá con una erre, suda sangre. Hase un rato, pa desirme que quería í a San Roque, se tuvo que agarrá a una ventana.

JIMENA. ¡Ja, ja, ja!

PIZARRA. Está atontao: yo no sé si de armirasión o de que no se entera. Pué que de las dos cosas. Creo que viene a escribí un libro aserca de España.

FEDERICO. ¿Sí, eh?

PIZARRA. Sí, señó. Y lo que es er capítulo de Seviya va a está sembrao. Desde ayé que yo lo cogí por mi banda... ¡Sembrao!

PADRE DOMINGO. Pero, hombre, y si te ha dicho eso der libro, ¿pa qué le cuentas tú disparates?

PIZARRA. ¡Pa no dejá sola la colersión de los que ér trae ya metíos en la cabesa! ¿Usté sabe las preguntas que desde ayé me ha hecho? No pasamos por un edifisio que no me diga: «¿Es la In-

quisisión?» La Fábrica e Tabacos, la Inquisición; er Museo, la Inquisisión; la Biblioteca Colombina, la Inquisisión... ¿Quié usté desirme dónde estuvo la Inquisisión, pa yevarlo ya y que duerma tranquilo?

FEDERICO. Yo no puedo sacarle de dudas, Pizarra.

JIMENA. Ni yo.

PADRE DOMINGO. Yo no sé más sino que a la caye de Bustos Tavera se le yamaba de la Inquisisión Vièja.

PIZARRA. Pero ¿qué más da? Lo mejó que hago es emborracharlo en la Venta Eritaña y desirle que ayí éstuvo la Inquisisión. Yo me consertaré con Manolito.

FEDERICO. Asombra el desconocimiento de España que hay en el extranjero. A mí hubo quien me aconsejó que no viajara por este país sin escopeta y sin puñales.

JIMENA. A mí me han preguntado si era verdad que en el paseo de las cuadrillas, en los toros, salía un capellán con traje de luces y bonete.

PADRE DOMINGO. ¡Avemaría Purísima!

PIZARRA. Este Mosié Busón sueña con los cuernos también. Entre la Inquisisión y los *toreadores* está sonámbulo. Pasa un cojo: «¿Er Tato?» No, hombre: ¡un cojo! ¿De dónde sale usté? Pasa un tuerto: «¿Manuel Domínguez?» No, señó: ¡un tuerto! ¡Como habrá muchos en su tierra!

¡Pero hasta en eso anda atrasao de notisias! Y esta mañana me ha preguntao qué se hasía con los cuernos después de las corrías.

PADRE DOMINGO. Y ¿qué le contestaste?

PIZARRA. No es pa dicho en este lugá.

Risas.

FEDERICO. Pues por desatinos que se inventen, se han escrito más todavía.

PIZARRA. Aquí vuerve ya el hombre. ¡Y que no levanta aire con los fardones der chaqué!

FEDERICO. Pronto ha visto la iglesia.

PIZARRA. ¡Despacha en un vuelo!

Vuelve, en efecto, Mosié Busón. Trinidad lo sigue, y a poco se mete en su casa.

TRINIDAD. Este señó me ha preguntao dos o tres cosas y yo no he sabío responderle.

PIZARRA. No se apure usté; yo se las esplicaré por er camino. *A Mosié Busón.* ¿Le ha gustao la iglesia?

MOSIÉ BUSÓN. Sí. Barroca.

PIZARRA. ¿Y er retablo, le ha gustao a usté?

MOSIÉ BUSÓN. También. Barroco.

PIZARRA. ¿Y la capiya de la Virgen?

MOSIÉ BUSÓN. Barroca. *Hojea su librito.*

PIZARRA. *A los demás.* ¡O to lo que no entiende es barroco, o no hay más que barroco en Seviya!

MOSIÉ BUSÓN. Escuche, Pizarra.

PIZARRA. Mándeme usté.

MOSIÉ BUSÓN. Quiero hoy visitar Los Molares.

PIZARRA. ¿Los Molares? Eso es un pueblo ar lao de Utrera.

MOSIÉ BUSÓN. Los Molares.

PIZARRA. Un pueblo ar lao de Utrera.

MOSIÉ BUSÓN. Los Molares.

PIZARRA. Usté lo que querrá será vé er castiyo.

MOSIÉ BUSÓN. El castillo, sí.

PIZARRA. Sí, porque er pueblo es muy alegre y muy blanquito; pero es una caye na más.

MOSIÉ BUSÓN. ¿Habrá un gran hotel?

PIZARRA. ¿Gran hoté en Los Molares? ¿A que es Mosié Busón er que se está queando con Pisarra?

MOSIÉ BUSÓN. ¿Qué dice?

PIZARRA. ¡Que grasias a Dios que haya una posá; que er pueblo es muy chico! *Mosié Busón sonríe desdeñosamente.* Se va en tren a Utrera, y en Utrera se toma un coche. Media hora de camino escasa.

MOSIÉ BUSÓN. ¿Encontraremos bandoleros?

PIZARRA. ¡No! ¡Qué disparate! No tema usté. Eso era a prinsipios der siglo pasao. ¡En tiempo de Manuer Domínguez! Ahora por los caminos no hay más que perros y la Guardia siví.

MOSIÉ BUSÓN. Bien. *Escribe en el librito.*

Pizarra, mientras tanto, dice a los otros:

PIZARRA. ¡Estoy ya hasta los pelos de sivilisasión y de que se piense que esto es África! ¡Y he pasao yo más mieo en París y en Londres a las

seis de la tarde, que a las dos de la noche en una carretera de Andalusía!

MOSIÉ BUSÓN. ¿Vamos?

PIZARRA. Vamos cuando usté guste. Buenos días.

JIMENA. Buenos días.

PADRE DOMINGO. Adiós.

FEDERICO. Adiós.

Mosié Busón vuelve a saludar con el hongo y se va a la calle con Pizarra, que dice antes de irse:

PIZARRA. Yevamos andando tres horas. ¡No toma un coche ni soñando en la siesta!

FEDERICO. ¡Caricatura deplorable! Lo ignora todo, viene lleno de prejuicios estúpidos, no sabe castellano... y va a escribir un libro acerca de España.

JIMENA. Y muchos españoles harán más caso de ese libro que del de usted. *Despidiéndose.* Señor Anderson...

FEDERICO. *Estrechándole la mano.* Jimena... Muy honrado y muy contento de esta amistad.

JIMENA. Mil gracias. Muy ufana yo por mi parte. Adiós.

FEDERICO. Adiós.

JIMENA. Que usted siga bien, padre Domingo.

PADRE DOMINGO. Vaya usted con Dios, señorita.

Al ir a marcharse Jimena, llega Florencio. El encuentro, inesperado y repentino, desconcierta a los dos. Ella se reprime, y Florencio exclama:

FLORENCIO. ¡Jimena!

JIMENA. ¿Eh?

FLORENCIO. ¡Jimena!

JIMENA. *Ya con absoluto dominio de sí.* No recuerdo...

FLORENCIO. *Rehaciéndose a su vez.* ¡Ah!... perdone. Me he confundido.

Jimena, ensombrecido el hermoso semblante, sigue su camino y se marcha, ocultando su turbación. El capellán le pregunta entonces a Florencio, con extrañeza:

PADRE DOMINGO. ¿Se ha confundido usté?

FLORENCIO. No, señor; no me he confundido. ¿No ha oído usted cómo la llamé por su nombre? Jimena. Es Jimena Vélez de León. Sé quién es, y sabe quién soy. Subo por Pepichi. *Éntrase en la vivienda del capellán.*

Éste lo mira y mira a Anderson, el cual ha presenciado el incidente con gran curiosidad y emoción. Cuando desaparece Florencio, se asoma a la puerta del compás, a punto de seguir otra vez a la misteriosa heroína.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Último espacio del compás, contiguo a la iglesia. En primer término, a la derecha del actor, un pasadizo que comunica con la parte del compás que ya conocemos. En segundo término, la puertecita de un locutorio. Al foro, la puerta reglar del convento, cobijada por amplio y rico guardapolvo, que sostienen firmes ménsulas de hierro forjado. A la izquierda, en el primer término, limitando el lugar, una puerta baja de arco, con celosía, que conduce a la iglesia y al cuartito en que Anderson trabaja. En segundo término, la puertecita de una vivienda humilde. En ángulo recto con ella, de frente al público, otro locutorio, en cuyo fondo se ve la doble reja que separa del mundo a las monjas, y tras la cual hay una cortina corrida. En los huecos, poyetes adosados a la pared y tal cual arriate. Aquí y allá ligeros arbustos.

Es por la tarde, a los quince días del acto anterior.

La Seglarita, mocita huérfana, de grandes ojos que brillan con serena luz, cose sentada a la puertas de la vivienda de la izquierda. Viste pobremente. A su lado hay un par de sillas: o espera visita o la ha tenido ya.

Por la puerta de la celosía salen Pureza y don Augusto, caballero español con aire extranjero.

Pureza está un poquitito más compuesta que en el primer acto.

PUREZA. ¿Conque tanto le ha gustao a usté la iglesia de las madres?

DON AUGUSTO. Extraordinariamente, niña. Con decirle que las alabanzas de usted me han parecido pálidas...

PUREZA. ¿Usté es la primera vez que viene a Seviya?

DON AUGUSTO. La primera.

PUREZA. Pos no será la úrtima. To er que viene a Seviya se empica.

DON AUGUSTO. ¿Se qué?

PUREZA. Se empica. Se afisiona; le da la comesón de vorvé. Y es que en Seviya está lo mejó der mundo.

DON AUGUSTO. ¿Quién le ha dicho a usted eso?

PUREZA. Yo que lo sé.

DON AUGUSTO. ¡Ah, entonces!...

PUREZA. Y mi novio también me lo ha dicho.

DON AUGUSTO. Esa opinión sí que es indiscutible.

PUREZA. ¿Ve usté, señó? Esta grande es la puerta de regla: así la yaman. Como no haya obra en er convento, o arguna cosa estraordinaria, no se abre más que pa resibí a las novisias.

LA SEGLARITA. *Atenta a la conversación.* Hoy entra una.

PUREZA. Sí: es ahijada de este cabayero.

LA SEGLARITA. ¡Ah! *Se levanta, curiosa.*

PUREZA. *Por la Seglarita.* Esta muchacha tiene aquí dos hermanas.

DON AUGUSTO. ¿Dónde?

PUREZA. En er convento.

DON AUGUSTO. ¿Y ella no ha querido seguirlas? Ha hecho bien.

LA SEGLARITA. Yo sí hubiera querido, pero no tengo vocasión. Nos quedamos huérfanas, y mis hermanas, que son las mayores, desde entonses no pensaron más que en profesá. Yo, por viví serca de eyas, les pedí a las madres que me arrendaran este nidito, y me ayudo con la costura.

PUREZA. Le arvierto a usté que, aunque no ha entrao, ésta es otra monja. En er compás le desimos la Seglarita.

DON AUGUSTO. ¿La Seglarita?

LA SEGLARITA. Er nombre que les dan las madres a las novisias mientras prueban la vocasión.

PUREZA. Yo digo que no le fartan más que las tocas y enserrarse ahí dentro.

LA SEGLARITA. ¡Casi na me farta! Un convento es una cárse en vida. Me da miedo pensá en una puerta como esa, que al año de entrá una por eya se le sierra pa siempre.

DON AUGUSTO. *Interesado.* ¿Suelen salirse antes del año algunas novicias?

LA SEGLARITA. Rara vez. La que entra, lo regulá es que tome el hábito. ¡Qué pena!

DON AUGUSTO. Y ¿en qué consiste la ceremo-

nia de la entrada? Póngame usted en antecedentes, ya que he de venir luego...

La Seglarita. ¿La de la entrada de una novisia quiere usté sabé, no la de la toma de hábito? Son cosas diferentes.

Don Augusto. Eso es; sí. La de la entrada de una novicia.

La Seglarita. Pos muy sensiya, cabayero. Por lo mismo impresiona más. Viene la muchacha con su madrina o su padrino, y también con arguna amiga que quiera despedirla. Las monjas no quieren que las acompañen los padres ni las personas muy ayegadas, para que la despedida sea menos triste. La *postulanta* yama tres veses a la puerta de regla. Se hinca de rodiyas y espera hincada hasta que la puerta se abre. La aguardan dentro la abadesa y toda la comunidá. Eya entonses se despide otra vez de las personas que la han traído, y entra en er convento. Se sierra la puerta... y se acabó.

Don Augusto. *Con tristeza.* ¡Y se acabó!

Las dos mocitas contemplan al caballero. Del locutorio de la derecha sale Jimena, que se sorprende al verlo.

Jimena. ¡Don Augusto!

Don Augusto. ¡Jimena! ¿Usted en Sevilla?

Jimena. Pues, ¿y usted?

Don Augusto. Es verdad: lo mío es más raro. ¿Estaba usted en ese locutorio?

Jimena. Sí, señor; hablando con una monja

prima mía. ¿Y usted, viene a llevarse alguna?

Pureza y la Seglarita se apartan, sin dejar de atender al diálogo de Jimena y don Augusto, y de hablar entre sí. Cuando ven que la conversación se prolonga, se sientan.

Don Augusto. No; a traerla. Esta tarde ingresa en este convento una criatura angelical, ahijada mía, a quien quiero como si tuviera mi sangre. De Londres he venido, primero que a nada, a ver si podía disuadirla de su propósito, con mejor fortuna que su madre. Pero ha sido inútil.

Jimena. ¿Es un caso de gran vocación?

Don Augusto. De gran dolor; de gran desencanto.

Jimena. ¡Pobre criatura! ¿Quién es ella? ¿Cómo se llama?

Don Augusto. Isidrita Santa María. Ha vivido hasta hace muy poco en un pueblo de por acá... de cuyo nombre no quiero acordarme.

Jimena. Y ¿qué dolor es el que la arrastra a una resolución así?

Don Augusto. Una villanía: la calumnia infame de un novio despechado.

Jimena. *Estremeciéndose.* ¡Oh!

Don Augusto. Como en esta bendita España se puede calumniar impunemente... Él ha huído del pueblo; ella me ruega que no lo busque y que lo perdone; la gente ha creído la infamia, con esa inconsciencia de la maldad, que es la gran tercera

de la calumnia... Y ahí tiene usted el drama terrible: una vida deshecha, una casa vacía... y una madre que pierde a su hija. Es más: también la pierde un buen muchacho, enamorado de ella, que cree en su pureza y le ofrece su amor como reparación ante el mundo. Pero todo es en vano: se encierra en el convento.

JIMENA. *Turbadísima, con los ojos llenos de lágrimas.* Me ha hecho usted llorar... Llevo unos días tan excitada y tan nerviosa...

DON AUGUSTO. ¡Vaya por Dios, Jimena!

JIMENA. *Vivamente.* Sin motivo, sin causa, no se figure usted. Y ¿es esta tarde cuando dice usted que ingresa esa niña?

DON AUGUSTO. Esta tarde. Ahora voy por ella. He estado hablando un rato con la madre abadesa, haciéndole un poco de historia... —Y usted, ¿qué me cuenta desde que no nos vemos? ¿Qué la la trae por Sevilla?

JIMENA. Asuntos de mi padre. Voy a ver si libro del olvido todo cuanto escribió.

DON AUGUSTO. ¿Piensa usted editar sus obras?

JIMENA. Sí, señor; aunque me arruine.

DON AUGUSTO. No lo creo.

JIMENA. Pues no lo dude usted. El espíritu de mi padre era muy español, y hoy no se lleva eso. Cada español se ha echado una especie de patria adoptiva en la nación extranjera que más le gusta. Pero ¡a quién se lo digo!

DON AUGUSTO. No obstante, aunque sólo sea

para ayudar a usted en su aventura editorial, cuénteme entre los suscritores.

JIMENA. Muchas gracias. Es un gran sacrificio el de usted. Porque si lee las obras va a sufrir muchísimo.

DON AUGUSTO. Pues las pienso leer.

JIMENA. ¡Pues se tirará usted de los pelos! ¡Dios mío! ¡Leyendo a Vélez de León el español más antiespañol que conozco! ¿Se acuerda usted de nuestras peloteras nacionalistas en París, en casa de madame Rosemonde?

DON AUGUSTO. ¿Quién las olvidará? Y menos yo, que era siempre el vencido.

JIMENA. Por gentileza. ¡Qué manía la de usted! Desde Hendaya para acá todo le parecía ya insoportable. El paisaje, las gentes, el idioma, el humo del tren, los revisores, los pájaros, los hilos del telégrafo... ¿Qué quiere decir todo? ¡Ja, ja, ja! Se ponía usted frenético.

DON AUGUSTO. Un poco me van ya suavizando las canas.

JIMENA. ¿Se puede creer?

DON AUGUSTO. Sí; pero no cante usted victoria. Ni tampoco me juzgue demasiado mal. Nadie puede exigirme, en rigor, que yo quiera a mi patria.

JIMENA. ¿Nadie, don Augusto?

DON AUGUSTO. Nadie, Jimena.

JIMENA. ¿Ni por ser natural de la corte?

DON AUGUSTO. Y ¿qué más da? Efectivamente,

nací en Madrid; pero aún estaba en el claustro materno—lo recuerdo muy bien—y ya oía a mis padres discutir si sería niño o niña; y lo discutían en inglés. Mi padre le llamaba a mi madre Fanny, y mi madre a mi padre, Tommy. Y fuí varón, por suerte. Y cuando apenas sabía decir en español más que papá y mamá, me enseñaron simultáneamente inglés y francés. El español se conoce que era lo de menos. En la mesa, en mi casa, se hablaba inglés ordinariamente, y se menospreciaba y se criticaba a España, sobre todo cuando había visitas extranjeras. Era un extraño modo de halagar el amor patrio de las visitas. Nadie me señalaba nunca un héroe nacional, en ningún orden conocido, ni por casualidad ponía con amor en mis manecitas un libro castellano. Recuerdo que el *Quijote* no lo leí hasta los treinta años, en inglés. A Velázquez lo conocí en el Louvre. La educación, es claro, la recibí fuera de España: en Londres. Luego, en premio a mi aplicación de estudiante, me llevaron a visitar París, Berlín, Viena y Roma... Todo menos España. Aún no he visto —otro cualquiera se avergonzaría de confesarlo— Toledo, ni Granada, ni El Escorial... Mis padres no me llevaron nunca. ¡Eran tan malos los hoteles!... He pasado temporadas en Brujas, y desconozco Salamanca; no he pisado Aranjuez, y me sé de memoria Versalles; veraneo en Suiza, y hablo de oídas de las montañas asturianas y de las rías gallegas... Dígame usted si a quien así creció y vi-

vió es lícito exigirle que sea modelo de patriotas. Que me pidan, por mucho, que no abomine de mi país; pero ¿que lo quiera? ¿Por qué? ¿Quién me enseñó a quererlo?

JIMENA. Es verdad, es verdad... La negación constante, el menosprecio, la ignorancia del propio suelo, no pueden llevar más que a este resultado. Noto, sin embargo, que ha cambiado su lenguaje de usted. Le mandaré, le mandaré los libros de mi padre.

DON AUGUSTO. De catecúmenos está llena la historia de la iglesia.

JIMENA. ¿Habrá hecho Sevilla el milagro?

DON AUGUSTO. Todavía no hay milagro. Pero, en honor de la verdad, creo que es Sevilla capaz de hacer muchos. Adiós, Jimena. Muy complacido de este encuentro.

JIMENA. Adiós, don Augusto; que nos veamos. Yo estoy en una de las hospederías de la calle de Justino de Neve.

DON AUGUSTO. La buscaré a usted. Adiós.

JIMENA. Adiós.

DON AUGUSTO. *A Pureza.* ¿Vamos, niña?

PUREZA. Vamos.

Se va con don Augusto por el pasadizo. La Seglarita se acerca a Jimena, que ha quedado abstraída.

LA SEGLARITA. Se conose que a ese cabayero le duele mucho que su ahijada se meta monja.

JIMENA. Sí... Pero, más que el hecho, la causa. Voy a rezar un rato.

LA SEGLARITA. Vaya usté con Dios.

Sigue a Pureza y a don Augusto.

Jimena se encamina a la iglesia. Cuando va a abrir la celosía, sale por ella Federico Anderson.

FEDERICO. ¡Oh! ¡Amiga mía!

JIMENA. Amigo Anderson...

FEDERICO. *Jovialmente.* ¿Iba usted quizás a buscarme?

JIMENA. ¡No! Iba a la iglesia. ¿Usted viene de su celdita, de trabajar?

FEDERICO. De querer trabajar. Y ahora volveré. Sino que ha llegado Pizarra con no sé qué portento pictórico, y el señor capellán me ha rogado que vaya a verlo.

JIMENA. Pues siga su camino; por mí no se detenga usted.

FEDERICO. ¿Por quién mejor? Que aguarde Pizarra. Aunque dice que trae un Murillo, como ante mi vista tengo otro...

JIMENA. ¡Cristiano! Eso es digno de un mocito de la Macarena.

FEDERICO. Me voy andaluzando mucho. ¿Está ahí la Seglarita?

JIMENA. Acaba de irse. ¿Qué la quiere usted?

FEDERICO. Nada. ¿Y en los libratorios, no hay gente?

JIMENA. Ahora, nadie.

FEDERICO. Pues gocemos nosotros dos de esta tranquila soledad, que parece dispuesta para nosotros dos. El compás de los conventos es un sitio muy solo... pero siempre está acompañado. Sentémonos.

JIMENA. ¿Que nos sentemos?

FEDERICO. ¿Hay en ello algún inconveniente?

JIMENA. Ninguno.

FEDERICO. ¡Entonces!... *Se sientan*. Muchas gracias. ¡Qué silencio! ¡Qué paz más dulce!...

JIMENA. Medio profana, medio religiosa.

FEDERICO. Por eso es más interesante y penetra más. ¿No es cierto que invita este lugar a la reflexión... aun a la confesión misma? Tiene para mí este rinconcito del compás, sobre todo a esta hora de la tarde, deliciosa poesía, evocador misterio... Cuando me hallo en él, noto que mi alma vive más... Hay horas en que me paseo por aquí, y no siento mi cuerpo... no pesa... A través de las dobles rejas de los libratorios llega hasta mí como el perfume de amores marchitos, de pasiones que se extinguieron sofocadas; suaves resplandores de llamas de amor místico, exaltado y puro... ¡Qué noble ha de ser un amor humano nacido aquí!

JIMENA. ¿Un amor?

FEDERICO. Un amor. Y ¡qué bello! Porque las cosas que nacen donde no parece que han de nacer, son más bellas que si por la naturaleza del

lugar fueran esperadas. ¿Ha llorado usted esta tarde?

JIMENA. Un segundo. ¿Se me nota?

FEDERICO. Yo, sí. Hay un algo nuevo en sus ojos.

JIMENA. ¡Qué no advertirá usted!...

FEDERICO. No; pues en general soy bien distraído. Quizás a ello deba el conservar toda mi atención para cuando mejor quiero emplearla.

JIMENA. *Tratando, a pesar suyo, de desviar la conversación.* ¿Cómo lleva usted sus trabajos?

FEDERICO. Mal.

JIMENA. ¿Mal?

FEDERICO. Muy mal.

JIMENA. ¡Pero Anderson!...

FEDERICO. No lo lamente usted, porque yo, aunque usted se pasme de oírmelo, no lo lamento.

JIMENA. ¡Sí que es raro!

FEDERICO. En apariencia. Ignorando el motivo... Óigame usted, Jimena. Óigame usted sin bajar los ojos. Yo, hasta hace quince días, me aislaba en el estudio y en el trabajo como si no estuviera en este planeta. El dato nuevo e imprevisto que hallaba en mi investigación, me producía un júbilo tierno e infantil a nada comparable. Si entonces hubieran llegado a decirme que ardía mi casa, no hubiera oído al mensajero. De quince días acá, la imagen de una mujer hermosa distrae mi pensamiento y se lo lleva de los papeles tras de

sí. Mi vista o mi mano puede estar materialmente en el libro que tengo delante o en las cuartillas en que escribo: mi alma está donde ella, aun cuando no sepa donde ella esté.

JIMENA. ¡Federico!...

FEDERICO. ¿Ha adivinado usted quién es esa mujer, no es así?

JIMENA. *Conmovida.* No he necesitado adivinarlo; me lo han dicho el temblor de su voz al hablarme, sus ojos, sus palabras...

FEDERICO. Sí, Jimena: deseaba ya esta confesión para descansar. Usted es quien llena mis horas, quien se ha llevado consigo mi reposo y se ha apoderado de mi fantasía, haciéndome soñar como un poeta. Han bastado nuestra primera conversación en este compás, que ya tenía un antecedente risueño; el paseo casual de noches pasadas por las calles desiertas; la excursión a Itálica juntos; el dichoso encuentro en la Catedral... y a la par de todas esas cosas, Jimena, la belleza de usted, el no sé qué de su persona y de su espíritu.

Tengo en el alma puesto
su gesto tan hermoso,
y aquel saber estar adonde quiera;
el recoger honesto,
el alegre reposo,
el no sé qué de no sé qué manera...

¿Está usted llorando de nuevo?

JIMENA. Sí, Federico: estoy llorando... y tal vez por la misma causa que antes.

FEDERICO. ¿Cómo?

JIMENA. El amor que usted ahora me descubre remueve en mi corazón el dolor de mi vida, la tragedia de mi existencia errante... como hace poco los removía también, de súbito, la desconsoladora historia de amor de una muchachita, que me contó un amigo, sin sospechar que me estaba poniendo un espejo ante el alma. En aquellas lágrimas que entonces pude contener, pero cuyas huellas notó usted, sin embargo, y en estas otras que dejo correr para que usted las vea, y porque son más fuertes que mi voluntad, se ahogan para mí ya todos los amores... Soy una mujer sin ventura, Anderson... Aléjese de mí; olvídeme.

FEDERICO. ¿Qué es lo que estoy oyendo? ¡Ahora menos que nunca, Jimena! ¡Yo necesito conocer esa llaga escondida!

JIMENA. ¿Para qué?

FEDERICO. ¡Para quererla a usted mucho más!

JIMENA No asegure usted lo que no sabe.

FEDERICO. ¡Embellece tanto la desventura!...

JIMENA. Quizás; pero esta que yo padezco ennegrece, afea.

FEDERICO. ¡No!

JIMENA. ¡Sí!

FEDERICO. Yo deseo experimentarlo. Si no cree usted a mi amor indigno del suyo...

JIMENA. Más bien temo, y me duele ya, que

ese amor de usted llegue a creerme indigna de sí.

FEDERICO. ¡Imposible! Pero, sea como quiera, con sus medias palabras me está usted causando una inquietud desconsoladora. ¡No me torture usted más tiempo! Mi imaginación ha tomado un vuelo vertiginoso. *Con ansia.* Dígame usted: ¿el hombre aquél, el hombre de aquel encuentro fortuito, cuando usted se marchaba de este compás la primera vez que nos hablamos...?

JIMENA. *Interrumpiéndolo.* ¡Cómo veo que es verdad lo que usted me quiere!

FEDERICO. ¿Aquel hombre... aquel hombre...?

JIMENA. ¡Aquel hombre es toda mi desventura!

FEDERICO. ¡Oh! ¡Ya sé yo por qué le odiaba desde que le vi! ¡Antes de conocerla a usted ya le odiaba! ¡Hable usted, Jimena! Es necesario.

JIMENA. Sí; ahora, sí.

FEDERICO. Hable usted.

Ella, triunfando de su repugnancia y de su dolor, refiere su drama: él la escucha con suprema ansiedad.

JIMENA. Ese hombre llegó a Madrid, y atrajo pronto hacia su persona la atención de las gentes. Su empaque simpático y su labia le abren fácilmente el camino. Antes de ahondar en su corazón, engaña a cualquiera. En Madrid se le rodeó en pocos días de una aureola de hombre nuevo, de espíritu sagaz y fino, de adalid de ideas regeneradoras. Madrid tiene, para levantar ídolos de

barro, la misma prisa con que luego a veces quiere derribar los de piedra o de bronce. Con esa aureola llegó ese hombre a mi casa. Mi padre gustó siempre de acoger en ella a los jóvenes de talento... Era mi padre un trabajador pasivo... Soñaba con discípulos a quienes dejarles su tesoro espiritual...

Si no vencí reyes moros
engendré quien los venciera,

decía constantemente. Y le abrió a Florencio sus puertas y sus brazos. Yo le declaro a usted que me turbó su presencia desde el primer día: me atrajeron a la vez su persona y la audacia de su lenguaje, siempre original y pintoresco. Se mostraba entonces distinto que ahora: ahora lo niega todo; entonces lo exaltaba todo: era soñador, optimista. Respiraba el triunfo del momento y cantaba: ahora es el fracaso ya inevitable el que le hace rugir. En fin, me enamoró y le quise. *A un movimiento de Anderson.* Le quise: estoy diciendo la verdad.

FEDERICO. Siga usted.

JIMENA. Poco tiempo duró aquel amor mío, como fundado en un engaño. Al acercarme al hombre aquel; al tantear en su alma, hallé con pena un gran vacío, que él simulaba llenar con ficciones. Carecía en verdad de todo sentimiento; no sabía ni podía admirar lealmente nada; le fal-

taba en absoluto el sentido moral. Estaba, como tantos, por encima del mal y del bien... Le arranqué, por fin, la burda máscara del rostro, y acabé por rechazarlo con asco, con miedo, con vergüenza de haberle querido... Entonces, como estalla un incendio latente al soplo de una ráfaga fuerte de aire, estalló el único fuego real que en sí lleva: la vanidad más insensata. Tiene la vanidad de cien hombres y de cien mujeres. En su vanidad halla la defensa de sus mayores extravíos: si miente o engaña, es superioridad del ingenio; si roba, es osadía de hombre extraordinario, locura, grandeza... Mi fiero desvío hirió en lo vivo esa vanidad monstruosa; y, en venganza, propaló por todo Madrid una vil calumnia.

FEDERICO. ¿Eh?

JIMENA. *Con gran esfuerzo.* Decía en todas partes, que yo... que yo había sido algo más que su novia.

FEDERICO. ¡Oh!

JIMENA. ¿Por qué ha querido usted, amigo mío, que le cuente esto?

FEDERICO. ¡Siga, siga usted hasta el fin!

JIMENA. Uno de mis hermanos, Enrique, lo abofeteó una noche en el Ateneo. Surgió el desafío: hirió a mi hermano gravemente: arreció el escándalo. Sobre la mancha de cieno cayó la de sangre, y parecía que aquella herida le daba la razón a él. La calumnia era ya agua derramada en el suelo, que nunca más podía recogerse. Fué un

estigma de esclava grabado con fuego en mi cuerpo. Aquella infamia nadie la creía; pero nadie dejaba de creerla tampoco. Era una villanía, en voz alta; pero en voz baja era posible. Cuando en mi propia casa observé que era así, que hasta mi madre y mis hermanos recelaban, no pude resistir ni la amargura ni el agravio, y dejándome arrebatar a un tiempo de la ira, del despecho, de la vergüenza y del dolor, huí una noche de mi casa.

FEDERICO. ¿Y su padre?

JIMENA. ¡Oh, mi padre! ¡Bendito sea él! Fué el único que creyó en mí como en Dios. Hojeando a raíz de su muerte papeles suyos, en una labor de pronto interrumpida, encontré escritas estas palabras, que por miedo a borrarlas no beso a cada instante: «Mi vida acaba aquí. Me mata el dolor de mi hija, que es el mío. Creo en ella contra todos, y maldigo a su difamador. Ni al morir le perdono.» *Llora.*

FEDERICO. *Anonadado.* Jimena... amiga de mi alma... amor mío...

JIMENA. ¿Amor suyo?... ¿Aún?

FEDERICO. ¡Ahora más que nunca!

JIMENA. No, Federico; no se engañe... Usted no sabe a qué tormento se condena... Ya lo he probado, ya lo sé... Ese hombre me persigue como sombra implacable... envenena el aire que han de respirar los que lleguen a mí... Poco después de vivir sola, se me acercó un enamorado, con amor sincero, y le vi lentamente entristecerse, alejarse,

escapar... En París, otro osó decirme: «Jimena, yo conozco su historia de usted, y paso por todo.»

FEDERICO. ¡Qué horror!

JIMENA. ¡Pasaba por todo! ¡Yo no he sentido jamás tanta sangre en mi rostro, como cuando escuché aquel insulto! No lo dude usted, no... La duda germina, subsiste... el veneno se filtra en el alma... Es el agua derramada en el suelo... es el sello en las carnes... La calumnia es el poder más corrosivo con que cuenta la maldad de los hombres... Turba las más puras conciencias, oscurece los cerebros más claros... Por algo un personaje del sobrehumano dramaturgo inglés, le dice a un rey capaz de todos los crímenes: «¡Eres calumnia de las entrañas maternales!»

FEDERICO. *Atormentado.* ¡Calumnia!... ¡calumnia!...

JIMENA. ¿Por qué nos hemos encontrado hoy aquí? Déjeme ir al templo... déjeme ahora... Más que antes me hace falta rezar.

FEDERICO. No me atrevo a violentarla a usted... Vaya, vaya a la iglesia... Yo también he de pedirle a Dios toda la serenidad de mi alma, que sufre ahora la conmoción de una catástrofe.

JIMENA. Olvídeme usted... Es mi ruego: olvídeme usted... ¡Mire bien que yo entro en el templo, porque quiero apagar en una oración mi sed terrible de venganza! *Éntrase llorando por la puerta de la celosía.*

FEDERICO. *Después de verla desaparecer, abru-*

mado. ¡La primera idea que pasa por la frente es la de matar! *Pasea, meditabundo, silencioso.* Cálmate, corazón... ¿Quién llega?... No, que no me vean así. *Se esconde en el locutorio de la derecha.*

Simultáneamente salen por el pasadizo Pureza y Valeriano.

PUREZA. Anda, ven acá. Vas a desirme aquí, sin nadie que nos oiga, qué es eso tan grave que te quita er sueño.

VALERIANO. Te arvierto que es muy grave, Puresa.

PUREZA. ¿Muy grave y te ríes? ¿Qué es? *Él la mira hechizado, sin responderle.* ¿Qué es?

VALERIANO. Que he notao que te están cresiendo los ojos.

PUREZA. No tiene na de particulá: será de abrirlos en la puerta pa vé cuando vienes. Hoy has venío antes, pero has tardao más.

VALERIANO. ¿Cómo es eso?

PUREZA. Por las ganas que yo tenía de que vinieras, tonto.

VALERIANO. ¡Olel Lo mismo estoy yo: mientras más tiempo paso en tu compañía, más te echo de menos cuando me voy. Que parese que había de sé ar contrario.

PUREZA. Er cariño es un mareo: toas las cosas las baila.

VALERIANO. Pero ¡de qué manera! A mí, antes de nuestras relasiones, se me hasía de noche trabajando, y toavía desía que había luz. Er maestro me gritaba: «¡Chiquiyo, suerta eso; que ya no se ven ni los buttos!» Y ahora, como vengo a verte cuando dejo de trabajá, ha de sé mediodía y ya estoy yo mirando pa er sielo y disiendo: «Pronto se va la luz esta tarde.»

PUREZA. ¿Y er maestro te oye?

VALERIANO. ¡Vamos! Y me contesta que es que la luz se me ha venío a mí ar compás de las Reliquias.

PUREZA. ¿Sabe que eres mi novio?

VALERIANO. Y ¿quién que hable conmigo una vez no lo sabe?

PUREZA. ¡Cuidao que nos queremos nosotros en poco tiempo! Mi madre me dise que estoy tonta. Se divierte conmigo.

VALERIANO. También er padre capeyán me ha sortao a mí una tosesita de guasa cuando entré esta tarde.

PUREZA. Porque hay que verlo, Valeriano: totá, son diez días.

VALERIANO. Yo he pensao en er caso y no tiene más que una esplicasión. Además de tu cara, que esplica trigonometría... que es lo más difisi de esplicá.

PUREZA. Y de tu simpatía, que también esplica argunas cosas.

VALERIANO. ¡Ole otra vez! Pos la rasón de este

cariño tan grande de los dos está en er sitio en que nos hemos encontrao.

PUREZA. ¡Oye!

VALERIANO. Paré por medio de un convento no podía sé de otra manera. Treinta y tres monjas hay ahí que ninguna quiere a ningún hombre: to ese cariño desaprovechao, que andaba suerto por la armósfera, es er que tú me tienes a mí. Lo has respirao en el aire.

PUREZA. Pueda sé que sea.

VALERIANO. *Con acento ponderativo.* ¡Er cariño de treinta y tres mujeres juntas pa un hombre solo! ¡Cuarquier cosa!

PUREZA. Bueno, pero esa es la esplicasión de mi cariño. ¿Y la der tuyo?

VALERIANO. Poco más o menos iguá. Como les estoy dibujando un sócalo pa un patio a los frailes de Capuchinos, y voy ar convento tos los días, ¡me harto ayí de respirá cariño de frailel Y er que han desperdisiao los sesenta y seis, es pa ti solita.

PUREZA. ¿Tú has contao los frailes?

VALERIANO. No; pero he carculao que son er doble que las monjas, porque yo te quiero er doble que tú a mí.

PUREZA. Ahí tienes tú una equivocasión de la que no te saco. *Del locutorio donde entró sale abstraído Anderson, y se va por la puerta de la celosía. Los muchachos se sobrecogen y guardan silencio mientras pasa.* Nosotros nos creíamos tan so-

los aquí, y estaba ahí don Federico. ¿Qué haría en er locutorio?

VALERIANO. Va muy pensativo, ¿verdá? Ar pasá nos ha mirao sin vernos.

PUREZA. *Después de asomarse curiosamente al locutorio.* Está enamorao.

VALERIANO. ¿Don Federico? ¿De quién?

PUREZA. De esa señorita de Madrí: de doña Jimena.

VALERIANO. ¿Quién te ha contao eso?

PUREZA. Ér mismo.

VALERIANO. ¿Y eya no lo quiere, quisás?

PUREZA. Tanto no me ha contao.

VALERIANO. Te lo pregunto porque a mí er sobrino der padre capeyán, Pepichi, me ha dicho que eya de quien está enamorá es de ese amigo suyo poeta.

PUREZA. ¿De quién? ¿De don Florensio? Tendría yo que verlo pa creerlo.

VALERIANO. Pos Pepichi sabe una historia...

PUREZA. Pepichi es un eco del otro; no te fíes.

VALERIANO. En fin, eyos ayá.

En el locutorio de frente al público, una monja descorre la cortina de la doble reja. Junto a ella está la hija del Marino, chicuela a quien las madres educan.

PUREZA. Arguna visita viene a este locutorio. Siéntate aquí muy formalito. *Se sientan en uno de los poyetes. Sale por el pasadizo el Marino, acompañado de la Seglarita. Viste de americana, bu-*

fanda y gorra, y es hombre tosco, recio. La Seglarita trae al brazo unos paños de altar.

LA SEGLARITA. ¿Conque na más que dos horas en Seviya?

MARINO. Dos horas na más. A las seis de la tarde nos vamos otra vez. Los marinos no debíamos fundá cariños en tierra.

LA SEGLARITA. Verdá que no. Ahí tiene usté a su niña.

MARINO. Muchas grasias, joven.

Entra en el locutorio y llega hasta la reja. Poco después se sienta. La interesante conversación del padre, la hija y la monja no se percibe; queda en el misterio del recinto. La Seglarita se acerca a los enamorados.

LA SEGLARITA. *A Pureza.* ¿Tú sabes quién es éste?

PUREZA. No.

LA SEGLARITA. Pos éste es er padre de la educanda.

PUREZA. ¡Ah!

VALERIANO. ¿De qué educanda?

LA SEGLARITA. De una niña que están educando las madres. Digo, niña: casi es ya una mujé. Tiene quinse años. Y es muy bonita.

VALERIANO. ¿Piensa profesá?

LA SEGLARITA. Parese que no tiene vocasión. La trajo ar convento su madre por voluntá de la muchacha. La madre es una mujé de mala vida, y quería que la chiquiya siguiera por er mismo

camino. Y la chiquiya le dijo que antes la mataban, y que se metía en un convento. Entonses a la madre la iluminó er Señó, y obedesió la voluntá de la hija. Y ya hay más de un año que está con las monjas. Sesilia se yama.

PUREZA. Mira tú qué historia de pronto.

VALERIANO. ¿Y er padre es ése?

LA SEGLARITA. Ese mismo. Está separao de la madre, como es naturá. Es marino mercante. Y siempre que su barco para en Seviya viene a visitá a la muchacha. Aunque traiga na más que er tiempo presiso como hoy. Luego, las madres le permiten que le dé un beso por la puerta de regla. Si se aguarda usté una mijita, usté lo verá.

VALERIANO. Sí que me aguardaré, porque me ha gustao la novela.

LA SEGLARITA. ¡Uh! En esta casa no se acaban nunca. Aquí hubo una niña que tomó el hábito a los tres años y murió a los noventa. Disen que en oló de santidá. Y una vez que estuvo er Nunsio de visita... Pero veo que Puresa no tiene gana de escuchá cosas der convento. Voy a poné estos paños en la gaveta. *Vase por la puerta de la celosía.*

PUREZA. Es más monja que la madre vicaria. Y tú qué serio te has quedao.

VALERIANO. No te creas, que tiene su busilis mi seriedá.

PUREZA. ¿Te ha impresionao la niña der marino?

VALERIANO. Me ha impresionao er marino. *Suspirando.* ¡Ay!...

PUREZA. Escucha: ¿qué suspiro es ése?

VALERIANO. Mía tú por donde se han rodeao las cosas pa que yo venga a dá otra vez en aqueyo tan grave.

PUREZA. Pos ¿no era que me cresían los ojos?

VALERIANO. Eso no es grave; eso es bonito. Y te lo dije pa no entrá en lo grave.

PUREZA. No me asustes.

VALERIANO. Cuidao que no es ninguna cosa mala.

PUREZA. Dímela entonses. ¿A qué esperas?

VALERIANO. Vaya, te la diré.

PUREZA. No será muy buena cuando vas tan poquito a poco.

VALERIANO. Es según se mire. Verás. Ese cabayero chileno que me conosió en mi tayé, y que me ha hecho luego que lo guiara estos días por Seviya, tiene más dinero que pesa, mucha afisión a las cosas de arte y la idea de establesé en su país una gran fábrica de serámica seviyana.

PUREZA. ¡Bueno! ¡Que la establesca!

VALERIANO. Sí; pero er caso es que me ha tomao a mí mucha ley, y que quiere yevarme a Chile pa que sea yo er que dirija aqueyo.

PUREZA. ¿Adónde te quiere yevá?

VALERIANO. A Chile.

PUREZA. Y ¿en dónde está Chile?

VALERIANO. En América.

PUREZA. Pos le dises tú que se vaya solo.

VALERIANO. Eso se contesta muy fási; pero es que me ofrese un capitá. ¡La fortuna!

PUREZA. ¡Pos que se la dé a otro que no tenga la novia en Seviya!

VALERIANO. ¡Lo que yo no ganaré aquí en sincuenta años!...

PUREZA. Mira, Valeriano, no me hables más de eso. ¿A ti te resurta una proposición así a los diez días de relasiones?

VALERIANO. ¿Qué ha de resurtarme, mujé? ¿No me ves preocupao? Y si no mirara que es la fortuna... que es er porvení...

PUREZA. Er porvení tuyo está en tu tierra.

VALERIANO. ¿Tú qué entiendes?

PUREZA. Entiendo más que tú. ¡Que vengan los forasteros aquí a comprarte las cosas! ¿No eres tú seviyano? ¡Pos en Seviya! ¿Te farta pa comé en Seviya?

VALERIANO. No sólo de pan vive el hombre.

PUREZA. ¡Que no me hables más de eso, Valeriano! Tú no te vas a América. ¿Lo sabe tu madre?

VALERIANO. Sí.

PUREZA. Y ¿qué dise? ¿A que no te deja tampoco? ¿Qué dise tu madre?

VALERIANO. Que no le hable de eso; como tú.

PUREZA. ¿Estás viendo?

VALERIANO. Pero yo tengo que hablá con eya y contigo.

PUREZA. Conmigo, no.

VALERIANO. Contigo, sí, Puresa. Y mucho.

PUREZA. No te oigo. ¿Eso es lo que me quieres?

VALERIANO. Eso es lo que te quiero.

PUREZA. ¿Que me quieres, y quieres irte lejos de mí? ¡Vamos!

VALERIANO. Escucha.

PUREZA. No escucho. Habla con una siya.

VALERIANO. ¡Valiente geniesito!

PUREZA. Pa que te vayas enterando. Las yerbas malas, cortarlas de raíz. *Se va decidida por la derecha.*

VALERIANO. ¡Pero, chiquiya!... Na; se ha vuerto loca. Se ha arborotao más que mi madre. ¡Y yo yevo tres noches sin dormí dándole vuertas al asunto!...

Por el pasadizo aparecen Pizarra y Pepichi. Pizarra trae una tabla cubierta con un paño. Pepichi olfatea los locutorios y la vivienda de la Seglarita como buscando a alguien. En su persona se observa algún detalle copiado a Florencio.

PIZARRA. ¿Qué es eso, Valeriano? ¿Te ha resurtao selosita?

VALERIANO No.

PIZARRA. Pos cara de eso yeva.

VALERIANO. Pos no.

PIZARRA. Me alegro por ti. Habías hecho tu suerte. Yo, como soy una víctima der mayor monstruo...

VALERIANO. ¿Sí, eh?

PIZARRA. ¡Mi mujé me huele hasta los biyetes der tranvía!

VALERIANO. ¡Ja, ja, ja! ¿Con qué ojeto?

PIZARRA. ¡Si lo supiera yo!... ¡Y a lo mejó me da unos sustos!... Estamos comiendo, es un poné, hablando de las cosas corrientes; der temple de la sopa; y de pronto me clava los ojos y me grita: ¡Catalina! A vé si por casualidá se yama Catalina con la que supone que la engaño, y me desconsierto. La ha tomao por ahí, y no hay fideos tranquilos en mi casa.

VALERIANO. ¡Ja, ja, ja!

PEPICHI. Las mujeres zon animales de ideas cortas y de cabeyos largos.

VALERIANO. ¿Ah, sí?

PEPICHI. Lo dijo un gran filózofo.

VALERIANO. Y ¿no dijo na de los ojos ni de la boca? Pos se le fué er talento aquer día. Hasta luego, señores. *Vase en busca de su tormento.*

PIZARRA. Anda con Dios. Es simpático er chiquiyo este. Y artista, artista. Tiene el ánge de los artistas.

PEPICHI. Hombre, ¿artista porque hace cazuelas?

PIZARRA. Argo más que casuelas hase. ¿Y tú qué estás oliendo por tos los rincones? ¡Paeses er gato de una freiduría!

PEPICHI. Rastreo precizamente unas fardas.

PIZARRA. ¿Unas fardas aquí? Pocas hay.

PEPICHI. Ez un encarguito der maestro, que está arriba, en mi cuarto.

PIZARRA. Er maestro, como tú le dises, me paese a mí que abusa der disípulo. Er día menos pensao te va a dá una maleta pa que se la yeves a la estasión.

PEPICHI. Zi en la maleta va proza zuya, a mucha honra.

PIZARRA. Te veo con la maleta entonses. Pero, oye, ¿a quién persigue aquí ese... maestro?

PEPICHI. A una madrileña guapízima que zuele vení a vizitá a una parienta monja. Hace tiempo que la perdió de vista, y aquí la ha tropezao. A mí me ha dicho que es la mujé que ha roto zu vida.

PIZARRA. ¿Y ahora quié vé si se la compone?

PEPICHI. Zin broma, que por poco ze zuicida por eya, y le ha costao tres duelos. Y está temiendo er cuarto.

PIZARRA. ¿Sí?

PEPICHI. Zí. Porque zospecha que a don Federico le gusta la dama. Y no paza por eyo.

PIZARRA. ¡Ah! ¡Entonses ya sé yo la que es! Una rubia que paese una playa, de clara y de fresca.

PEPICHI. La misma. Y er maestro es grande en zus zelos, como es grande en todo. ¿Usté ze zonríe?

PIZARRA. Sí, hijo, sí. Dios te conserve la inosensia. ¿Quiés tú sabé lo que yo opino der maestro? ¡Maestro de no sé qué!

PEPICHI. Zerá curiozo.

PIZARRA. A tu tío acabo de desírselo. Er maestro es uno de estos hombres que tienen en tos laos un mes primero muy briyante, ¿te enteras tú? Ar segundo mes ya no lo soportan más que dos o tres tontos, ¿tú me comprendes? ¡Y ar terser mes no lo aguanta ni er peluquero! Ar tiempo, niño. Por eso no paran nunca en ninguna parte. En cuanto los calan, se van.

PEPICHI. No esperaba menos de zu discurzo. Es verdaderamente lamentable que haya que yamarle cabeza indistintamente a esto mío y a ezo que usté yeva zobre loz hombros.

PIZARRA. ¡Las cosas!

Vuelve la Seglarita por donde se marchó.

PEPICHI. A propózito, Zeglarita.

LA SEGLARITA. ¿Qué quieres?

PEPICHI. ¿Haz entrao por cazualidá en la iglezia?

LA SEGLARITA. Sí; un istante.

PEPICHI. ¿Quién hay ayí?

LA SEGLARITA. Mersedes y Juana argofifando, y Petrolero limpiando el artá de la Virgen.

PEPICHI. ¿Nadie más?

LA SEGLARITA. Nadie más. ¡Ah, síl En una capiya está la señorita madrileña.

PEPICHI. Bazta.

PIZARRA. ¿Y a don Federico, lo has visto?

LA SEGLARITA. No; pero me figuro que está en su cuarto.

PIZARRA. Pos vamos ayá.

PEPICHI. ¿A vé zi ze traga la tablita?

PIZARRA. *Despreciándolo.* Quéate con Dios, *corruco.*

PEPICHI. *Saltando, molesto.* ¡Caray qué graciozo! ¡El ingenio andaluz! ¿Cuándo ze le ocurre a usté otra coza distinta? ¿Hasta cuándo me va usté a está yamando *corruco?*

PIZARRA. Hasta que los *corrucos* se enteren y se enfaden conmigo.

PEPICHI. ¡Pos no me río tampoco! Er día que me diga usté un gorpe que me haga gracia, lo convido a *champán.*

PIZARRA. ¿A qué?

PEPICHI. A *champán,* que es lo que bebo ahora.

PIZARRA. ¡Hombre, y yo!

PEPICHI. ¿Usté?

PIZARRA. Yo. Toas las noches me tomo un vaso de vino de la hoja con una cucharaíta de marnesia, y ríete tú der coló y de la espuma.

PEPICHI. ¡Bah! ¿Lo ha dicho usté por gracia? ¡Pos zigo tan zerio!

PIZARRA. Ahora tè voy a hasé cosquiyas. Ese vino y otros que tú bebes con tu maestro salen de España, van a Francia o a Ingalaterra, ayí les echan la marnesia que yo tomo, vuerven aquí bautisaos con er nombre estranjero... ¡y tú pagas los dos viajes, grandísimo primo! ¡Y así pasa con muchas cosas! *Haciendo aspavientos.* ¡Pero vienen de

fueral... ¡Mar fin tenga el hato de cursis que hay en este país! *Éntrase por la celosía.*

PEPICHI. *Muy nervioso.* ¿Le contesto?

LA SEGLARITA. No; no le contestes.

PEPICHI. Pos no le contesto. *Se va por la derecha.*

La Seglarita se detiene un instante, prestando oído hacia el convento.

LA SEGLARITA. ¿A vé?... Sí. Ya está la madre Esclavitú cantándoles a las novisias. Tiene una voz der sielo. *Éntrase en su casa.*

Las cortinas de las rejas del locutorio en que está el Marino vuelven a correrse. El Marino sale, y se dirige a la puerta reglar, donde aguarda un punto. Ábrese luego una de sus hojas, y aparecen tras ella las dos figuras del locutorio: la monja y la hija del Marino. En el mismo umbral se besan y abrazan, en silencio, hija y padre. Ciérrase la puerta después, y el Marino se va por el pasadizo de la derecha, secándose con la mano los ojos. Por la celosía salen entonces Federico y Pizarra.

PIZARRA. Dispénseme usté, don Federico, si lo he sacao de sus cavilasiones.

FEDERICO. No hay de qué, Pizarra. Ya dejaba el trabajo; ya me iba.

PIZARRA. ¿De verdá?

FEDERICO. Sí, sí. Estoy muy distraído; me duele la cabeza un poco...

PIZARRA. Eso es lo peó. Yo tenía interés en que usté viera er cuadro...

FEDERICO. Y yo en verlo. Y para mí es Murillo; pero yo no soy gran inteligente.

PIZARRA. Mire usté, hasta ahora tos los que lo han visto opinan que es Muriyo, menos ese amigote nuevo der sobrino der capeyán.

FEDERICO. ¡Oh! Entonces ya se puede apostar a que es Murillo.

PIZARRA. Sí; porque es un tipo que no hase más que yevá la contra. ¿Usté no lo jama tampoco? *Calla, a un gesto de desabrimiento de Anderson. Silencio.* Bueno, pos si no me nesesita, don Federico...

FEDERICO. ¿Está ahí ese hombre?

PIZARRA. Ahí está.

FEDERICO. ¿Vive en el compás, por acaso?

PIZARRA. Poco le farta. Se ha metío en un borsiyo a Pepichi, y son uña y carne. Y Pepichi acabará por limpiarle las botas. ¿Qué más quiere usté? ¡Ahora mismo lo ha mandao aquí, a vé si andaba en argún locutorio una mujé que le interesa!... No sé qué cuento me ha contao.

FEDERICO. Calle. Déjeme.

PIZARRA. Usté disimule.

FEDERICO. Adiós.

Queda abstraído. Pizarra se encamina hacia el pasadizo, observándolo con interés. Antes de marcharse mira a la derecha, y exclama:

PIZARRA. ¡Siempre ha de habé por medio un animalito de pelos largos! *Se va.*

FEDERICO. *Sacudiendo su espíritu al hallarse solo.* ¡Ella tiene razón! ¡El veneno se filtra en el alma, se esparce en la sangre!... ¡Así no podré yo vivir! *Pasea.*

Sale por la derecha Florencio.

FLORENCIO. ¿Qué iba murmurando Pizarra?

Se ven a un tiempo él y Federico y se detienen frente a frente.

FEDERICO. ¡Oh!

FLORENCIO. ¡Oh! Señor Anderson...

FEDERICO. Señor de Misael...

FLORENCIO. *Desconcertado.* ¡Qué dichosa casualidad!

FEDERICO. ¿Cuál, señor mío?

FLORENCIO. Encontrarle aquí.

FEDERICO. No es mucho, cuando sabe que trabajo ahí dentro. Más extraño es verle a usted por este rincón.

FLORENCIO. Sí, no hay duda. Me agrada, sin embargo, siempre que vengo aquí, espaciar mi alma en la soledad, y ningún sitio más propicio a ella que este rincón tranquilo. No creí hallar a nadie ahora.

FEDERICO. Pues estaba yo.

FLORENCIO. Ya lo veo.

FEDERICO. ¿Le contraría a usted haberme encontrado?

FLORENCIO. En modo alguno.

FEDERICO. ¿Venía usted, efectivamente, buscando soledad a este sitio?

FLORENCIO. Ya se lo he dicho a usted.

FEDERICO. Y ¿no le estorbo, entonces?

FLORENCIO. No me era tan indispensable la soledad. Además, señor Anderson, tiempo hay para todo. Y yo siempre converso con usted con muchísimo gusto... Por lo mismo que diferimos grandemente... Mi espíritu ama la controversia: soy un inadaptado. Pero ahora reflexiono: ¿no seré yo quien le estorbe a usted?

FEDERICO. Eso... usted lo verá.

Se miran con encono; se hablan con saña reconcentrada, que ambos procuran disimular, cada cual a su estilo.

FLORENCIO. ¡Bravísima respuesta!... ¡Bien, hombre, bien! ¡Qué sugerente y qué curiosa es su estancia de usted, señor Anderson, en esta luminosa Sevilla!... Los sevillanos acabarán por nombrarle a usted «El caballero enamorado de España».

FEDERICO. No digo que no. Soy las dos cosas: enamorado de España... y caballero. Y si no se le hubiera ocurrido a usted, lo adoptaría ya por sobrenombre.

FLORENCIO. ¿Si no se me hubiera ocurrido a mí? ¿Le ofende que así sea?

FEDERICO. En cosa para mí tan santa, rechazo todo indicio de burla.

FLORENCIO. No ha habido burla en mis palabras, señor Anderson.

FEDERICO. Aunque usted lo niegue, ha preten-

dido haberla, señor de Misael. Y yo hablo muy sinceramente. Estoy enamorado de España, es verdad. Admiro su pasado grandioso, y creo en el porvenir de esta raza noble, seria, hidalga, idealista...

FLORENCIO. ¡Caramba, caballero Anderson! ¡Qué entusiasmo! ¡En verdad que deploro, quizás por primera vez en mi vida, la falta en mi menguado corazón de esa fibra del amor patrio! Y lo deploro, porque si en él la hubiese, ahora mismo me habría enorgullecido de sus palabras. Pero, nada, es inútil: buceo y más buceo en este pedazo de carne, lo oprimo, lo estrujo... y no salta la gota de sangre de ese rojo de la bandera. No siento la tierra nativa. Jamás me ha conmovido el campanario de mi pueblo cuando he tenido la desgracia de volver a él. En cuanto a usted, casi estoy por aconsejarle que adopte otro mote.

FEDERICO. ¿Cuál, señor mío?

FLORENCIO. Se cae de su peso: «El patriota de la patria ajena». Lo que es usted, en suma.

FEDERICO. ¿Usted qué sabe lo que yo soy?

FLORENCIO. ¿Y usted, sabe lo que soy yo?

FEDERICO. A no haberlo sabido antes, lo sabría desde ahora. Lo que ha dicho usted del sentimiento de la patria no puede ser más elocuente: pinta de cuerpo entero a un hombre. Por lo que toca a mi patriotismo he de decirle, aun a riesgo de que no me comprenda usted, que es la primera virtud de mi alma.

FLORENCIO. ¡Ya se conoce!

FEDERICO. La tierra en que nací es mi patria; es mi madre, y como tal la quiero. Esta otra tierra, que me cautivó con sus gracias y con sus virtudes, es mi amada, y como tal la canto. ¿Aprecia usted la diferencia? Aquélla meció mi cuna, guió mis pasos y engendró mi espíritu: mi vida es suya, si la quiere. Esta me enamora como la mujer predilecta, y de ella hablo a todos, como hablan los enamorados de su amor. Yo no sé si usted podrá entenderme, porque ignoro si estrujando ese pedazo de carne que dice que lleva en el pecho, saltarán de él las gotas de sangre de tales sentimientos nacidas; pero quien tenga madre que adorar, como yo, y sea capaz de enamorarse de una mujer, como yo, ¡ése me entenderá de seguro!

FLORENCIO. Y cualquiera, señor don Federico; no se excite usted demasiado. Esas *boutades* las entiende un chico de la escuela: responden a órdenes de la sensibilidad rudimentarios, primitivos... Tan primitivos que acaso nuestro padre Adán ya escribiese de ellos en la corteza de los árboles del Paraíso. ¡Estamos tan distantes usted y yo en el ideal de la patria... y en todas las cosas!... ¡La Madre! ¡la Madre! ¡Magna idea! ¡Yo la pronuncio con letra mayúscula!

FEDERICO. Yo la siento.

FLORENCIO. Sueño, en mis delirios de redención de este rebaño que forman hombres y mujeres, sueño una Humanidad ideal, Madre toda ella.

¡Pero veo tan lejana la realización de este sueño mío!

FEDERICO. Señor de Misael, eso que usted llama su sueño, no pasa de ser una fórmula vana... una nube engañosa que dora el sol... Una cosa es la patria y otra el amor entre todos los hijos de la tierra: un amor cristiano que junte en el nombre de Dios las razas más diversas... los pueblos más distantes... Pero ¿qué tiene que ver eso con la patria de cada cual? En nombre de la Humanidad, aunque le ponga usted letra mayúscula, no es lícito dejar de ser patriota. Esa cantinela de usted es simplemente una emanación del egoísmo, para eludir los deberes y responsabilidades que nos trae consigo la patria.

FLORENCIO. ¡Bah, bah! ¡Responsabilidades! ¡deberes!... Los aceptaría todos, cuando hubiese nacido en esto que se llama patria, por mi voluntad... Pero esta discusión nos llevaría muy lejos... He perdido en un segundo el humor de enfrascarme en ella. Además, le pongo a usted nervioso; está visto... ¡Ja, ja, ja! No vale la pena de tomarlo así, créamelo... La esfera del pensamiento es infinita, como lo es la de las pasiones... Cabemos todos holgadamente. Dejo a usted. Me voy un rato al templo. Dios le guarde.

Anderson se subleva. Cuando Florencio va a trasponer ya la celosía, como si quisiera impedir que entrara en la iglesia, le grita:

FEDERICO. ¡Un momento!

FLORENCIO. ¿Eh?

FEDERICO. Un momento. Quisiera hacerle una pregunta.

FLORENCIO. Usted dirá.

FEDERICO. En la revista *Atlante*, de Nueva York, vienen publicándose unos artículos antiespañoles...

FLORENCIO. Son míos. ¿Era eso?

FEDERICO. Eso era. He tomado más de una vez la pluma para combatirlos acerbamente en un periódico sevillano, y quería saber...

FLORENCIO. Pues ya lo sabe. Si ahora que conoce al autor se siente usted más decidido a la protesta, moje su pluma en hiel y escriba, que me dará un placer inefable, señor Anderson. Ya le dije que amo la controversia.

FEDERICO. Yo, no; pero cuando hace falta, la busco; la provoco, si es menester.

FLORENCIO. ¡Pues nada, a ello! ¡Vengan ya tajos y mandobles sobre mis costillas antiespañolas! ¡Así escribiré veinte artículos si había de escribir diez! ¡Me los paga muy bien la revista! Y eso que habrá usted advertido que están escritos al correr de la pluma; sin pensar siquiera; descubriendo Mediterráneos. No he hecho más que escuchar la voz universal que corre sobre este desdichado país, y recogerla en las cuartillas. Cabría decir que son artículos escritos al dictado.

FEDERICO. Al dictado de la calumnia.

FLORENCIO. ¿De la calumnia?

FEDERICO. ¿No se llama así? Pues ¿cómo se llama en castellano lo que se propala por verdad sabiendo que es mentira?

FLORENCIO. ¿A qué mentiras se refiere usted?

FEDERICO. ¡A muchas! ¡A todo el contenido de sus artículos!

FLORENCIO. ¡No basta decirlo: hay que probarlo!

FEDERICO. ¡Probado está! Si no lo sabe usted, apréndalo antes de escribir. Desde Quevedo acá van tres siglos de pruebas. Habla usted de la crueldad de los conquistadores españoles en las Indias, cuando ya la verdad histórica ha desmentido rotundamente esa crueldad. ¡La legislación española en las Indias la quisieran hoy para su honra los pueblos más cultos! Habla usted de que el fanatismo religioso aherrojó el arte en su país, y si me muestra usted arte más libre que el de Lope y Tirso, doblemente libre por ser teatro, yo me dejo cortar esta mano con que voy a contestarle a usted. Habla usted de que no existió la ciencia española, de que la cultura universal nada le debe a España, y se calla pérfidamente que en muchas Universidades del mundo enseñaban maestros españoles. Habla usted de que en las hogueras de la Inquisición morían los pensadores y los sabios, y yo le desafío a que me cite un solo nombre que haga verdad esa negra leyenda. ¡Y de todo ello habla usted a vuela pluma, yo no sé si con inconsciencia o con maldad, porque se lo

paga bien una revista del extranjero!... ¡No hay duda: es usted un gran hombre!

FLORENCIO. Se expresa usted ahora en un lenguaje, que no estoy dispuesto...

FEDERICO. Pero ¿no me ha oído usted comparar el amor que me inspira España con el amor que pudiera inspirarme una mujer? ¡Pues imagine, si una mujer me cautivara y alguien la calumniase, cómo le hablaría al difamador!

FLORENCIO. ¡Basta, señor Anderson: a las cuartillas con todo eso! ¡Vuelque usted en ellas todo ese rencor que me tiene, toda esa antipatía, todo ese odio, cuyo móvil, hasta este instante mejor disimulado, ha descubierto ya! ¡Yo sabré contestarle!

FEDERICO. ¡Confíe usted en que le ofreceré materia! ¡En el concepto de la patria caben apreciaciones y distingos; pero la verdad y la mentira son dos palabras transparentes! *Le vuelve la espalda y se va resueltamente por el pasadizo.*

FLORENCIO. ¡Mentecato! *Lo mira ir, apretando los puños.*

Corre luego hacia la celosía. Al llegar a ella siente a Jimena, que se acerca, y se recata en un rincón acechando su paso. Sale entonces Jimena en dirección al pasadizo, y él se le interpone exclamando con júbilo: ¡Ah! ¡Jimena!

JIMENA. *Espantada.* ¡Oh! *Huye de él.*

FLORENCIO. ¡No huyas!

JIMENA. ¿Qué es esto? ¿No he de huir?

FLORENCIO. ¡No huyas! ¡Te seguiré!

JIMENA. ¡Llamaré, entonces! ¡Quítate!

FLORENCIO. *Cerrándole el paso por la derecha.* ¡No; por aquí tampoco! ¡Has de oírme!

JIMENA. ¡Jamás!

FLORENCIO. ¡Aquí, o ahí dentro, o ante los altares, o en los infiernos, has de oírme!

JIMENA. ¡Cobarde! ¡Llamaré; gritaré!

FLORENCIO. ¡Peor para ti, si gritas!

JIMENA. ¡Cobarde!

FLORENCIO. ¡Sabes que no lo soy! Y he hecho correr que estaba fuera de Sevilla para que te confiaras, y sorprenderte.

JIMENA. ¡Una nueva hazaña! ¿Quieres que te odie y que te desprecie más todavía?

FLORENCIO. ¡Quiero enterrar tu desprecio y tu odio!

JIMENA. ¡Tendrías que enterrarme a mí! ¡Paso!

FLORENCIO. ¡No!

JIMENA. ¡Paso!

FLORENCIO. ¡Te juro que no! ¡Si tu odio no se extingue, Jimena, mi amor tampoco!

JIMENA. ¿A qué llamas amor, hombre maldito? ¡Tu maldad es la que no se acaba! ¡Calumniador! ¡Infame!

FLORENCIO. ¡Te calumnié para hacerte imposible otro amor que el mío!

JIMENA. ¡Eso es una farsa ruin!

FLORENCIO. ¡Esa es la verdad de mi alma!

JIMENA. ¡La verdad y tu alma no pueden vivir juntas!

FLORENCIO. ¡Mis hechos te prueban que no miento! ¡Te he seguido siempre! ¡Dondequiera que ha podido nacerte un nuevo amor, he estado yo para impedirlo!

JIMENA. ¡Por despecho villano, por rencor, por la rabia que te dió mi desprecio!

FLORENCIO. ¡Tu desprecio era tan injusto, que encendió mi amor hasta enloquecerme!

JIMENA. ¡Mentira!

FLORENCIO. ¡No es mentira: loco estoy por ti!

JIMENA. ¡Mentira! Ni ¿qué me importa nada tuyo?

FLORENCIO. ¡Quiéreme; perdónam e! ¿Ni el perdón merezco de tu alma cristiana?

JIMENA. ¡La salvación de ella habían de ofrecerme por él, y no te lo daría! *Tratando nuevamente de huir.* ¡Paso!

FLORENCIO. ¡Es inútil! ¡De aquí no te vas sin que yo oiga de ti una palabra de piedad, de esranza!

JIMENA. ¡Pues ésa, ni mintiendo para que me dejes escapar, la pronuncio! ¡Prefiero este suplicio de oírte y de verte!

FLORENCIO. ¡Ah! ¡Pues tú me has de querer! ¿Qué remedio, si mataré el amor de todos los que a ti se acerquen?

JIMENA. Y ¿por eso te he de querer a ti, necio? Pero ¿qué ideas monstruosas engendra en tu cerebro la vanidad? ¡Quererte yo!

FLORENCIO. ¡Como me quisiste!

JIMENA. ¡Engañada!

FLORENCIO. ¡Pero me quisiste!

JIMENA. ¡Para maldecir ya eternamente la hora en que te vi! ¡Desiste de lo que pretendas! ¡Vete!

FLORENCIO. ¡No pretendo sino salvar mi amor y salvarte con él!

JIMENA. Pero ¿qué quieres, insensato? ¿Qué quieres? ¿Que yo misma haga verdad tu calumnia? ¿Que el mundo piense alguna vez, con razón, viéndome unida a ti, que aquello fué cierto? ¿que tu infamia no era infamia, sino verdad? ¿que tu boca y la mía estuvieron juntas? ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Quita, quita: déjame! ¡No quiero verte más! ¡Déjame salir! ¡Mira que aún no sabes qué mujer soy!

FLORENCIO. ¡Porque lo sé te quiero hacer mía!

JIMENA. ¡Qué espanto!

FLORENCIO. ¡Me fascina en ti cuanto hay en tu corazón y en tu alma que no hallo en los míos! ¡Tú puedes hacer de un náufrago de la vida, un hombre! ¡Ten piedad!

JIMENA. ¡No quiero!

FLORENCIO. ¡Tú desconoces hasta qué punto este monstruo de vanidad, como me llamas, pasa la vida despreciándose! ¡Camino a tientas, sin hallar nunca luz, ni siquiera muros en que apoyar las manos!... ¡Tú serías mi patria y mi fe! ¡Mi re-

poso en la vida! ¡Ahora te estoy abriendo mi corazón!

JIMENA. ¡Miedo me daría asomarme a él!

FLORENCIO. ¡Sálvame, Jimena! ¡Sólo tú me puedes salvar!

JIMENA. ¡Pues de mí no lo esperes!

FLORENCIO. ¡Es que sin ti voy a morirme!

JIMENA. ¡Es que yo no quiero morirme contigo!

FLORENCIO. ¡Ahora eres tú más mala que yo!

JIMENA. ¡Pues también esta maldad es obra tuya!

FLORENCIO. ¡Qué! ¿Viene gente?

JIMENA. ¡Sí! ¡A Dios gracias! *Sollozando.* ¡Ay de mí!...

FLORENCIO. Serénate.

Silencio. Se apartan. Por el pasadizo vienen don Augusto, a quien ya conocemos, Isidra, la muchachita dolorida que va a ingresar en la comunidad, y doña Asunción, amiga respetable que la acompaña en trance tan solemne. Ambas traen velo. Isidra es bella y delicada. Llegan los tres hasta el centro de la escena, callados, sombríos... A los labios de Isidra asoma tal vez una leve sonrisa melancólica. Pureza sigue a discreta distancia al grupo, y a ella, Valeriano, también a distancia. Aún dura entre los novios el pasado disgusto. La Seglarita, como llamada a toque de esquila, asoma a su puerta y es toda ojos.

Florencio, contrariado, se marcha al fin por el pasadizo, anhelando en vano que Jimena lo mire.

La atención de ésta se ha reconcentrado de súbito en la interesante figura de Isidra. Rompe el triste silencio, diciendo como para sí:

JIMENA. ¡La niña calumiada!

ISIDRA. *Con voz débil.* Ya estamos aquí. He de yamar tres veses.

Llevándose tras de sí las miradas de todos, se acerca a la puerta de regla y llama tres veces. Hincase luego de rodillas y aguarda como en oración. La puerta se abre pausadamente a poco de par en par, descubriendo una sencilla estancia del convento, en la cual aparecen todas las monjas, tapados los rostros con los blancos velos, y dispuestas a recibir con la alegría más pura a la nueva hermana. La Abadesa, que está ante todas, sin trasponer el umbral, se dirige a la postulante.

ABADESA. Bien venida, hermanita. Despídase su caridad de las personas que aquí la han traído, y entre a gozar de la paz bendita de esta casa, donde Nuestro Señor la espera.

Isidra se levanta. Sonriendo entonces, como si la visión celeste de las monjas le hubiese dado en un instante a su abatido corazón una tierna y poética conformidad, va a abrazarse a doña Asunción, que no puede reprimir el llanto: un llanto callado y tranquilo.

ISIDRA. ¡Vamos! ¿Qué es esto, doña Asunsión? ¿Lagrimitas ahora? ¿No quedamos en que iba usté a ser fuerte?

DOÑA ASUNCIÓN. *Recobrándose y besándola*

luego. Sí. Ya pasó. Discúlpame. Adiós, hija.

ISIDRA. Adiós. *A don Augusto.* Adiós, padrino.

DON AUGUSTO. Adiós, nena. *La besa y la abraza también.*

Isidra, cuando de nuevo se encamina a la puerta de regla para encerrarse en el convento, quizás eternamente, encuentra unos ojos que la miran con dolorosa angustia, y unos brazos que parece como si quisieran abrirse para recibirla: son los de Jimena. Misteriosamente atraída por ella, se deja abrazar y besar. Jimena le dice:

JIMENA. Que sea usted dichosa, niña.

ISIDRA. Espero serlo más que en el mundo.

Entra al fin en la santa casa. La Abadesa y las demás madres la acogen en silencio, abrazándola blandamente Mientras tanto, la puerta se cierra. Don Augusto, advirtiendo la tribulación de la madrina, la aleja de allí con palabras de afecto.

DON AUGUSTO. Ea, venga usted, venga usted... Aún acaso tenga remedio... Venga usted...

Se va con doña Asunción por el pasadizo.

La Seglarita se retira a su casa como una sombra. Pureza, con imperioso arranque de amor, corre a Valeriano.

PUREZA. ¡Perdóname tú lo de antes; pero no te vayas nunca de mi lao!

VALERIANO. ¡Ni tú der mío!

Se cogen de las manos como si quisieran encadenarse para siempre.

Jimena, ensimismada, creyéndose sola, agita airosamente la gallarda cabeza, llena en tal punto de los pensamientos más siniestros, y exclama con bella rebeldía:

JIMENA. ¡Oh, no! ¡Esto, nunca! ¡Esto, no! ¡Dame fuerzas, Dios mío, para luchar en la vida con todas las pasiones!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación del convento de las Reliquias en que trabaja Federico Anderson. Puerta a la derecha del actor, y ventana con reja, al foro, que da a un patinillo. Una mesa, un sillón y dos sillas, y un brasero sobre un ruedo de pleita. En la pared de la izquierda, una cruz de palo. Colgados en esta pared y en las otras, sin ningún orden ni simetría, varios cuadros al óleo de mediana pintura y asunto religioso, en los que las madres imaginan acaso poseer joyas de Murillo y de Valdés Leal. Ha pasado un mes. Cae la tarde.

Sale Jimena con Pureza. Jimena, disimulando secreta inquietud; Pureza, velado el risueño semblante por una nube triste.

JIMENA. No; no está.

PUREZA. ¿Ve usté como no está? Aunque una no ande siempre ar cuidao, no es don Federico ninguna sombra pa que se entre por er compás sin que nadie lo vea.

JIMENA. Sí; pero esta tarde pudo entrar aquí por el templo.

PUREZA. Si yo he venío también dos o tres veses a darle una vuertesita a la copa... Sólo que cuando er padre Domingo se empeña en argo... ¡Hoy está más nervioso!...

JIMENA. A mí don Federico me dijo que iba a pasar más de medio día fuera de Sevilla. Sin embargo, a estas horas ya, es un poco raro que no haya vuelto. ¿Qué hora es?

PUREZA. Las sinco. Ahora se van los días en un soplo. ¡Dichoso noviembre!... Es er mes más triste del año. ¡Ay!... Echaremos una firmita. *Mueve el brasero.* Hoy no ha calentao más que a las pinturas.

JIMENA. Templa muy bien la habitación.

PUREZA. Como es tan chiquitita... ¿Usté viene a vé la toma de hábito?

JIMENA. No. Sí. Es ceremonia que no he visto nunca, y la Seglarita quedó en advertirme cuando la hubiese. Esta mañana me mandó aviso con Chinela.

PUREZA. Sí; con er monasiyo. La muchacha que hoy toma el hábito es de Sanluca, hija de un comandante... Y usté no quiera sabé cómo está er comandante... Se le ahoga con un pelo. Ayé de mañana yoraba con nosotras. Porque es hija única. Pero dichosa eya.

JIMENA. ¿Quién?

PUREZA. Eya; la que va a sé esposa der Señó.

JIMENA. Y ¿usted la envidia? Eso es nuevo.

PUREZA. Señorita, hábleme usté de tú. Ya sabe usté que se lo he dicho.

JIMENA. Y ¿tú la envidias?

PUREZA. No; no señora, no la envidio. Digo, sí la envidio. Le envidio que tiene un novio que no le da dijustos.

JIMENA. ¡Ah! ya. Y ¿qué disgustos te da a ti Valeriano, si no vive más que para ti?

PUREZA. ¿Le paese a usté poco? ¡Mañana toma er tren pa Cádiz... y pasao mañana er barco pa Chile! Se le puso en la cabesa y lo consiguió. ¡No quiero ni pensarlo! ¡Miste que le he ensendío yo velas a la Virgen pa que esto no suseda!

JIMENA. Pues cuando la Virgen lo consiente, será por el bien de los dos.

PUREZA. Será... pero yo no tengo er talento de la Virgen pa comprenderlo así.

JIMENA. ¿Qué tiempo lleváis ya de novios?

PUREZA. ¡Casi na! Un suspiro, como aquer que dise. Hora más, hora menos, er tiempo que yevan usté y don Federico.

JIMENA. ¡Muchacha!

PUREZA. ¿Cree usté que no lo sé? Er mismo día que Valeriano me dió a mí a comprendé que yo le gustaba, me habló de usté don Federico de una manera que no había más que oírlo pa presumí lo que ha pasao. Cuando los hombres la quieren a una de verdá, hasta er coló se les pone distinto al hablá de una.

Llega de improviso la Seglarita, sorprendiendo a ambas.

JIMENA. ¿Eh?

PUREZA. ¿Quién? ¡Ah! que eres tú. Hija, no se te siente: paese que pisas argodón en rama.

La Seglarita, dulcemente excitada por el suceso del día en el convento, se dirige a Jimena.

La Seglarita. Me ha dicho Chinela que ya tiene usté reservá su siyita en el artá mayó. Y luego se la pondrá junto ar coro pa que vea usté toda la seremonia como Dios manda.

Jimena. Muchas gracias, mujer.

La Seglarita. Ya ha yegao er prelado. La muchacha está divina con er traje de novia. ¡Tiene unos ojos negros más presiosos! Se le ven más con lo blanco der vestido y der velo. Y ¡trae una de flores!...

Pureza. La fiesta parese una boda.

La Seglarita. Y lo es: una boda con Nuestro Señó. Le gustará a usté mucho. Primero er prelado, en el artá mayó, le echa una plática muy bonita. Y eya entonses hase la profesión de fe. Y luego er prelado le dise: «Ya no te yamas como te yamabas en er mundo, Carmen Rodríguez Pérez —es un poné—, sino que te yamarás sor Ana María de los Dolores.» Y en una batea de plata le traen el hábito. Y después le quitan las flores, y er manto, y las alhajas, y le cortan er pelo; y cuando ya vestida de monja entra por er coro, la van abrasando las madres una por una. Y mientras se escucha una música y se oyen unos cánticos religiosos que paresen voses de la gloria. Da mucha pena, pero gusta verlo.

Pureza. Lo va usté a presensiá dentro de diez minutos, pero eya tenía que contárselo a usté.

La Seglarita. ¡Er día que tomó el hábito mi hermana Bernarda, yoré yo más!... ¡Pensá que

iban a cortarle aqueya mata de pelo bronseao, que sin ponderá, cuando se la sortaba yegaba ar suelo!... ¡Yoré yo más!... *Impaciente.* ¿Se viene usté a la iglesia?

JIMENA. Ahora, ahora iré.

LA SEGLARITA. Va yegando muchísima gente. Yo cuidaré de su siyita. Puresa, aquí tienes a Valeriano.

Se va con su obsesión, cruzándose con Valeriano, que aparece. Trae capa.

VALERIANO. Ya quiso Dios que diera contigo. Buenas tardes.

JIMENA. Buenas tardes.

PUREZA. Ya quiso Dios. ¿Te ha costao trabajo encontrarme, verdá?

VALERIANO. Me ha costao trabajo.

PUREZA. Pos ya verás cuando estés en Chile.

VALERIANO. ¡No me nombres eso!

PUREZA. ¡A vé! ¡No tengo más idea!... Arranca tú der pensamiento una cosa así. ¿Verdá, señorita?

JIMENA. ¡Verdad, verdad, Pureza! ¡Como a mí! ¡como a mí! ¿Quién será capaz de arrancarme ahora del pensamiento esto que tengo en él? *Se abandona a su tribulación, y llora.*

Los muchachos la atienden solícitamente.

PUREZA. ¡Señorita!

VALERIANO. ¡Doña Jimena!

PUREZA. ¿Qué le susede a usté?

VALERIANO. ¿Qué le pasa?

PUREZA. Ya me estaba yo malisiando que la

prosesión le iba por dentro. ¡Era mucha cara de lágrimas! Desahóguese usté con nosotros, señorita. ¿Qué tiene usté?

JIMENA. ¡Qué tengo! ¡qué tengo! ¡Si yo pudiera explicar lo que tengo! ¡Ganas de llorar mucho; ganas de irme y de quedarme!... ¡Una falta angustiosa de alguien que no está aquí, y un temor de algo pavoroso, siniestro!...

VALERIANO. Sosiéguese usté.

PUREZA. ¿Quiere usté una poquita de agua?

JIMENA. No, hija, no... Lo que siento es darles este mal rato a ustedes, que necesitan hoy todos los momentos para los dos... Déjenme ustedes sola.

PUREZA. ¡Vamos, señorita!

JIMENA. Sí, anda, vete con él; déjame sola. Llévesela usted, Valeriano.

VALERIANO. Caye usté, por Dios; ¡qué disparate! Viéndola a usté de esta manera... Mándeme usté si de mí nesesita.

PUREZA. ¡Pos claro!

VALERIANO. Mándeme usté con libertá.

JIMENA. Muchas gracias. Dígame, Valeriano: usted que de Triana aquí tiene que atravesar toda Sevilla...

PUREZA. ¿Por qué no le habla usté también de tú?

VALERIANO. Caya ahora.

JIMENA. ¿Ha encontrado o ha visto por casualidad esta mañana o esta tarde...?

VALERIANO. ¿A quién? ¿A don Federico Anderson?

JIMENA. Justamente.

VALERIANO. No, no, señora; hoy no lo he visto. Y suelo verlo argunos días. Ayer mismo lo vi en er Triunfo.

JIMENA. ¡Hoy no lo ha visto nadie! ¿Ni ha oído usted nada de él tampoco?... ¿No sabe usted nada...?

VALERIANO. ¿Qué he de sabé yo que usté no sepa? Yo no sé más sino las murmurasiones que hay a cuenta de esos artículos defendiendo a España que en la prensa se están publicando... y que argunas personas disen que son de don Federico.

JIMENA. ¡Y lo son; lo son, aunque en cruz lo niegue!

VALERIANO. Pero ¿don Federico lo niega?

JIMENA. ¡A mí me lo ha negado hasta ahora! ¡Mentira inútil; pueril, como de un hombre que no sabrá mentir jamás! ¡Son suyos, son suyos!... ¡Yo tengo el secreto de la pasión que en ellos vibra y de la ráfaga de odio que zumba entre sus letras! Insulta al enemigo, le abofetea con la pluma, sin perder su aire de caballero... ¡Son de él, son de él! ¡Nadie escribiría de esas cosas con tanto amor y tanta saña juntos! ¡Son de él!... ¡Y ese es mi gran miedo!...

VALERIANO. Es claro; usté teme que el otro...

PUREZA. ¿El otro es don Florensio, quisás?

JIMENA. ¡El mismo! ¡Ese... ese desalmado es el otro! ¡El que me alejó de mi madre! ¡El que llenó de dolor mi vida! ¡El que pudo matar a mi hermano!... Y ¡qué sé yo, qué sé yo si a estas horas estarán esos dos hombres frente a frente!

PUREZA. ¡Virgen María!

Jimena mira a Valeriano, que rehuye su mirada.

JIMENA. ¡Valeriano, usted sabe algo más!

VALERIANO. No, doña Jimena...

JIMENA. ¡Sí, sí; se lo estoy leyendo en el semblante! ¡Lo que sepa, dígamelo usted!

VALERIANO. Si no sé más que eso, señorita...

JIMENA. ¡Por el amor de Pureza, Valeriano; no me engañe! ¡Dígame todo lo que sepa!

PUREZA. Díselo, hombre. Más malo es tenèrla en esta angustia.

VALERIANO. Si no he dicho más que lo que he dicho, porque de sierto no debo asegurá otra cosa. He hablao de lo que se murmura... Y entre to lo que se murmura, ya no lo niego, se habla también de un desafío...

JIMENA. ¡Oh! ¿Lo ve usted?

VALERIANO. Pero ¿y si son cosas de la gente?...

JIMENA. ¡No, no! ¡Esta vez la gente no se engaña! ¡Así acertara siempre en todo! ¡Dios míol ¡Dios míol ¡Sálvalo! ¡Sálvalo, que con él salvas la verdad!

VALERIANO. Er padre capeyán quisás tenga más pormenores...

JIMENA. ¿Usted cree que el padre Domingo...?

PUREZA. Sí; por Pepichi...

VALERIANO. Como es inseparable del otro...

PUREZA. ¡Y eso es lo que er buen señó tiene hoy ensima! ¿Cómo no habré yo dao en eyo hasta ahora?

JIMENA. ¿Seguirá en su casa el padre Domingo?

VALERIANO. En la asotea estaba cuando yo entré.

JIMENA. ¡Voy a verlo! *Avanza resueltamente hacia la puerta, y de súbito se detiene un instante.* ¡Dios mío! ¡Me espanta lo que pueda oír! Pero ¿por qué quiere ese hombre regar con sangre mi camino? *Vase rápidamente.*

PUREZA. ¡Pobre señorita! ¿Tú estás enterao de argo más?

VALERIANO. No; no hay más que eso, que ya es bastante. Disen que hoy se batían a muerte.

PUREZA. ¡Jesús!

VALERIANO. Pero como yo no tengo la sertesa, me he cayao. Son muchas las cosas que don Federico le ha dicho al otro. Tenía que no sé hombre pa aguantarse. Sobre to habiendo como hay una mujé entre eyos.

Lejanos acordes de órgano llegan al recinto, anunciando que ha comenzado en la iglesia la ceremonia religiosa.

PUREZA. Dios querrá evitá una desgrasia. Vámonos ayí.

VALERIANO. ¿Ayí? ¿Pa qué? ¿Pa tené que seguí hablando de lo mismo?

PUREZA. No, hombre; pa que no me eche de menos mi madre.

VALERIANO. Tu madre se creerá que estás donde esta tarde está toa la gente: en la iglesia, en la toma de hábito. Yo mismo lo creía, y entré en la iglesia antes de vení aquí.

PUREZA. ¡Qué bonita está la muchacha!

VALERIANO. Bonita tú, cuando te pongas un vestido así pa casarte conmigo. Menos santa, pero más bonita.

PUREZA. ¿Yegará ese día, Valeriano?

VALERIANO. ¿No tiene de yegá? Ayá arriba está escrita la fecha.

PUREZA. ¿En las nubes?

VALERIANO. Un poco más arriba. *Se le acerca amorosamente.*

PUREZA. ¿Pos no tengo miedo, chiquiyo? A mí este cuarto me da miedo. Como está junto al enterramiento de las monjas...

VALERIANO. ¿Miedo a mi lao, Puresa?

PUREZA. ¡A tu lao! ¡Qué poquito me va a durá!

VALERIANO. ¿Le yamas tú poquito a la vida entera? *Ella lo mira, sonriéndole tristemente.* Pero tienes rasón: una vida, por larga que sea, es corta pa quererte a ti. ¡Yo quisiera tené siete vidas como los gatos!

PUREZA. Hoy no me hases reí con tus ocurrensias. Estoy muy triste. ¿Me quieres mucho tú?

VALERIANO. ¿Que si te quiero? Formá: por ti hago lo que hago. A no sé por ti, quisás me hubiera conformao a seguí en Seviya, ganando tan sólo er jorná que me da mi maestro. Pero un hombre que tiene la suerte de tropesá contigo y de que tú lo quieras, y de nasé con una habilidá que no es cosa corriente, si no la aprovecha pa ti, es un mendrugo. Y además un ingrato con Dios.

Cesa la música del órgano.

PUREZA. No, si he yegao yo misma a está conforme; que paese mentira, Valeriano. ¡Miste yo, que casi der compás no me muevo, consentí que tú te vayas tan lejísimo! A los primeros días me desía la Virgen: «Si se va, no te quiere.» Pero luego, poquito a poco, ha acabao por desirme to lo contrario: «Por lo que te quiere se va.»

VALERIANO. Ni más ni menos. ¿Desearé yo irme? ¿Me gustará a mí dejá de verte y de oírte tos los días? ¡Si no fuera por lo que es!... Pero si ar lao de ese cabayero de Chile está mi fortuna, ¿quién la deja escaparse? ¿Quién no va a Chile y ar Perú y a la fin der mundo? Y tú verás vorverse la veleta. Ese será mi premio. Ahora la gente que conose mis trabajiyos y que más me estima—gente con mucho smiyones arguna de eya—, haga yo lo que haga no sale de aquí: «¿Sabes que este chiquiyo es listo?» «Este chiquiyo tiene mérito.» «No es manco este chiquiyo.» «Este chiquiyo va

a valé.» «Este chiquiyo... este chiquiyo...» ¡Caramba, pero este chiquiyo nesesita argo más que buenas palabras! Este chiquiyo tiene una madre a quien mantené; este chiquiyo tiene una novia pa casarse; este chiquiyo quié tené tres o cuatro chiquiyos...

PUREZA. ¡Vamos! ¡Que te cayes ahora!

VALERIANO. ¿Cómo me he de cayá? Y acuérdate de esto: yego a Chile, monto la fábrica, prinsipio a sortá presiosidades por los deos de la mano, asombro ar mundo, lo yeno con mi fama, y entonses, a toas horas, has de escuchá a esta misma gente: «¡Si eso estaba visto!» «¡Si lo dije yo!» «¡Si ese chiquiyo vale mucho!» «¡Si ha sío una lástima que se vaya de aquí!» ¡Bueno, pero si no se va, to se quea en el aire! ¡Y del aire no viven más que los camaleones!

PUREZA. Y tú no lo eres.

VALERIANO. Sabes que más de cuatro veses te lo he dicho: pa apresiá una cosa, hay que perderla. Lo que tenemos junto no nos damos cuenta de lo que vale. Por lo menos aquí. ¡Somos tan modestos nosotros... que hase farta casi siempre que nos empuje er viento der renombre de fuera!

PUREZA. Oye, Valeriano: y ¿cómo le vais a yamá por fin a la fábrica? ¿Lo habéis desidío?

VALERIANO. Esta mañana misma. ¡Sin nombre va a nasé! ¡Jesús! Yo lo he dao. Y no hubo discusión. ¿Cómo te figuras tú que vamos a ponerle?

PUREZA. ¿Cómo? Yo pa eso soy muy torpona. ¿Cómo?

VALERIANO. Puresa.

PUREZA. ¿Mi nombre?

VALERIANO. ¡Tu nombre! ¿Dónde lo hay más bonito?

PUREZA. ¡Pero eso es guasa tuya!

VALERIANO. Esto es lo más serio que te he dicho esta tarde. Puresa se yamará la fábrica. Y no sardrá de sus hornos un asulejo, ni una figura, ni un capricho, ni una jarra pa flores, que no yeve un seyo que diga: «Puresa». ¿Me acordaré de ti? ¿Que se hase la tasa de una fuente? ayí está mi novia. Que se pone una loseta en un campanario: ayí está mi novia. Que se yeva un ánfora a un museo: ayi está mi novia. ¡Yo aprovecho er viaje pa que en er mundo entero sepan de tu nombre!

PUREZA. ¡Qué lástima que no pueda yo irme contigo!

VALERIANO. Es una lástima y no lo es. Yo, ¿qué más querría? Mirarte a toas horas. Pero aquí acompañas a mi madre... y tiras de mí. Dejo aquí mis raíses, en aqueyas tierras hago sólebre er nombre de Puresa, y cuando prinsipie a enterarse la gente de quién es Puresa, ¡las Américas se despueblan pa ve'í a mirarte la cara! Y ahí tienes er finá: un hombre solo... que se trae la simpatía de medio mundo pa su tierra.

PUREZA. Mucho humo yevas tú en er tejao, Valerianiyo.

VALERIANO. ¡Es que hay fuego en la casa! Y que to el humo es poco pa volá. ¿Tú no has visto los globos? ¡Aparte de que yevo un contrapeso en er corasón! ¿De qué yoras?

PUREZA. De lo que me dises... y de lo que pienso. De cariño yoro, Valeriano. *Óyense, como antes el órgano, dulces cantos monjiles.* Escucha. ¿No escuchas?

VALERIANO. ¿Qué?

PUREZA. Las monjas cantando. Ya acabó la toma de hábito. ¡Y no la hemos visto!

VALERIANO. Eyas en su mundo y en er nuestro nosotros.

PUREZA. Imposible parese que estén los dos tan serca. Esos cantos son de grasias a Dios porque entra en er convento otra hermana.

VALERIANO. Yo también se las doy ahora mismo, porque me ha puesto junto a ti. Dios está también aquí con nosotros. ¿No lo crees?

PUREZA. ¿No tengo de creerlo? To lo que tú me dises lo creo ya.

Valeriano la mira embelesado, temblando de amor. Luego se le acerca y le pregunta muy quedito:

VALERIANO. ¿Me darás un beso antes de irme? *Ella baja los ojos.* Me lo ofresiste avé.

PUREZA. Pos he variao de opinión.

VALERIANO. Yo, no; yo sigo en la misma.

PUREZA. Te lo daré a la vuerta... y así vendrás más pronto a buscarlo.

VALERIANO. Y ¿pa qué lo vamos a dejá pa la vuerta?

Se le acerca aún más, como queriendo desvanecer con amor y delicadeza los escrúpulos de la mocita. Ella, entre vencida y ruborosa, le dice sin voz casi, y apartándose de él:

PUREZA. ¡Quita, que viene gente!

VALERIANO. ¿Que viene gente? ¿Quién viene?

PUREZA. Arguien que se ha parao junto a la ventana.

VALERIANO. A vé. *Se asoma a la ventana.* Yo no veo a nadie, chiquiya.

PUREZA. Pos yo juraría que sentí los pasos. Y esto ha sío un aviso de Dios. Íbamos a hasé argo que estaba mal hecho.

VALERIANO. ¡Ah! pero ¿lo íbamos a hasé?

PUREZA. Ya no sé lo que digo. Tengo mucha aprensión, Valeriano. Estamos en pecao mortá.

VALERIANO. No es pa tanto, muchacha...

PUREZA. Vamos a la iglesia.

VALERIANO. Vamos a la iglesia; pero antes...

PUREZA Déjate de antes ni de después. Vamos a la iglesia... a encomendarle tu viaje a Dios.

VALERIANO. Vamos a la iglesia. *Tomándole una mano.* ¿Te acuerdas der primer día que la vimos juntos?

PUREZA. ¡Pa no acordarse es er día de hoy! Anda, ven conmigo.

Tira cariñosamente de él, mirándolo. Valeriano

se deja llevar, como quien sabe que no lo arrastran a ningún precipicio.

La escena queda sola. Los tiernos cantos de las monjas se perciben ahora más claramente en medio del silencio que reina.

Poco después, embozado en extranjera capa, llega Anderson. Pasea los ojos por la habitación, inquieto, y cierra la puerta. Luego deja sombrero y capa, y cae en el sillón, abatido. Al cabo exclama:

FEDERICO. ¡No puedo más!... ¡Dios del cielo! ¿Soy yo el que era?... ¡Tendré que huir de aquí! *Cesan los cánticos religiosos. Se inclina sobre los papeles que hay en la mesa y los recoge febrilmente. De pronto se detiene ante una cuartilla.* ¡Oh! ¡Qué inesperado comentario! Las palabras de Que vedo con que iba a coronar mis artículos... *Lee, anheloso.* «¡Oh, desdichada España! Revuelto he mil veces en la memoria tus antigüedades y anales, y no he hallado por qué causa seas digna de tan porfiada persecución. Sólo cuando veo que eres madre de tales hijos, me parece que ellos, porque los criaste, y los extraños, porque ven que los consientes, tienen razón de decir mal de ti...» ¡Gran verdad escribió el gran satírico!... Pero yo... yo... ¡yo tal vez he ido más allá!... ¿Quién? *Viendo a Jimena, que en la puerta aparece.* ¡Jimena! *Corre a su encuentro.*

JIMENA. *Volando a él.* ¡Federico! *Se estrechan fuertemente las manos; se miran. Ella, con ansia de leer en sus ojos; él, con exaltación amorosa.* ¡Me engañaste!

FEDERICO. ¡Era mi deber!

JIMENA. ¡Pero mi corazón estaba contigo! ¡Veía la evidencia, aunque mil bocas me hubieran jurado lo contrario! Estás trémulo, muerto de fatiga... Reposa... Y dime, dime... ¿No vienes herido? ¡Te ha amparado Dios!

FEDERICO. ¡Si ha sido Dios o ha sido el diablo, ya me lo dirá mi conciencia!

JIMENA. ¡Federico!

FEDERICO. ¡No; Federico, no! ¡Este pecador que ahora te habla no es Federico Anderson!

JIMENA. ¿Qué dices?

FEDERICO. ¡No; yo no soy Federico Anderson; yo no soy aquel hombre bueno, de alma clara, de vida apacible, ennoblecida en el estudio y en el trabajo de la inteligencia; yo soy un miserable ser humano a quien el odio enloqueció! ¡Todas las pasiones, aun aquellas más viles de que siempre se halló virgen mi pecho, han entrado en él para alimentar ese odio y exacerbarlo! Oye esto, Jimena: ¡acabo de matar a un hombre!

JIMENA. ¡Jesús! *Se cubre el rostro con las manos.*

FEDERICO. ¡Reza, pero no llores!

JIMENA. ¡No lloro, no! ¡No lloro, porque el espanto rechaza las lágrimas; pero si llorase sería

por el peligro en que has puesto tu vida por mí! Lo demás, ¿qué me importa? ¡Yo le pedí a Dios que te salvase, porque tú, con nuestro amor, defendías la verdad: mi honra y mi nombre! ¡Si las calumnias de él no lo hubieran sido, él te hubiera matado a ti! Pero, por mucho que se aborrezca y que se odie... cuando se ve la muerte... ¡Perdón, Dios mío, perdón para los dos!

FEDERICO. ¡Cómo me consuelo de oírte, en medio de mi angustia, de mi pesar, de mi desvarío!... Era ese desdichado una serpiente entre nosotros. Llegó a serme imposible resistir, no ya su presencia y el solo sonido de su nombre, sino hasta su recuerdo. Ni el sueño me dejaba tranquilo, y cuando abría los ojos, nada acudía a mi frente más que él. Acechaba entre las sombras mi despertar... Era la obsesión de mi espíritu... Me acompañaba a todas partes... Desconcertaba mi trabajo, amargaba mi amor, ¡lo veía hasta en tus ojos, Jimena! ¡O él o yo!—gritó un día con toda su fuerza mi alma. ¡O él o yo!—repercutía constantemente en mi cerebro, oscureciéndolo y trastornándolo. ¡O él o yo!—parecía repetir también en mis venas el ritmo de la sangre. Y como tenía tanto que vengar en la misma persona, impulsado por mi doble amor, cogí la pluma para rebatir fieramente sus calumnias contra tu patria, y vi al cogerla que era una espada para defender a una mujer. ¡O él o yo!

JIMENA. ¡Tú, siempre tú! ¡El bueno, el justo!

FEDERICO. ¡El enamorado! ¡Venció el enamorado! ¡La mano que se complacía en echar cieno sobre la historia de tu España, ya está crispada y rígida! ¡La boca que propaló que tú fuiste su amante, que sabía del calor de tus besos...!

JIMENA. ¡Oh!

FEDERICO. ¡Contraída está ya también por la mueca del silencio eterno! ¡Dios, que está por encima de las conciencias de los hombres, que nos juzgue a los dos; pero yo no soy Federico Anderson!

JIMENA. ¿No lo has de ser? ¿Es que si no lo fueras te habrías apasionado así? ¡Porque eras capaz de lo que has hecho, ha sido posible esta locura; locura tan generosa en su noble origen, que al nacer ya estaba perdonada! ¡Bendito seas tú, bendita tu existencia, consagrada por natural inclinación al más bello ejercicio del hombre: a buscar entre las tinieblas de la vida lo que enaltece, lo que redime, lo que alienta, lo que honra a los humanos! ¡Bendito seas tú!

FEDERICO. ¡Y tu boca mil veces bendita! ¿Qué va a ser de ella si él me mata a mí?—era mi único miedo cuando nos pusimos cara a cara.

JIMENA. Y ¿qué haré yo, amigo de mi alma, para merecer tanto cariño, tanto heroísmo, tanta fe? ¡Yo te juro aquí, en este instante de nuestras vidas, turbulento y penoso; yo te juro aquí ante esa cruz, que de mis labios no ha salido más que la verdad; que puedes creer en mí como en tu

madre; que mi vida ya no es más que tuya, sólo tuya, y que yo me moriría si tú no la quisieras!

FEDERICO. *Dando un grito súbito, y retrocediendo espantado.* ¡Eh!

JIMENA. ¿Qué?

FEDERICO. *Presa de una alucinación, señalando al muro en que está la cruz.* ¡Mira, míralo!

JIMENA. ¿A quién?

FEDERICO. ¡A él! ¡Míralo!

JIMENA. ¡Federico! ¡Por Dios!

FEDERICO. ¡Míralo!

JIMENA. ¡Nada veo!

FEDERICO. ¡Es él! ¡es él! ¡Ha surgido al oírte jurar!... ¿No lo ves, Jimena?

JIMENA. ¡No, pobre atormentado! ¿Qué he de ver yo lo que sólo ve tu delirio? Vente, vente... Vámonos de aquí...

FEDERICO. ¡No! ¡Aguarda!... Pero ¿no lo ves?

JIMENA. ¡Vámonos, Federico!... ¡Estás enfermo... desvarías!...

FEDERICO. ¡Aguarda!... *Encarándose con la sombra, que él, sin duda, ve ante sus ojos.* ¿Qué me miras, negro fantasma, sombra fatídica, visible sólo para mí? ¿Es que vas a seguir turbando mi vida? ¿Qué me quieres? ¡Habla! ¡Ya ves que no te temo! ¿Vienes por mi perdón? ¡Si soy yo quien necesita del tuyo! ¡Tú, que resides ya en las puras regiones del alma, puedes sin duda perdonarme; yo, que aún estoy atado a los rencores de la tierra, no tengo perdón para ti! ¡Tanto daño hiciste!

JIMENA. ¡Federico, por Dios! ¡Por mi amor! ¡Vámonos! ¡Tranquilízate!

FEDERICO *Sin volver el rostro hacia ella.* ¡Tranquilo estoy! ¿No ves cómo no tiemblo? *A la sombra.* ¡En lo que dijiste contra tu patria has mentido! ¡En lo que dijiste contra esta mujer has mentido también! ¡Pero una patria tiene siglos para defenderse y triunfar, y una mujer no tiene más que una vida! ¡Y la de esta mujer es mía! ¿Lo ves? ¡Es mía! *Abraza delirante a Jimena, que está ya contagiada de la excitación de su amigo.*

JIMENA. ¡Sí! ¡Tuya!

FEDERICO. ¿Lo ves? ¡Mía! *Con estupor.* ¡Ah!...

JIMENA. ¿Qué?

FEDERICO. ¡Huyó la sombra al abrazarte!

JIMENA. ¿Eh?

FEDERICO. *Gritando con íntima alegría.* ¡Ah! ¡Huyó la sombra al abrazarte!

JIMENA. ¡Fué de luz nuestro abrazo!

FIN DEL DRAMA

Sevilla, 1918.
Madrid, enero, 1919.

TEATRO ESPAÑOL

LA CALUMNIADA

Nadie ignora que nuestro teatro español, la manifestación más rica, varia y genuina de nuestra opulenta literatura, no es sólo un teatro nacional: es un teatro de raza. Lo fué desde que nuestra cultura alboreó en América, y sigue siéndolo actualmente.

La obra que en Madrid alcanza éxito recorre en triunfo, no ya los teatros de la Península, sino los de las naciones hijas de España. Y veces hubo en que la obra española no se estrenó en España, sino en nuestra América, y el público de Madrid refrendó solemnemente el fallo del público de Buenos Aires o del de Montevideo (*). Y el público de Buenos Aires, como el de Montevideo, el de Méjico, el de Santiago de Chile, el de Lima o el de Cuba, recogieron la sal chulesca,

(*) Ejemplo de esto: *El amor que pasa, El genio alegre, La flor de la vida Amores y amoríos.*— N. de los AA.

el chiste andaluz, la intención *baturra* o el localismo catalán, gallego o vizcaíno, con la misma rauda percepción con que lo hubiera recogido cualquier público de la madre España. Prueba evidente de que entre los pueblos hispanos no sólo es común el habla, sino la psicología de la lengua, esa misteriosa llama atávica que arde en la palabra y con ella transmite, de generación en generación, lo que no se traduce a idioma extraño, el genio étnico, el que entre nosotros encarnó en un símbolo común a toda la estirpe: *Don Quijote*. Prueba evidente de que el medio de aproximación más activo, más eficaz, más calurosamente humano y comunicativo que existe entre todos los pueblos de habla española, es el Teatro, que transmite los usos, las costumbres, los chistes, los modismos, las emociones del alma española, las sales y agudezas de nuestro pueblo, las palpitaciones de todo nuestro vivir a través de las venas y los nervios de toda la raza, y nos mantiene unidos como un inmenso ser que nació de una madre y sigue alentando con una sola alma. Así, *Raza Española* no sería digna de su nombre ni realizaría sus apiraciones más vehementes, si no dedicase atención preferentísima al Teatro, que es como el nervio vivo de los pueblos hispanos.

Y como providencialmente, la suerte, propicia a nuestros patrióticos anhelos, ha querido que la primera obra dramática que ha conmovido a la

opinión, después de creada *Raza Española*, haya sido una obra de afirmación nacional, una obra en que se juntan nuestras dobles aspiraciones de reivindicación española y de espiritual fusión de la estirpe. Tales anhelos coinciden en *La Calumniada*, de los justamente célebres hermanos Quintero, obra que acaba de ser magistralmente representada por los insignes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, a quienes el glorioso plebiscito del aplauso ha consagrado como actores, no sólo nacionales, sino de raza, como lo es nuestra dramaturgia.

Aún no se había estrenado *La Calumniada* cuando *Raza Española* reclamaba y obtenía de sus autores la honra de trasladar a sus páginas una escena, un fragmento del drama, que sintetizase el espíritu de noble españolismo que lo anima. Nuestros lectores van a gozar de ese vibrante trozo de diálogo, que nos excusa de todo encomio previo, y que viene sancionado por el nervioso aplauso del público español, que, al fin, despierta y hace causa propia, causa popular, nacional, la reivindicación de esta excelsa *Calumniada*, España, cuya glorificación, como en la simbólica obra, realizan al par españoles e hispanófilos, «Jimena» y «Federico», en la ficción; Menéndez y Pelayo y Huntington, Lummis y Juderías, en la realidad.

Los laureados autores de *La Calumniada* y el público, que acogió la obra con fervoroso aplau-

so, en que restalló magnífico el trueno del entusiasmo nacional, han vibrado al unísono con el sentir de *Raza Española*, que nace a la publicidad en un momento en que la sublime caridad de patria no es en la escena, como no lo es en el periódico ni en el libro, artificio de arenga tribunicia, sino caliente racha de pasión, racha resucitadora y profética que sacude reciamente las almas, despertándolas a la realidad en esta hora apocalíptica en que, entre la brava resaca del odio y del amor, se agrupan las gentes que alientan con el gran soplo colectivo de una lengua, y resurgen con nueva vida las grandes naciones históricas, a la cabeza de las cuales estará siempre España, que tiene vinculada la inmortalidad en el habla magnífica, que es océano de espíritu y alma insumergible de tantas nacionalidades que son la juventud y el porvenir del mundo.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

Raza Española, Madrid, febrero, 1919.

RASGOS DE ESPAÑA

LA CALUMNIADA

La hermosísima, jugosísima, españolísima obra que ha poco han estrenado Seratín y Joaquín Álvarez Quintero en el teatro de la Princesa, con todo el esplendor que es propio de los gloriosos artistas María y Fernando, los maestros insuperados—de *La Calumniada* hablo—, ha dejado en mi espíritu una emoción que perdurará largamente. Jimena y Federico Anderson eran mis amigos antes de nacer al calor de la noble genialidad creadora. Ellos significaban en mis dolores de patriota una esperanza, un atisbo de regeneración. Los he visto, los he oído y los he saludado cordialmente. Jimena es el amor de lo propio, ese sentimiento que parece ahora entre los hispanos un anacronismo. Anderson es el impulso de la justicia, el respeto a la verdad, el homenaje a los méritos ajenos, la forma superior del entendimiento, algo inverosímil en los días de la Conferencia de la paz. Un corazón que vibra en el deli-

quio de las familiares glorias añejas; una conciencia que se reviste con la majestad de la inmortal magistratura para fallar causas en las que no ha intervenido .. Eso es el más elevado y generoso modo de ser del hombre... Los señores Álvarez Quintero, por haber osado, por haber amado, por haber reducido a sabias y artísticas fórmulas esa afirmación, merecen algo más que el aplauso. Correspóndeles el entusiasmo de la ciudadanía.

No soy crítico de la escena, y aunque lo pretendiera, serían mis páginas como intrusas en estas columnas de *A B C*, cada día más ilustres, en las que se ejerce el magisterio de la crónica dramática con tanto acierto. Esto que escribo no es sino un eco de la vida, que corresponde a mis deberes de anotador de las realidades circundantes.

Así he de recoger mis impresiones, y las de la muchedumbre culta, respecto al bizarro empeño de los hermanos, que otra vez han sido la caballerosidad dicente. Reciban en mis toscas y vehementes palabras la tierna reverencia de innumerables españoles.

Ellos, los Quinteros, han llamado a la Patria *La Calumniada*. Yo diría, y en modo alguno para rectificarlos, sino siguiéndoles, que es *La Ignorada*. Y aún añadiría que es *La Pecluída*. Está en los archivos, está en las bibliotecas, está en la oculta sabiduría de unos cuantos eruditos. Es la princesa encantada de los viejos cuentos. Como Cuvier, por un pedazo de hueso, hallado en la isla

de Francia, reconstituyó toda la fauna anterior al diluvio, el poeta adivinó a la suprema beldad por uno de sus cabellos negros que flotaban en el viento.

El Compás del Convento sevillano, denominado por el vulgo de las Reliquias, en donde la escena nos es representada, es algo más que el bello rinconcito de inefable poesía, descubierto e inventado por los vates del Guadalquivir. Es la mansión vieja donde se guarda el oro de los pasados triunfos. Es la húmeda estancia, donde hay armarios rebosantes de manuscritos, narradores de lo que fué. Bastaría remover los legajos para que, con el polvo centenario, surgieran las figuras magníficas de los descubrimientos y de la evangelización americanos. Toda España está en ese Compás, donde un capellán humilde, y unas muchachuelas piadosas, enlazan la grandeza pretérita y el descaecimiento actual.

El extranjero que fué a Sevilla para estudiar las antigüedades hispánicas, y quedó preso en ellas, como aquel gran señor de Oriente de que habla Chateaubriand; el que llegó como enemigo a la ciudad de las geniales invenciones, y luego se proclamó siervo de ella, hermosa invención de los Quinteros, dice con sencilla elocuencia conmovedora:

«¡Los hombres que llevaron a países salvajes o desiertos la civilización, la verdadera civilización, leyes piadosas, la escuela, el altar y la imprenta...!

Que no busquen los maestros españoles héroes más grandes que mostrar a los niños que aquellos héroes, porque la Humanidad no los tiene...» «Ni ha habido más grande nación que esta España, a quien se debe el hecho fabuloso, ni ya en lo porvenir puede tampoco haberla, porque no hay otro mundo que descubrir y que civilizar.»

Cuando se tiene autoridad, maestría, prestigio para que sean tolerados y aplaudidos esos conceptos fundamentales de una reivindicación necesaria y justiciera, se ha llegado a una cima. Desde ella se domina y se enseña Talento y valor: signos de los cerebros fuertes.

En una ciudad de la Argentina me encontré yo en mis viajes con el doctor Freyre, catedrático eminentísimo, autor de libros de crítica histórica, poeta, además, del más alto numen. Y él me dijo en la confidencia fraternal con que nos comunicamos los escritores de España con los de la magna República:

—Echamos de menos aquí una labor activa, enérgica, incansable de los eruditos de Madrid, Sevilla, Zaragoza, Salamanca... por la que los errores criminales con que os han ofendido a vosotros, sean destruídos y reparados. Aquí hemos comenzado la campaña, utilizando los elementos que están a nuestro alcance. Yo he hecho viajes a España; he estado en el Archivo de Indias, y allí he encontrado, sin más que leve y fácil rebusca, pruebas fehacientes de que España, en su obra

colonizadora, se inspiró sin cesar en los más puros ideales. Y he escrito esos volúmenes y seguiré escribiendo, y será honra para mí haber contribuído a desvanecer las iniquidades calumniosas.

Cuando volví a España, las palabras del doctor Freyre y las de otros eminentes argentinos hispanófilos como el doctor Ecequiel S. Zeballos, famoso estadista y orador preclaro, me pusieron en la obligación de hablar con los académicos, con los estudiosos, transmitiéndoles lo que había oído y lo que había visto. Ignoro la eficacia de mis gestiones. Sólo sé que cumplí el deber que tenía.

Si aquí hubiera Gobiernos que representasen la virtualidad de la raza, ministros que leyeran, parlamentarios que sintiesen el influjo de la vieja ley, abundarían los fondos del presupuesto para que en breve plazo quedase analizada la augusta verdad. Sigue inédita.

Por eso aplaudo con cálido amor la lección que nos dan desde la escena los señores Álvarez Quintero. En la tribuna portentosa del teatro han hablado ellos a millares de españoles. Quiera el cielo que entre los oyentes haya un espíritu fuerte que se encargue de ejecutar esa obra.

No olvidemos que en el estreno del drama quinteriano ocupaba su palco el Rey.

J. Ortega Munilla.

A B C, Madrid, 5 de marzo de 1919.

UN DRAMA PATRIÓTICO

LA CALUMNIADA

Los hermanos Álvarez Quintero, han estrenado un nuevo drama. Se titula *La Calumniada* y reune todas las cualidades que hacen de la dramaturgia de los ilustres escritores sevillanos una de las expresiones más altas y más finas de nuestra literatura moderna.

Hay en *La Calumniada* pintura de costumbres y tipos andaluces; episodios de honda ternura amorosa; gracia delicada a raudales; sentimiento de cosas trágicas de la vida, de las que no se expresan con gritos y exageraciones románticas; poesía del ambiente, ese encantador ambiente de *Las flores*, que aquí emana del compás de un convento de monjas y contribuye no poco a la unción estética del drama. (Para salir al encuentro de una posible pregunta, diré que se llama «compás», en buen castellano, «el territorio o distrito señalado a algún monasterio y casa de religión, en contorno o alrededor de la misma casa y monasterio», y más corrientemente hoy, en Sevilla y en

otras localidades, «el atrio y lonja de los conventos e iglesias», que en tierra sevillana suele ser de un encanto profundo.)

Pero con ser tan señaladas todas estas cosas en la nueva obra de los Quinteros, todavía se destaca en ella otro elemento que, teatralmente, y en el ánimo e inteligencia de los espectadores, se sobrepone a todos los demás. Ese elemento es el patriótico, la defensa de España contra las calumnias de que la han llenado, y la siguen llenando, quienes no la estudian o no la aman.

Los autores han querido que ese sea el efecto que su drama produzca en el público, y lo han conseguido. Hay en la obra dos calumniadas, mejor dicho, tres, aunque una de ellas es episódica: dos mujeres y una nación. Aunque el drama de una de las mujeres toma gran vigor en el acto segundo y llega a un desenlace trágico en el tercero (y ciertamente, en el desarrollo de este conflicto pasional, los autores han llegado a notas de las más dramáticas y vibrantes de su teatro), la otra calumniada, la nación española, le arrebata el interés de la acción, se sobrepone a ella y atrae principalmente la emoción de los espectadores.

Los Quinteros han puesto frente a frente, para expresar el conflicto, uno de esos españoles descastados que, a título de modernistas, maldicen de su patria ante públicos extraños (uno de esos a quienes yo aludía en mi artículo «El español fuera de España»), y un hispanista extranjero

(¿norteamericano?) estudioso de nuestro pasado y nuestro presente, enamorado del pueblo y de la tierra de España, e indignado por las censuras injustas que a uno y otra dirigen quienes no los conocen o fingen no conocerlos. El español antihispanista, se llama Florencio. El yanqui, Federico Anderson.

Se ha dicho aquí, a raíz del estreno de *La Calumniada*, que Florencio no era un tipo representativo, sino una excepción. Desgraciadamente no es una excepción. Escriban o no en periódicos extranjeros, hay aquí todavía muchos Florencios, para quienes todo lo español (créanlo o no lo crean en el fondo de su alma) es malo, y toda leyenda desfavorable para nosotros ciertísima. Contra eso llevo predicando hace muchísimos años, como saben bien mis lectores habituales. Sé, pues, a qué atenerme en ese punto. Cierto que no todos los Florencios que padecemos llegan a las exageraciones del de *La Calumniada*, cuyo antihispanismo se acucia con el aguijón de los celos amorosos; pero sin llegar a esos extremos, hay muchas maneras de hacer daño a España y de mostrarse desconfiado de sus fuerzas presentes y divorciado de su Historia, y esas maneras tienen más de un cultivador entre nosotros y en los que de España escriben para fuera. Pero no quiero repetir lo que sobre esto llevo dicho en trabajos anteriores. Quienes quieran comprobar que subsiste el mal apuntado, lean un artículo que con el títu-

lo de «¿Es patriótica la censura?» ha publicado hace poco el periódico español de Nueva York, *La Prensa.*

El público madrileño ha comprendido la verdad de lo que reflejan en su obra los Quinteros, y cada día más (a medida que es más público y acude con más libertad de espíritu) aplaude y subraya la intención patriótica de la obra. Quien más, quien menos, sabe que en la vida real, aquí y en América, hay disputas acaloradas por el patriotismo; que ese tema no es de Ateneo ni de Revistas científicas, sino de la vida diaria, y que les llega al alma, muy a menudo, a los que son verdaderamente «españoles»; y el no serlo, no es siempre cosa de que se pueda culpar a quien la padece. Uno de los personajes del drama, don Augusto, explica en los siguientes términos su falta de patriotismo:

«— Efectivamente, nací en Madrid; pero aún estaba en el claustro materno—lo recuerdo muy bien—y ya oía a mis padres discutir si sería niño o niña; y lo discutían en inglés. Mi padre llamaba a mi madre Fanny, y mi madre a mi padre Tommy. Y fuí varón, por suerte. Y cuando apenas sabía decir en español más que papá y mamá, me enseñaron simultáneamente inglés y francés. El español se conoce que era lo de menos. En la mesa, en mi casa, se hablaba inglés ordinariamente, y se menospreciaba y se criticaba a España, sobre todo cuando había visitas extranjeras. Era

un extraño modo de halagar el amor propio de las visitas. Nadie me señalaba nunca un héroe nacional, en ningún orden conocido, ni por casualidad ponía con amor en mis manecitas un libro castellano. Recuerdo que el *Quijote* no lo leí hasta los treinta años, en inglés. A Velázquez lo conocí en el Louvre. La educación, es claro, la recibí fuera de España: en Londres. Luego, en premio a mi aplicación de estudiante, me llevaron a visitar París, Berlín, Viena y Roma... Todo menos España. Aún no he visto—otro cualquiera se avergonzaría de confesarlo—Toledo, ni Granada, ni el Escorial... Mis padres no me llevaron nunca. ¡Eran tan malos los hoteles!... He pasado temporadas en Brujas y desconozco Salamanca; no he pisado Aranjuez y me sé de memoria Versalles; veraneo en Suiza y hablo de oídas de las montañas asturianas y de las rías gallegas... Dígame usted si a quien así creció y vivió es lícito exigirle que sea modelo de patriotas. Que me pidan, por mucho, que no abomine de mi país, pero ¿que lo quiera? ¿Por qué? ¿Quién me enseñó a quererlo?»

Después de esto, todavía hay quien se asusta de que yo pida una intensificación, con programa determinado oficialmente, de la educación patriótica de nuestros jóvenes. Vean mis lectores *La Calumniada* y luego me dirán si no es necesario ese remedio.

RAFAEL ALTAMIRA.

Arte y Realidad, 1919.

ÍNDICE

PÁGINAS

Don Juan, buena persona..... 5
Pedro López..... 137
La Calumniada..... 169

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. — La reja. — Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. — Los Galeotes

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. — El motete. — El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. — Pepita Reyes. Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. — A la luz de la luna.

Tomo VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre. — El niño prodigio.— La vida que vuelve.

Tomo X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo. — La Reina Mora.—Zaragatas. — El mal de amores. — El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda. — El último capítulo.—Las de Caín.— Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

Tomo XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.— Nanita, nana...— La zancadilla.—La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. —Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida —La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farlán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña. El amor bandolero. — Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias. — Becqueriana.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro López.—La Calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pesetas.—Vámonos.—Revoloteo.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

Tomo XXX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII.

EN PRENSA:

Tomo XXIV.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Lenguage Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages. University of Colorado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las mujeres, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adams, teacher of Spanish in the Brookline Higg School, Massachusetts New York ana London, The Century C.º.*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate prafessor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onis.—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebritá *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di Luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)* - Cosi si scrive la storia, por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

Anima gitana *(Cabrita que tira al monte...)*, por Carlo Boselli.

Il mondo è un fazzoletto *(El mundo es un pañuelo)*, por Italo Zingarelli.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Gino Cucchetti.

El paese de le done *(Puebla de las Mujeres)*, por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*.—Die Blumen *(Las flores)*.—Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*.—Lebenslus *(El genio alegre)*, por el Dr. Max Brausewetter.

Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. Gustavo Rohde.

Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por Mary v. Haken.

Begegnung *(Mañana de sol)*, por Franizska Becker y S. Grafenberg.

AL FRANCES:

Matinée de soleil *(Manaña de sol)*, por V. Borzia.

La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Le patio. –Le chouchou *(El ojito derecho)* —Bourg-les-Dames *(Puebla de las Mujeres)*, por Maurice Coindreau.

L'amour qui passe *(El amor que pasa)*, por Germaine Durcos-Cenoz y Roger Martin du Gard.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre. —Mexericos *(Puebla de las Mujeres)*.— Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... *(El mundo es un pañuelo)*, por João Soler.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por Alice Pestana (Caïel).

A Dama Branca *(Doña Clarines)*. –O centenario.— Cristalina, por Alberto de Moraes.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine *(Mañana del sol)*, por Mrs. Lucrecia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

By their words ye shall know them *(Hablando se entiende la gente)*, por John Garrett Underhill.

The Fountain of Youth *(La flor de la vida)*, por Samuel N. Baker.

Reading and Writing *(Lectura y escritura)*, por Beatrice Erskine.

Four Plays (un volumen). The Women have their Way *(Puebla de las Mujeres)*, Hundred Years Old *(El Centenario)*, Fortunato, and The Lady from Alfaqueque *(La Consulesa)*, por Helen y Harley Granville-Barker.

A 1a
v. 23

ATWOOD LIBRARY / BEAVER COLLEGE
3 3295 00124 4703

DATE DUE

PQ 6601 .L8 A1 v.23
Alvarez Quintero, Seraf in,
1871-1938.
Comedias y dramas